

## MODELOS DE PRUEBAS CDI PREMIADOS

Los siguientes modelos de Pruebas CDI para tercer curso de Educación Secundaria Obligatoria son los 30 que resultaron premiados en la convocatoria de *Premios a la elaboración de Pruebas de Conocimientos y Destrezas Indispensables (CDI) para Educación Secundaria Obligatoria, en la materia de Lengua Castellana y Literatura*, que la Consejería de Educación publicó en el curso 2010/11. La publicación de las Pruebas se ofrece a los profesores como recurso para que dispongan de textos y preguntas en número y variedad suficientes como para trabajarlos en clase.

La Consejería de Educación y Empleo ha procurado respetar los distintos enfoques de los autores de las Pruebas, de modo que ha realizado el menor número posible de cambios en la edición de los textos. Los cambios que ha introducido son los siguientes:

- Se ha unificado la tipografía (cuerpo y tipo de letras, interlineado, comillas, negritas, etc.).
- Se ha establecido un esquema común para las preguntas, siguiendo el que constaba en la Convocatoria y en las Pruebas ya realizadas por la Consejería (resumen, comprensión del texto, semántica, morfología, etc.).
- Se han unificado los criterios para las citas bibliográficas.
- En los casos en que ha sido posible, se han comprobado las referencias bibliográficas mediante los originales en papel. Cuando no ha sido posible, se ha optado por respetar los datos que aportaban los autores de las Pruebas.
- Se ha restablecido el texto original en aquellos casos en que se habían producido modificaciones por parte de los autores de las Pruebas. La Consejería de Educación y Empleo comprende y respeta los criterios pedagógicos que motivaron la adaptación; sin embargo, estos criterios no podían prevalecer sobre los de publicación de los textos, que aconsejan respetar escrupulosamente los originales.

## LISTADO DE AUTORES DE LOS TRABAJOS

	Pág.
MODELO Nº 1.- JEZABEL ALONSO CHOCANO	3-6
MODELO Nº 2.- JAVIER BERMEJO BERMEJO	7-10
MODELO Nº 3.- ALEJANDRO GONZÁLEZ SEGURA	11-14
MODELO Nº 4.- ALICIA GUTIÉRREZ LACALLE	15-19
MODELO Nº 5.- JULIO VALENTÍN GARCÍA MUÑOZ	20-23
MODELO Nº 6.- EUGENIA FERNÁNDEZ BERROCAL	24-27
MODELO Nº 7.- EVA CARRASCAL FERNÁNDEZ	28-31
MODELO Nº 8.- ISABEL GÓMEZ VEGAS	32-35
MODELO Nº 9.- ADELA MARISCAL MARTÍNEZ	36-39
MODELO Nº 10.- INMACULADA CORONADO CID	40-43
MODELO Nº 11.- ELENA SÁNCHEZ DE DIOS	44-47
MODELO Nº 12.- JOAQUÍN MORENO CEJUELA	48-52
MODELO Nº 13.- CARMEN MARQUÉS GONZÁLEZ	53-57
MODELO Nº 14.- JULIETA SORIA GARCÍA-POMAREDA	58-61
MODELO Nº 15.- CARMEN NICOLÁS VICIOSO	62-65
MODELO Nº 16.- SUSUNA AGUSTÍN FERNÁNDEZ	66-70
MODELO Nº 17.- ROSANA MORENO GINÉS	71-74
MODELO Nº 18.- BEGOÑA DÁVILA RODRÍGUEZ	75-80
MODELO Nº 19.- RAFAEL FERNÁNDEZ DÍAZ	81-84
MODELO Nº 20.- PILAR MONTERO MONTERO	85-88
MODELO Nº 21.- ROSA M <sup>a</sup> ROMERO DELGADO	89-92
MODELO Nº 22.- ENCARNACIÓN CÁNOVAS PEÑA	93-96
MODELO Nº 23.- ROSANA EDO NEVADO	97-101
MODELO Nº 24.- M <sup>a</sup> DEL CARMEN GÓMEZ MARTÍN	102-105
MODELO Nº 25.-LEANDRA LOURDES YAGÜE OLMOS	106-109
MODELO Nº 26.-CARMEN CRUZ MARTÍNEZ	110-114
MODELO Nº 27.-MARA IRIS VALDERRAMA GUERRA	115-118
MODELO Nº 28.-ANA CARMEN SÁNCHEZ CANTALAPIEDRA	119-123
MODELO Nº 29.-M <sup>a</sup> DEL PILAR SAINZ DE MURIETA PENAGOS	124-128
MODELO Nº 30.-M <sup>a</sup> ALMUDENA LÓPEZ PÉREZ	129-132

## MODELO Nº 1

### 1ª PARTE: DICTADO

“Los que querían dormir, no por cansancio sino por nostalgia de los sueños, recurrieron a toda clase de métodos agotadores. Se reunían a conversar sin tregua, a repetirse durante horas y horas los mismos chistes, a complicar hasta los límites de la exasperación el cuento del gallo capón, que era un juego infinito en el que el narrador preguntaba si querían que les contara el cuento del gallo capón y cuando contestaban que sí, el narrador decía que no había pedido que dijeran que sí, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón, y cuando contestaban que no, el narrador decía que no les había pedido que dijeran que no, sino que si querían que les contara el cuento del gallo capón”.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *Cien años de Soledad*, Alfaguara, 2007, p. 58.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### LO QUE SUCEDIÓ A LÁZARO CON UN ESCUDERO

Tuve que sacar fuerzas de flaqueza y, poco a poco, con ayuda de las **buenas** gentes, llegué a esta insigne ciudad de Toledo, donde, gracias a Dios, a los quince días se me cerró la herida. Mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, pero cuando ya estuve sano, todos me decían:

- Eres un granuja y un vagabundo. Deja de mendigar y búscate un amo a quien servir.

<<¿Y dónde encontraré yo uno, si Dios no crea ahora uno de la nada, como cuando creó el mundo por primera vez?>>, **me** decía a mí mismo.

Pensando en estas cosas, iba de **puerta** en puerta sin lograr mucho remedio, porque ya la caridad había sido desterrada de este mundo. En estas, me encontré con **un** escudero que iba por la calle bastante bien vestido y bien peinado que se movía y andaba con paso uniforme y acompasado. Me miró, yo **le** miré, y él me dijo:

- Muchacho, ¿buscas amo?

- **Sí**, señor-le contesté.

- Pues vente conmigo, que Dios te ha premiado al ponerte en mi camino. Seguro que hoy has rezado una buena oración.

Yo le seguí dando gracias a Dios por lo que acababa de oír y también porque por su vestido y su apariencia me pareció justo la persona que yo necesitaba.

Era bastante **temprano** cuando encontré a ese tercer amo, y me llevó detrás de él por buena parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba y hasta deseaba que me encargase con algo de lo que se vendía, porque era la hora habitual de hacer la compra. Pero él pasaba de largo, a buen paso sin detenerse. Yo

me decía <<Será que lo que aquí ve no es de su gusto y querrá comprar en otra parte>>.

**De** esta manera anduvimos hasta que dieron las once. Entonces entró en la catedral, y yo tras él, y le vi oír misa muy devotamente. Luego se quedó a los otros oficios religiosos, hasta que se acabaron y se fue la gente. Entonces salimos de la iglesia.

A paso ligero fuimos calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo de ver que no nos habíamos ocupado de buscar **comida**. Supuse que mi nuevo amo debía de ser uno de esos hombres que compran de una vez para muchos días, y que la comida ya estaría a punto, tal como yo la deseaba y la necesitaba.

En esto el reloj dio la una y llegamos a una casa. Mi amo se paró a la puerta, y yo con **él**. Dejó caer la punta de la capa hacia el lado izquierdo, sacó una llave de un bolsillo de la manga, abrió la puerta y entramos en casa.

La entrada era tan oscura y **lóbrega**, que daba miedo pasar. Dentro, sin embargo, había un patio pequeño y unos cuartos de razonable aspecto y tamaño.

En cuanto entramos, mi amo se quitó la capa y, tras preguntarme si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y después de soplar **muy** limpiamente en un poyo que había allí, la colocó encima. Hecho esto, se sentó junto a la capa y me preguntó con todo detalle de dónde era y cómo había llegado a Toledo. Yo le di más explicaciones de las que hubiera querido, porque me parecía que era la hora de mandar poner la mesa y vaciar la olla en un plato, en vez de hablar de mi vida. A pesar de todo, le mentí **lo** mejor que supe. Alabé mis cualidades y callé todo lo demás, porque aquella casa tan distinguida no era el lugar adecuado para contar mis calamidades.

Después de esto, mi amo estuvo así, sentado y en silencio, un poco. A mí esto ya me pareció muy mala señal, porque eran casi las dos y le veía con menos ganas de comer que a un muerto. Me puse a pensar en por qué cerraba la puerta con llave y por qué no se oían en toda la casa, ni arriba ni abajo, pasos de persona viva. Todo lo que yo había visto eran paredes, porque en la casa no había ni banco, ni mesa, ni silla, ni banquetas, ni siquiera un **arcón** como el del clérigo. En fin, que me pareció una casa encantada. Estando así, me dijo mi nuevo amo:

-Oye, mozo, ¿has comido?

-No, señor –dije–, que no eran ni las ocho cuando me encontré con Vuestra Merced.

-Pues, aunque era temprano, yo ya había almorzado. Y quiero que sepas que cuando almuerzo algo, pasó así **hasta** la noche. Por eso, arréglatelas como puedas. Ya cenaremos a su hora.

Cuando le oí decir esto, estuve a punto de desmayarme, no tanto de hambre como porque me di perfecta cuenta de mi mala suerte. Entonces se me representaron de nuevo **todas** mis fatigas, y volví a llorar mis

penalidades; entonces recordé que, cuando dudaba sobre si dejar o no al clérigo avaro y mísero, pensaba en que aún podía encontrar, por desgracia, a otro peor; entonces, en fin, lloré mi penosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Pero, a pesar de eso, disimulé lo mejor que pude, y dije a mi amo:

-Señor, soy un mozo que no se fatiga mucho por comer, bendito sea Dios. Si de algo puedo yo alabarme es de tener la garganta menos tragona de todos los criados. Todos los amos **que** he tenido hasta hoy la han elogiado.

-Virtud es esa –dijo el escudero-, y por eso yo te querré más, porque el hartarse es propio de los puercos. En cambio, el comer moderadamente es de los hombres de bien.

<<¡Ya te entiendo!>>, dije para mí. <<¡Maldita tanta medicina y tanta bondad como mis amos encuentran en el hambre!>>.

Me puse en un rincón de la entrada y saqué de debajo de la camisa unos pedazos de pan que me habían quedado de los que mendigaba por amor de Dios. El escudero, que vio esto, me dijo:

-Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo me acerqué a él y le enseñé el pan. Me cogió un pedazo de los tres que tenía, el mejor y más grande, y me dijo:

-Por mi vida, parece buen pan.

-¿Y desde cuándo, señor, el pan no es bueno?

-Tienes razón –dijo-. Pero, ¿dónde lo has conseguido? ¿Estará amasado por manos limpias?

-Eso no lo sé yo, señor, pero a mí no me da asco el sabor que tiene.

-Sea lo que Dios quiera –dijo el pobre de mi amo, y se llevó el trozo de pan a la boca y comenzó a darle tan **fieros** bocados como yo a los otros dos trozos.

-Está muy sabroso este pan, por Dios –dijo.

Y como me di cuenta de qué pie cojeaba y lo vi tan dispuesto a echarme una mano con el pan que me quedase, si acababa antes que yo, engullí mi ración a toda prisa. Así que acabamos casi a la vez. Mi amo se sacudió unas pocas migajas, muy menudas, que se le habían quedado en el pecho y entró en un cuartito, sacó un jarro no muy nuevo, bebió y luego me invitó a beber. Yo me hice el sobrio y le dije:

-Señor, no bebo vino.

-Es **agua** –me respondió-. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque mi congoja no era de sed.

Luego estuvimos hablando hasta la noche. Yo respondí lo mejor que supe a las cosas que preguntaba.

ANÓNIMO: *Lazarillo de Tormes*, Vicens Vives, Clásicos adaptados, 2007, pp. 77-84.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

- 1- Resume en cinco o seis líneas el contenido del texto.
- 2- ¿Cuál es la principal preocupación de Lázaro a lo largo de todo el texto?
- 3- A qué hace referencia Lázaro cuando dice “estuve a punto de desmayarme, no tanto de hambre como porque me di perfecta cuenta de mi mala suerte”?
- 4-¿Cómo definirías al escudero?
- 5- Explica el significado de las siguientes expresiones:

“Me di cuenta de qué pie cojeaba”.  
“Yo me hice el sobrio”.

- 6- Indica la categoría gramatical a la que pertenecen las palabras del texto marcadas en negrita.
- 7- Analiza todos los verbos que aparecen en las diez primeras líneas del texto indicando su número, persona, tiempo y modo. Ten en cuenta también las formas no personales.
- 8- Analiza las siguientes oraciones extraídas del texto:

“Con ayuda de las buenas gentes, llegué a esta insigne ciudad de Toledo”.  
“Mi amo se sacudió unas pocas migajas”.

- 9- Indica la función sintáctica que desempeñan las palabras subrayadas de las siguientes oraciones.

“¿Dónde lo has conseguido?”  
“Me pareció una casa encantada”.  
“Está muy sabroso este pan”.

## MODELO Nº 2

### 1ª PARTE: DICTADO

Al terminar los juegos  
nos quedábamos todos tan cansados  
que se olvidaban de mi corto nombre.  
Me retiraba entonces de la casa  
al secreto lugar.

Allí se oscurecía la arboleda,  
las palomas giraban caudalosas  
y muy blancas, el mar  
era un país lejano  
cada vez más de niebla,  
y caído en las hojas de los pinos  
miraba hacia el misterio de la noche.  
Los ojos, grandes y puros,  
se cuajaban de puntos invisibles,  
crecían las estrellas  
con más luz,  
y se turbaba el pecho  
por la felicidad.  
[...]

BRINES, Francisco: “Después de la infancia I”, en *Antología poética*, Madrid, Austral, 2006, p. 90.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### EL MUNDO EN LA BARBILLA

Los carteles del cine y de la pista de baile no eran los únicos que, desde las paredes y los árboles de Olleros, reclamaban cada poco la atención de los vecinos. De vez en cuando, también, recalaba en el pueblo algún circo ambulante e, incluso, alguna *troupe* de titiriteros de carácter familiar y reparto muy exiguo (recuerdo una, en concreto, en la que el hombre que vendía las entradas a la puerta hacía luego tres papeles en la obra: de león, de demonio y de fraile, e incluso dirigía el sorteo de una rifa, disfrazado todavía de león, en el descanso) que, durante dos o tres días, instalaban sus carpas y furgones en la plaza y llenaban las calles del pueblo de carteles de propaganda.

Solía ocurrir, sobre todo, en torno al 15 de cada mes, que en Olleros se llamaba *el día del pago* porque era cuando la empresa pagaba el sueldo a sus empleados. Ese día, que la gente esperaba todo el mes (alguno, incluso, con ansiedad, pues la correcta administración doméstica no era virtud que abundara allí), Olleros amanecía convulsionado.

Los mineros tiraban cohetes y explosionaban cargas de dinamita, las mujeres llenaban las tiendas (unas para comprar y otras para saldar las deudas) y, a partir del mediodía, cuando los niños salíamos de la escuela y los mineros del primer turno volvían del trabajo, la jornada se convertía en festiva, así fuera domingo o laborable.

Durante toda la tarde y hasta altas horas de la noche la gente llenaba los bares, paseaba por la carretera y acudía a visitar los múltiples tenderetes que, desde el día anterior, se habían ido instalando alrededor de la plaza. Había tómbolas, tirovivos, puestos de tiro y de fuerza, charlatanes, fotógrafos, churreros, vendedores y orquestas ambulantes y, también, de cuando en cuando, alguna gran atracción que se anunciaba a bombo y platillo desde varios días antes. Recuerdo ahora, por ejemplo, al Gran Carpanta, un hombre calvo y velludo que devoraba monedas y trozos de tubería y que podía, según decía (aunque no llegara a hacerlo porque no hubo nadie entre el público que se atreviese a arriesgarla) corroer una moto con la saliva y comerla poco a poco; a La Mujer Forzada, que se autoproclamaba la más fuerte del mundo y era capaz, en efecto, de aguantar sobre su cuerpo el peso de nueve hombres y de arrastrar con los dientes varios metros un camión; a los hermanos Pita, que caminaban sobre una cuerda atada a una chimenea y al castillete del pozo, a muchos metros del suelo y alumbrados desde abajo por un foco; y, sobre todo, y por encima de todos ellos y aun del propio Fumanchú, el chino que dibujaba contra una tabla el cuerpo de su mujer lanzándole cuchillos desde lejos, al hombre que los carteles pintaban sosteniendo la bola del mundo con la barbilla y que, aparte de alzar con ella un gran poste de la luz, hizo lo propio conmigo y me sostuvo en el aire sentado sobre una silla, como inequívocamente muestra y me recuerda esta foto: Barbachey, el Hombre-Foca.

Era un hombre fuerte y rubio, que actuaba ante el público desnudo de cintura para arriba y tenía las patillas unidas al bigote. Viajaba en una furgoneta en compañía de una mujer que le hacía de ayudante y se encargaba también de recoger las monedas al final del espectáculo. Aquella fue para mí una noche inolvidable. Después de levantar con la barbilla el palenque de la luz y de sostenerlo durante un rato, Barbachey se secó el sudor, hizo un pequeño descanso y, luego, dirigiéndose al público, pidió con su extraño acento (Barbachey era francés, igual que su acompañante) la ayuda de un voluntario. Fuimos varios los que nos ofrecimos pero él me eligió a mí, quizá porque era el más alto. Barbachey me dio la mano -una mano áspera y dura, recuerdo, como la raíz de un árbol- y me mandó sentarme en la silla que, para ejecutar el número, su ayudante ya tenía preparada. La gente guardó silencio, la mujer se echó hacia un lado y Barbachey, tras probar un instante sus fuerzas, se santiguó, miró al cielo, abrió las piernas en ángulo y, ante el asombro de todos, alzó la silla de golpe y la posó con cuidado sobre la punta de su barbilla sosteniéndola tan sólo, y a mí con ella, por una de sus patas; y a continuación empezó a dar vueltas sobre sí mismo manteniendo el equilibrio con ayuda de los brazos. No sé el tiempo que así estuve, sin atreverme a bullir ni a respirar siquiera -y mucho menos a mirar abajo-, pero sí que, cuando al fin me bajó, ya no oía los aplausos y los gritos de la gente ni la voz de Barbachey felicitándome. Me había quedado arriba, suspendido en el aire, flotando, con el tiempo detenido entre mis manos como el mundo en su barbilla en los carteles de



propaganda. Fue la noche más grandiosa de mi vida y es el recuerdo más vivo que guardo de aquellos años.

Pero la vida da muchas vueltas. La vida gira y gira igual que lo hacía el mundo en la barbilla de Barbachey mientras yo estaba en el aire y, en alguna de sus vueltas, a veces nos sorprende, como las fotografías antiguas, arrojándonos de golpe los despojos del pasado. Hace tiempo, en un pueblo de Soria, encontré una furgoneta abandonada. Le faltaban las ruedas y estaba ya oxidada por completo pero, a pesar de ello, aún pude distinguir las letras rojas que, entre el óxido y el polvo, seguían anunciando: *Barbachey, el Hombre-Foca. Compañía de Espectáculos*. Un vecino del pueblo me contó que llevaba allí olvidada varios años.

Los mismos, exactamente, que hacía que habían hallado al dueño suspendido del cuello por una soga [...]. Al parecer, Barbachey, que desde hacía ya algún tiempo vagaba por los pueblos de Castilla repitiendo en solitario su espectáculo (la mujer que lo acompañaba debía de haberse muerto o lo habría abandonado), había perdido fuerzas y un día, seguramente, no debió de poder soportar más el peso del mundo sobre su vieja barbilla y decidió suicidarse. Estaba enterrado allí, en el pequeño cementerio de aquel pueblo, en el rincón de ortigas reservado a los suicidas y a los muertos en pecado.

Ni siquiera quise acercarme. Me fui sin decirle adiós y sin ver su sepultura. Ni siquiera me volví, cuando me perdí a lo lejos, para mirar por última vez el lugar en que quedaba. Solamente, antes de irme, me acerqué a la furgoneta y, sin que nadie me viera, cogí aquel roto cartel que todavía seguía pegado a ella como una foto al pasado, y me lo llevé conmigo como recuerdo del hombre que me enseñó sin saberlo que soportar el paso del tiempo a veces es más difícil que sostener el mundo con la barbilla, aunque el mundo sea tan duro como el que, en aquellos años, sostenían con las suyas Barbachey, el Hombre-Foca y los mineros de Olleros que, desde esta fotografía, nos siguen mirando a ambos.

LLAMAZARES, Julio: “El mundo en la barbilla”, en *Escenas de cine mudo*, Madrid, Alfaguara, 2006, pp. 83-87.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Escribe en unas cien palabras un resumen del texto.
- 2.- ¿Cada cuánto tiempo solían aparecer por el pueblo “tómbolas, tiouvivos, puestos de tiro y de fuerza, charlatanes, fotógrafos, churreros, vendedores y orquestas ambulantes”? ¿Por qué?
- 3.- ¿Por qué no llegó nunca a demostrar el “Gran Carpanta” que podía corroer una moto con su saliva?
- 4.- Explica en unas cinco o seis líneas la siguiente frase (extraída de la parte final del texto), aportando los detalles necesarios para aclarar su significado: “Pero la vida da muchas vueltas [y...] a veces nos sorprende [...] arrojándonos de golpe los despojos del pasado”.

- 5.- En el siguiente fragmento, se han marcado en **negrita** una serie de palabras. Escribe debajo de cada una el antónimo correspondiente.

“Olleros **amanecía convulsionado**. Los mineros tiraban cohetes y explosionaban cargas de dinamita, las mujeres **llenaban** las tiendas (unas para **comprar** y otras para saldar las deudas) [...], cuando los niños **salíamos** de la escuela y los mineros del **primer** turno **volvían** del trabajo, la jornada se convertía en **festiva** [...]. Durante toda la tarde y hasta altas horas de la noche la gente llenaba los bares, paseaba por la carretera y **acudía** a visitar los múltiples tenderetes que, desde el día **anterior**, se habían ido instalando alrededor de la plaza”.

- 6.- Subraya en el texto anterior los verbos que aparecen en pretérito imperfecto de indicativo y sustituye cada uno de ellos por la forma correspondiente del pretérito perfecto simple.
- 7.- En el mismo texto, identifica el verbo que aparece en pretérito pluscuamperfecto de indicativo y explica qué matiz temporal ha querido expresar el autor con esta forma verbal, en relación con las que aparecen en pretérito imperfecto.

- 8.- En la siguiente frase:

Los artistas solicitaban cada poco tiempo la atención de los vecinos.

Realiza los cambios necesarios y escríbela de nuevo ajustándote al siguiente esquema sintáctico: CC - Sujeto Paciente - Verbo en Pasiva - Complemento Agente.

- 9.- “De vez en cuando, también, recalaba en el pueblo [...] alguna *troupe* de titiriteros de carácter familiar y reparto muy exiguo”.

Señala el Sujeto de la frase anterior.

## MODELO Nº 3

### 1ª PARTE: DICTADO

Del oeste al sur, largas agujas de nubes de dulzón color corinto. Del oeste al norte, el templado azul del atardecer. Al este, las fachadas pálidas, los cavernosos espacios, la fosfórica negrura de la tormenta y de la noche avanzando. Alta, lejana, como una blanca playa, la media luna.

De los campos cercanos llega un aire adelgazado, frío, triste. Los humos de las locomotoras, los humos de la cremación de las hojas secas, los humildes humos de las chabolas de la ribera derecha, empañan la cristalina atardecida. Murciélagos revolando el cauce del río chirrían sus gritos, trapean sus alas. La arboleda es un flotante, neblinoso verde.

ALDECOA, Ignacio: “Balada del Manzanares”, en *Cuentos completos (1949-1969)*, Madrid, Alfaguara, 1995, p. 398.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### EL MIEDO

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fue hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos<sup>1</sup>, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete<sup>2</sup>. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar, fui granadero<sup>3</sup> en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo<sup>4</sup> y hoy ando cerca de ser un viejo caduco. Antes de entrar en el Regimiento mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro Pazo solariego<sup>5</sup>, y allá fui sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior<sup>6</sup> de Brandeso para que viniese a confesarme en la capilla del Pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron a coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia:

—Vete a la tribuna, hijo mío. Allí estarás mejor...

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar. El sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. La lámpara del presbiterio<sup>7</sup> alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes. Los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios. Su túnica de seda bordada de oro brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las

cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero como si se afanase por volar hacia el Santo. Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejaran aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna, solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración. La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar. Sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio. Era mi madre, que sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal. Yo entonces veía en el cielo, ya oscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos...

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura<sup>8</sup> del ropaje y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes, nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguir las y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso<sup>9</sup> rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, *Carabel!* ¡Aquí, *Capitán!*...

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello... Cosa del otro mundo no lo es, seguramente... ¡Aquí, *Carabel!* ¡Aquí, *Capitán!*...

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla:

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con la voz ahogada:

—¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro!...

El Prior atravesó lentamente la capilla. Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey. Llegó hasta mí, sin

recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey!...

No levantó la mano de mi hombro, y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior me sacudió:

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos<sup>10</sup> o brujas!...

Y se acercó al sepulcro y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin desplegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco, negro y frío, quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. Después, sin una palabra y sin un gesto, me la entregó. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos la sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco:

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución... ¡Yo no absuelvo a los cobardes!

Y con rudo empaque salió sin recoger el vuelo de sus blancos hábitos talaes. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis oídos. Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas he sabido más tarde sonreír a la muerte como a una mujer!...

VALLE-INCLÁN, Ramón María: “El miedo”, en *Jardín umbrío*, Obra completa, volumen I, prosa, Madrid, Espasa-Calpe, 2002, pp. 217-220.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

- 1 **Mayorazgo**: institución del antiguo derecho castellano, vigente hasta 1820.
- 2 **Cordones de Caballero Cadete**: distintivo militar, indicio del rango, principiante, de cadete.
- 3 **Granadero**: soldado integrante del regimiento a caballo del mismo nombre.
- 4 **Bozo**: los inicios de la barba masculina.
- 5 **Pazo solariego**: antigua casa de grandes dimensiones perteneciente a una noble familia.
- 6 **Prior**: superior en una orden religiosa o militar.
- 7 **Presbiterio**: Área del altar mayor hasta el pie de las gradas por donde se sube a él, que regularmente suele estar cercada con una reja o barandilla.
- 8 **Albura**: blancura.
- 9 **Medroso**: temible.
- 10 **Trasgo**: criatura mitológica del norte de España.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1.- Resumen del texto.

2.- ¿Por qué razón se movía la calavera dentro de su sepulcro en la capilla?

- 3.- ¿Por qué crees que el Prior decide no absolver al protagonista de este relato?
- 4.- ¿Qué quiere decir la última oración del texto? ¿Por qué el protagonista, desde aquel momento, supo «sonreír a la muerte como a una mujer»?
- 5.- Ofrece un sinónimo, al menos, para cada una de estas palabras del texto:

despavoridas:

trémula:

arrogante:

liviano:

- 6.- Analiza las formas verbales subrayadas, aportando número, persona, tiempo, modo, voz y conjugación:

Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes, nazarenas. Me había adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas.

- 7.- Especifica la categoría gramatical de las palabras de la siguiente oración del texto:

“Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía”.

- 8.- Analiza sintácticamente la siguiente oración del texto:

“A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado”.

- 9.- Transforma a voz pasiva la siguiente oración del texto:

“¡Yo no absuelvo a los cobardes!”

## MODELO Nº 4

### 1ª PARTE: DICTADO

Hilo no se atrevió a negarse. Miraba a Heracles fijamente, aterrorizado, fascinado de ver cómo la muerte se iba apoderando de aquel cuerpo siempre fuerte y poderoso.

Lo haré, padre; lo haré.

Los hombres cumplieron las instrucciones del héroe. En medio de su gran sufrimiento, Heracles tuvo fuerzas suficientes para extender su piel de león sobre la pira, colocar su amada maza a manera de almohada y tumbarse encima como el gran guerrero que era.

Una vez allí, ordenó que prendieran fuego a la pira. Pero nadie se atrevía a hacerlo. Hasta que el hijo de un pastor, el jovencísimo Filoctetes, cogió la tea.

VILADEVALL I VALLDEPERAS, Montse. *Héroes y heroínas: los favoritos de los dioses*, Madrid, Oxford, 2010, p. 95.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### LA LENGUA DE LAS MARIPOSAS

“¿Qué hay, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas”.

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviaran un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes.

“La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un muelle de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar, ¿a que sentís ya el dulce en la boca como si la yema fuese la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa.”

Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Qué maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñajo, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre.

“¡Ya verás cuando vayas a la escuela!”

Dos de mis tíos, como muchos otros jóvenes, habían emigrado a América para no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América para no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían

al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores del Barranco del Lobo.

Yo iba para seis años y todos me llamaban Pardal. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos que no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, el que me puso el apodo: “Pareces un pardal”.

Creo que nunca he corrido tanto como aquel verano anterior a mi ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica.

“¡Ya verás cuando vayas a la escuela!”

Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancaran las amígdalas con la mano, la forma en que el maestro les arrancaba la jeda del habla, para que no dijese ajuá ni jato, ni jracias. “Todas las mañanas teníamos que decir la frase *Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo*. ¡Muchos palos llevamos por culpa de Juadalagara!” Si de verdad me quería meter miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de delantal de carnicero. No mentiría si les hubiese dicho a mis padres que estaba enfermo.

El miedo, como un ratón, me roía las entrañas.

Y me meé. No me meé en la cama, sino en la escuela.

Lo recuerdo muy bien. Han pasado tantos años y aún siento una humedad cálida y vergonzosa resbalando por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio agachado con la esperanza de que nadie reparase en mi presencia, hasta que pudiese salir y echar a volar por la Alameda.

“A ver, usted, ¡póngase de pie!”

El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que aquella orden iba por mí. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mí me pareció la lanza de Abd el Krim.

“¿Cuál es su nombre?”

“Pardal”.

Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me golpeasen con latas en las orejas.

“¿Pardal?”

No me acordaba de nada. Ni de mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré hacia el ventanal, buscando con angustia los árboles de la Alameda.

Y fue entonces cuando me meé.

Cuando los otros chavales se dieron cuenta, las carcajadas aumentaron y resonaban como latigazos.

Huí. Eché a correr como un locuelo con alas. Corría, corría como sólo se corre en sueños cuando viene detrás de uno el Hombre del Saco. Yo estaba



convencido de que eso era lo que hacía el maestro. Venir tras de mí. Podía sentir su aliento en el cuello, y el de todos los niños, como jauría de perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música y miré hacia atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba a solas con mi miedo, empapado de sudor y meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía fijarse en mí, pero yo tenía la sensación de que todo el pueblo disimulaba, de que docenas de ojos censuradores me espiaban tras las ventanas y de que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarles la noticia a mis padres. Mis piernas decidieron por mí. Caminaron hacia el Sinaí con una determinación desconocida hasta entonces. Esta vez llegaría hasta Coruña y embarcaría de polizón en uno de esos barcos que van a Buenos Aires.

Desde la cima del Sinaí no se veía el mar, sino otro monte aún más grande, con peñascos recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de asombro y melancolía lo que logré hacer aquel día. Yo solo, en la cima, sentado en la silla de piedra, bajo las estrellas, mientras que en el valle se movían como luciérnagas los que con candil andaban en mi busca. Mi nombre cruzaba la noche a lomos de los aullidos de los perros. No estaba impresionado. Era como si hubiese cruzado la línea del miedo. Por eso no lloré ni me resistí cuando apareció junto a mí la sombra recia de Cordeiro. Me envolvió con su chaquetón y me cogió en brazos. “Tranquilo, Pardal, ya pasó todo.”

Aquella noche dormí como un santo, bien arremado a mi madre. Nadie me había reñido. Mi padre se había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule, las colillas amontonadas en el cenicero de concha de vieira, tal como había sucedido cuando se murió la abuela.

Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado la mano durante toda la noche. Así me llevó, cogido como quien lleva un serón, en mi regreso a la escuela. Y en esta ocasión, con el corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo.

El sapo sonreía. Me pellizcó la mejilla con cariño. “Me gusta ese nombre, Pardal.” Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano hacia su mesa y me sentó en su silla. Él permaneció de pie, cogió un libro y dijo:

“Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso.” Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. “Bien, y ahora vamos a empezar un poema. ¿A quién le toca? ¿Romualdo? Venga, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta.”

A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de heridas.

*Una tarde parda y fría...*

“Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?”

“Una poesía, señor”

“¿Y cómo se titula?”

“*Recuerdo Infantil*. Su autor es don Antonio Machado”.

“Muy bien, Romualdo, adelante. Con calma y en voz alta. Fíjate en la puntuación.”

El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas como niño que era de Altamira, carraspeó como un viejo fumador de picadura y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano de Montevideo.

RIVAS, Manuel: “La lengua de las mariposas”, en *¿Qué me quieres, amor?*, Madrid, Alfaguara, 2009, pp.23-29.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

**Pardal:** en gallego, gorrión.

**Instrucción Pública:** Ministerio de Educación.

**Abd El Krim:** caudillo de las fuerzas irregulares marroquíes que luchaban en África.

**Quintos:** conjunto de chicos que realizaban el servicio militar en el mismo año.

**Ateridos:** muertos de frío.

**Vieira:** Molusco comestible, muy común en los mares de Galicia, cuya concha es la venera, insignia de los peregrinos de Santiago.

**Indiano:** Nativo de las Indias Occidentales.

**Serón:** capazo de esparto que sirve para llevar carga por los caminos.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

- 1.- Resume en 5 ó 6 líneas el contenido del texto.
- 2.- ¿Por qué llaman, según se explica en el texto, al niño “Pardal” y quién le pone el apodo?
- 3.- ¿Qué defecto del habla tenía el padre del protagonista cuando era niño?
- 4.- ¿Cómo se titula el poema de Antonio Machado que recita Romualdo ante la clase?
- 5.- Explica con tus palabras el significado de: “Mi nombre cruzaba la noche a lomos de los aullidos de los perros.”
- 6.- Analiza las formas verbales que aparezcan subrayadas en el siguiente fragmento:

“Qué hay, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas”.

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviasen un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes”.

En el análisis debes incluir: PERSONA – NÚMERO – TIEMPO – MODO – VOZ – VERBO EN INFINITIVO.

7.- Analiza morfológicamente las palabras subrayadas en el texto:

“Yo iba para seis años y todos me llamaban Pardal. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos que no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, el que me puso el apodo: “Pareces un pardal”.

8.- Analiza sintácticamente la siguiente frase:

“Sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes”.

9.- Analiza sintácticamente el valor de “se” en el siguiente fragmento:

“...cómo **se** agrandaban las cosas menudas e invisibles...”

## MODELO Nº 5

### 1ª PARTE: DICTADO

Es en pasado cuando vemos el tiempo como si fuera el espacio. Todo queda lejos, en la distancia en que el pasado es una inmensa pradera vertiginosa, igual que si cayéramos de una gran altura y el tiempo de la caída, la distancia, nos hiciera inmóviles, como ocurre con los clavadistas del aire, que van cayendo a una enorme velocidad y sin embargo para ellos no se cae nunca. Así caemos en el recuerdo. Nada parece haberse movido, nada ha cambiado porque estamos cayendo a una velocidad constante y sólo los que nos ven desde afuera, ustedes los lectores, se dan cuenta de cuánto hemos descendido y a qué velocidad.

CABRERA INFANTE, Guillermo: *La ninfa inconstante*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2008, pp. 17 y 18.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

#### TRIBULACIONES DE UNA MADRE SUFRIDORA

Nela y sus compinches llevan maquinando un plan peligrosísimo toda la semana. Con sólo quince años, intentarán colarse en una discoteca de moda. Los Extraños de la Calle se jactan de hacerlo continuamente. Por lo visto, la puerta de la discoteca en cuestión está protegida por dos orangutanes que, en sus ratos libres, practican el lanzamiento de martillo. Uno de ellos participará en el próximo campeonato de Europa. Burlar a este par de bestias constituye una de las atracciones más apasionantes del programa; se trata de una proeza que exige ingenio, habilidad, valentía... y alguna que otra condición.

- Sólo hay que cambiar la fecha de nacimiento en el carnet de identidad, y ya te dejan entrar sin mirarte ni nada - suelta la incauta de Nela.

Mi hija está excitadísima. En ningún momento se ha parado a pensar que incurre en un delito de falsificación de documento público. Pretende seguir al pie de la letra las instrucciones criminales que le han suministrado los Extraños.

Estoy tan horrorizada que me armo un lío y, en lugar de vetar rotundamente sus aspiraciones a delincuente - como sin duda harían mis Asesores -, exijo a Nela que me detalle los pormenores del acto delictivo.

- Sólo hay que hacer unas cuantas fotocopias en la trastienda de un sitio - informa entusiasmada, pavoneándose.

- ¿Dónde? ¿Cómo?

Nela cambia la expresión. No puede explicarse de forma calmada y paciente. Todo lo que dice ha de ser comprensible instantáneamente. Ahora se nota torturada por una madre más lenta que una morsa con tacones. Apenas puede soportarlo.

- Me odias. No te fías de mí - clama agria.

- No querida, no te odio en absoluto. Simplemente pregunto.

- Pues ninguna otra madre pregunta tanto como tú. Todas dicen “qué bien” y dejan a sus hijas en paz.

Lanzo una mirada lo más dura posible.

- ¿Por qué me miras de esa forma? ¿Por qué siempre pones unos ojos, así, como de crítica? Te crees superior - Nela sólo ve la paja en el ojo ajeno.

Estoy a punto de decirle cuatro cosas, pero mis Asesores me han explicado un trillón de veces lo peligroso que resulta desviarse del objetivo final; así que hago un esfuerzo inaudito y mantengo la boca prieta.

Mi silencio envalentona a Nela. Pone cara de víctima y me ametralla con un discurso de lo más altanero.

- Yo tengo mi propia vida y, para que te enteres, hay cosas que son importantes para mí. Salir con mis amigos es importante para mí; bailar en discotecas también es importante para mí; sin embargo, fisgar en mi vida íntima sólo te importa a ti. Ya sabes cuánto odio tener que explicarte mil veces todo, lo sabes, pero tú para fastidiar vas y me obligas a decirte exactamente cada cosa que hago y por qué la hago. Me tratas como a una enana nauseabunda. Ninguna de mis amigas tiene una madre tan desconfiada como tú; ninguna.

Una vez más, Nela demuestra una habilidad pasmosa a la hora de salirse por la tangente. Es muy diestra con el manejo de la aguja de marear. Cree que terminará olvidando el motivo inicial de la discusión. Pero se equivoca, porque yo voy conociendo poco a poco sus viles artimañas y ya las sorteo incluso con cierto garbo. Así que me limito a pronunciar gélidamente:

- Observo que lo has entendido maravillosamente bien. ¡Qué hija más inteligente tengo! De modo que, o me explicas exactamente en qué consiste el tema de la discoteca o no te moverás de casa en todo el fin de semana.

Nela necesita sentarse; jura que prefiere vivir bajo un puente antes que permanecer con una madre que la trata tan rematadamente mal. Pone cara de tener ofendido hasta el páncreas. Yo sigo en mis trece: pido el nombre de la discoteca, su dirección, y exijo detalles sobre la falsificación. Nela pone los ojos en blanco. De pronto parece inmensamente aburrida. Desea acabar cuanto antes. Recita a toda velocidad una retahíla de datos y de personas que también frecuentan el lugar. La lista es interminable y se compone principalmente de casi toda la gente que yo conozco.

- ¿Tienes ya suficiente? ¿O acaso mi comandante desea más información? - suelta ácida.

Me hace gracia, no puedo remediarlo. Mi leve sonrisa desata su histeria.

- ¡¡¡Te chifla humillarme!!! No puedo creerlo - aúlla como loca.

- Falta lo de la falsificación - corto enseguida.

- Tama se va a ocupar; ella conoce a uno que sabe dónde se hace. Yo no sé nada. Sólo tengo que pagar dos mil pesetas. Eso es lo que vale. No sé nada más.

Ahora Santa Nela Bendita es una pobre inocente que se deja arrastrar ciegamente por la bribonería del hampa. Exijo hablar inmediatamente con Tamara.

- ¡NO! ¡No te metas! - solloza aterrorizada mientras tira con rabia de mi mejor jersey. La tensión es demasiado fuerte; noto que ambas estamos exhaustas. Intento llegar a un acuerdo y dejo que Nela llame a Tamara. Oigo cómo protesta al teléfono; Nela se lamenta a moco tendido de la desgracia que supone tener una madre tan horrible como yo.

- La madre de Tama quiere hablar contigo - anuncia glacial pasándome el auricular.

Contrariamente a lo esperado, la mujer parece sensata y seria. Es anestesista y su marido ingeniero. Se ha informado detalladamente acerca de la discoteca y afirma que se trata de un lugar bastante seguro. No hay drogas. Los alumnos de un colegio respetable frecuentan el lugar. El acceso es estrictísimo: los orangutanes de la puerta echan sin compasión a todo aquel que vaya tatuado y desaliñado. Un amigo de la familia maduro, universitario, se ha ofrecido para acompañar a las niñas. Ella las llevará e irá a buscar personalmente a una hora prudente.

- Además, ¿para qué vamos a engañarnos? Yo creo que bailar es muy divertido. Tamara lo hace constantemente en su cuarto, por tanto, ¿qué más da que baile también en una discoteca? - argumenta la señora pausadamente. Lleva la profesión en la voz.

Después de grandes titubeos, termino accediendo. Nela está pletórica.

- Eres una madre guay. Te quiero, eres guay - canturrea y me zarandea. Acepta mis severas condiciones y requetejura que no fumará ni beberá.

- Eso no pienso tolerarlo. Espero que no me decepciones - advierto contundente.

Telefonea a media humanidad para comunicar la buena nueva y luego se va a la cama dando saltos. Mañana es el gran día y Nela se siente inmensamente feliz. Mientras tanto, yo no consigo pegar ojo. Sé que mañana pasaré un rato angustioso; permaneceré alerta y dispuesta a llamar a la policía o a arrasar el lugar de perdición en persona. Si en realidad me preocupa tanto la idea, ¿por qué me dejo arrastrar tan fácilmente? Quizás sea porque, a su edad, yo también me colé en una discoteca. Recuerdo que me maquillé todo lo que pude para aparentar diez años más y que bailé como una posesa; claro está que no se me pasó por la cabeza falsificar la documentación... ¡Ay, Dios mío! ¡Lo he olvidado por completo! ¿Se habrán enterado la anestesista y el ingeniero de que nuestras hijas son delincuentes en potencia?

VALLEJO-NÁGERA, Alejandra: *Tribulaciones de una madre sufridora*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, pp. 102-107.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Haz un breve resumen del texto que acabas de leer, de unas 6 líneas, aproximadamente.
- 2.- Describe en pocas líneas cómo es la madre de Nela.
- 3.- Responde a las siguientes preguntas:
  - ¿Por qué tres motivos la llamada telefónica convence definitivamente a la madre de Nela?
  - Sin embargo, ¿por qué la madre de Nela cree que termina cediendo ante las peticiones de su hija?
- 4.- ¿Por qué la madre de Nela comenta “Lleva la profesión en la voz”?
- 5.- Realiza las siguientes tareas:

Explica con tus propias palabras lo que la autora quiere decir con estas expresiones:

“Yo sigo en mis trece...”.

“a la hora de salirse por la tangente”.

“Nela sólo ve la paja en el ojo ajeno”.

Escoge 4 de estas 13 palabras del texto y defínelas: “pormenores, inaudito, nauseabunda, artimañas, garbo, gélidamente, retahíla, histeria, hampa, anestésista, orangután, desaliñado, pletórico”.

6.- Localiza en el texto lo que se te pide a continuación (siempre copiando la oración en la que está, y subrayando lo pedido):

Un determinante numeral cardinal.

Un adjetivo en grado comparativo.

Un adverbio de modo.

Un sustantivo abstracto.

Una conjunción.

Un adjetivo en grado superlativo.

Un sustantivo con sufijo.

7.- Encuentra en el texto las siguientes formas verbales:

Un gerundio simple.

Un verbo en 1ª persona del singular del Pretérito Perfecto Simple de Indicativo.

Un verbo en 3ª persona del plural del Futuro Perfecto de Indicativo.

Un verbo en 1ª persona del singular del Pretérito Perfecto Compuesto de Indicativo.

Un verbo en 2ª persona del singular del Presente Simple de Subjuntivo.

8.- En las siguientes oraciones del texto, hay un Complemento Agente, un CD, un CI, un Complemento de Régimen Verbal (CRV) y un CC de Cantidad; subráyalos, poniendo debajo el complemento de que se trata:

Estoy a punto de decirle cuatro cosas.

La puerta de la discoteca en cuestión está protegida por dos orangutanes.

Yo no sé nada.

No te fías de mí.

9.- Analiza sintácticamente esta oración del texto:

“Mi hija está excitadísima”.

## MODELO Nº 6

### 1ª PARTE: DICTADO

Platero, indeciso, yergue las orejas, alza la cabeza y, como un alacrán cercado por el fuego, intenta, nervioso, huir por doquiera. Pero, como es tan pequeño, las locas no le temen y siguen girando, cantando y riendo a su alrededor. Los chiquillos, viéndolo cautivo, rebuznan para que él rebuzne. Toda la plaza es ya un concierto altivo de metal amarillo, de rebuznos, de risas, de coplas, de panderetas y de almireces...

Por fin, Platero, decidido igual que un hombre, rompe el corro y se viene a mí trotando y llorando, caído el lujoso aparejo. Como yo, no quiere nada con los Carnavales... No servimos para estas cosas...

JIMÉNEZ, Juan Ramón: «*Carnaval*», en *Platero y yo*, Madrid, Cátedra, 1988, p. 230.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### EL VIENTO DE LA LUNA

Fue el último verano que vivió con nosotros cuando mi tío Pedro decidió que iba a instalarnos la ducha, el verano anterior al viaje del Apolo XI a la Luna. Yo tenía doce años y había terminado el curso con un suspenso vergonzoso en Gimnasia. En el vestuario mis compañeros se reían de mis calzoncillos y en la sala de aparatos el profesor de Educación Física me humillaba junto a los más gordos y torpes de la clase cuando no sabía saltar el potro ni escalar por la cuerda y ni siquiera dar una voltereta. Esa mañana de julio –hasta principios de septiembre yo no tendría que enfrentarme a la renovada humillación y el íntimo suplicio de un nuevo examen de gimnasia-, mi tío Pedro sacó el bidón metálico al corral y nos mostró todas las cosas que había comprado en la ferretería o conseguido en su taller de carpintería metálica, donde estaba a punto de que lo ascendiesen a soldador de primera: una alcachofa de ducha, varios tubos de cobre de distintas longitudes y grosores, una manguera remendada con parches de bicicleta. Mi madre y mi abuela lo miraban con admiración y algo de alarma, sobre todo cuando me pidió que le acercara la escalera de mano y la apoyara contra el muro de la caseta exterior donde estaba el retrete. Se echó el bidón al hombro, subió por la escalera sujetándose con una sola mano, fornido, enérgico, en camiseta, con su pantalón azul de soldador, la cara y los brazos muy blancos, porque ya no le daba el sol sin misericordia del trabajo en el campo. Yo sujetaba la escalera y mi madre y mi abuela le hacían advertencias asustadas, agárrate bien, no mires para abajo, que te puede dar mareo, no vayas a caerte. Mi tío se pasó la mañana al sol, atareado en el tejadillo, ajustando el bidón con anclajes metálicos, soldando junturas, la cara protegida por su careta de metal con una mirilla como de morrion de película, la pistola de soldadura soltando chorros de chispas que dejaban un olor muy acre en el aire y caían al suelo como tenues plumas de ceniza. Con su careta de soldador mi tío se parecía al Hombre de la



Máscara de Hierro. Yo permanecía alerta al pie de la escalera, dispuesto a alcanzarle lo que él me pidiera con sus ademanes recién adquiridos de experto: un destornillador, un martillo, un tubo de cobre. Mi tío sudaba en la ofuscación del sol de julio, bajo un sombrero de paja que mi abuela me había hecho alcanzarle, no fuera a coger una insolación, y que ya era incongruente con su mono azul de experto en soldadura y en carpintería metálica.

-Ya casi ha terminado mi hermano la ducha –le dijo mi madre a mi padre cuando llegó él del mercado a la hora de comer, y le señaló el bidón ya instalado en el tejadillo del retrete, por encima de las hojas tupidas de la parra-. Dice que mañana podremos ducharnos.

- ¿Y el agua? –dijo mi padre, con su mirada escéptica y el aire entre reservado e irónico que tenía siempre en casa, y que podía oscilar fácilmente hacia el malhumor y el silencio.- ¿De dónde pensáis traer el agua para ducharos?

Al día siguiente, domingo, mi tío se levantó temprano y salió del cuarto con sigilo, como temiendo despertarme. Desde la cama yo escuchaba cada mañana los aleteos y el piar de las golondrinas que anidaban todos los años en el hueco de mi balcón. Oía también los pregones de los vendedores ambulantes y los cascotes de los caballos y los mulos, las ruedas de los carros retumbando sobre el empedrado. Distinguí de lejos, todavía sin desprenderme por completo del sueño, los martillazos que daba mi tío sobre la chapa del bidón, en el corral, y luego el gruñido de la polea del pozo, y el del agua pasando de un recipiente a otro. Con la ayuda de mi madre, mi tío sacaba agua del pozo, la trasvasaba a otro cubo, subía con él la escalera y vaciaba el agua en el bidón del tejadillo. Había procurado no despertarme y no me había pedido que le ayudara: quería que al levantarme me encontrara la sorpresa. Oí sus pasos jóvenes y fuertes, subiendo por la escalera hasta el primer rellano, y luego su voz gritando mi nombre.

Bajé al corral, y allí estaba mi tío, junto a la caseta del retrete, en calzoncillos, unos calzoncillos blancos y rudimentarios de tela idénticos a los míos, y a los de mi padre y mi abuelo, peludo y musculoso, la cara y el cuello muy morenos y el torso muy blanco, con un estropajo y un trozo de jabón en la mano, triunfal.

-Venga, prepárate, que vamos a ducharnos. ¿Tú cuántas veces te has duchado en tu vida?

-Yo, ninguna.

- Pues ésta va a ser la primera.

Me quedé en calzoncillos, igual que él, porque no tenía bañador y no sabía que uno pudiera ducharse desnudo. Mi madre y mi abuela nos miraban, maravilladas, asustadas, las dos frotándose las manos sobre los delantales, nerviosas, examinando el interior del cobertizo del retrete, que ahora tenía en el techo, saliendo de un agujero taladrado en el yeso y el cañizo por mi tío, un tubo de cobre que acababa en la alcachofa de una ducha, y del que colgaba un largo trozo de alambre terminado en un gancho.

-Tengo que poner un grifo –dijo mi tío-, pero por ahora nos arreglaremos tirando del alambre.

-A ver si os vais a escurrir y os vais a caer y os hacéis daño –dijo mi abuela, medrosamente asomada al cobertizo donde no había más que la taza del retrete.

-¿Y si os mojáis y se os corta la digestión? –dijo mi madre.

-Ni que fuéramos a tirarnos de cabeza al mar –mi tío, jovialmente, ya se había situado exactamente debajo de la alcachofa de la ducha, y sujetaba el alambre-. ¿Preparado?

Dije que sí, casi pegado a él, en el espacio escaso del cobertizo, y entonces mi tío tiró del alambre, cerrando los ojos, y al principio no pasó nada y volvió a abrirlos. El mecanismo debía de haberse atascado. Mi tío tiró otra vez, con más fuerza, y se quedó con el gancho de alambre en la mano, pero entonces el agua empezó a caer sobre nosotros, fría, en hilos muy finos, como una lluvia desconcertante y gozosa, y mi tío llamó a gritos a mi madre y a mi abuela y abrió la puerta de tablones del cobertizo para que las dos vieran la maravilla de la ducha que caía sobre nosotros y chorreaba en el suelo. Recibíamos el agua con las bocas abiertas y los párpados apretados, como una lluvia benévola que se pudiera manejar a voluntad. Mi tío me hacía cosquillas, me frotaba su trozo áspero de jabón por la cara, me apartaba para recibir él todo el chorro, y mi madre y mi abuela se reían tan escandalosamente al vernos que pronto llamaron la atención de las vecinas en los corrales próximos.

-¿A qué vienen tantas risas?

- Los vecinos, que han puesto una ducha.

-¡La ducha! –dijo mi tío, a voces-. ¡El gran invento del siglo! El día que me case me dará una gran ducha antes de vestirme de novio...

Entonces, tan bruscamente como había empezado, aquella lluvia suave y fría se interrumpió, y mi tío y yo nos quedamos mirándonos, las caras y el pelo llenos de jabón, los pies chapoteando en agua sucia, junto a la taza del retrete, una o dos gotas escasas, con color de óxido, cayendo despacio de la alcachofa de la ducha.

Ya no volvimos a usarla. Era un trabajo agotador para un recreo tan fugaz: ir sacando uno por uno los cubos de agua del pozo, vaciar el agua en otro cubo, subirlo por la escalera hasta el bidón. Lo intentamos otra vez, pero resultó que el interior del bidón se había cubierto de óxido, y los agujeros de la ducha se cegaban, dejando salir nada más que unos hilos mezquinos, de un color rojizo. El día en que iba a casarse, mi tío se lavó a conciencia en la palangana, como había hecho siempre, a manotazos, en medio del corral.

MUÑOZ MOLINA , Antonio: *El viento de la Luna*, Barcelona, Seix Barral, 2006, pp. 28-32

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Resume en 5 ó 6 líneas y con tus propias palabras el contenido del texto.
- 2.- ¿En qué época del año se desarrolla la acción? Copia 4 ó 5 pasajes del texto que sirvan para apoyar tu respuesta.
- 3.- ¿Qué personaje de los que aparecen en el relato es el más admirado? Justifica con tus palabras las razones.
- 4.- El último párrafo actúa como desenlace de la hazaña relatada. Resúmelo con tus palabras. Además, aparece una oración con intención irónica que

enlaza con otra que habrás leído en el texto. Copia la cita a la que nos referimos y explica dicha ironía.

5.- Escribe un sinónimo para cada una de estas palabras, según lo que signifique en el texto:

fornido

alarma

retrete

tenues

oscilar

sigilo

6.- Analiza morfológicamente la siguiente oración:

“Desde la cama yo escuchaba cada mañana los aleteos y el piar de las golondrinas”.

7.- Analiza las formas verbales que aparecen subrayadas en la oración siguiente:

“Había procurado no despertarme y no me había pedido que le ayudara: quería que al levantarme me encontrara la sorpresa”.

En el análisis debes incluir:

PERSONA • NÚMERO • TIEMPO • MODO • VOZ • VERBO EN INFINITIVO.

8.- Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“En el vestuario mis compañeros se reían de mis calzoncillos”.

9.- Indica la función sintáctica de los grupos de palabras subrayados:

“Nos mostró todas las cosas que había comprado en la ferretería”.

“Ya casi ha terminado mi hermano la ducha”.

“Mi madre y mi abuela nos miraban, maravilladas”.

“Recibíamos el agua con las bocas abiertas”.

## MODELO Nº 7

### 1ª PARTE: DICTADO

Un día el Mal se encontró frente a frente con el Bien y estuvo a punto de tragárselo para acabar de una buena vez con aquella disputa ridícula; pero al verlo tan chico el Mal pensó:

“Esto no puede ser más que una emboscada; pues si yo ahora me trago al Bien, que se ve tan débil, la gente va a pensar que hice mal, y yo me encogeré tanto de vergüenza que el Bien no desperdiciará la oportunidad y me tragará a mí, con la diferencia de que entonces la gente pensará que él sí hizo bien, pues es difícil sacarla de sus moldes mentales consistentes en que lo que hace el Mal está mal y lo que hace el Bien está bien.”

Y así el Bien se salvó una vez más.

MONTERROSO, Augusto: “Monólogo del Mal”, en *La oveja negra y demás fábulas*, Madrid, Alfaguara, 1997, p. 49.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### COSAS QUE YA NO EXISTEN

Teófilo era un hombre honrado, además de un excelente relojero. Como buen medidor del tiempo sabía que un día u otro iba a tener que despedirse de este mundo, pero estaba tan ocupado que nunca se había detenido a meditar acerca del terrible momento. Cierta mañana, sin embargo, la campanilla de la puerta sonó de una forma peculiar. “Es ella”, murmuró y, como en un sueño, se sintió golpeado por sus sesenta y cinco años, el pesar de no haber tomado esposa, y un imparable desasosiego al percatarse de que ya era tarde para pensar en un heredero que perpetuase su memoria y llorase su ausencia.

- Esto se acaba –comprendió. Y, resignado, descorrió el cerrojo de la puerta.

Al principio no acertó a ver otra cosa que el mar y a unos cuantos pescadores remendando sus redes al calor del sol. Pero, llevándose la mano a la frente para darse sombra, no tardó en distinguir una esbelta silueta apoyada en la cancela con aire abatido.

- Soy la Muerte –dijo la dama.

- Ya lo sé –contestó Teófilo-. La he reconocido enseguida.

La Muerte entró en la casa con paso lento y renqueante, y Teófilo aprovechó para observarla con detenimiento. Era mucho más vieja de como solía aparecer en grabados y dibujos, algo más alta, y no tan fea como se empeñaban en asegurar los que nunca la habían visto. Parecía, eso sí, muy fatigada y afligida. Andaba encorvada, con todos los años del mundo agolpados sobre sus espaldas, y su forma de sostener la guadaña tenía muy poco de terrorífica. Recordaba, más bien, a una anciana campesina apoyándose en un apero de labranza.

- ¿Mucho trabajo, señora? –preguntó.

- Pse –dijo la Muerte, y se sentó en una silla de mimbre en el pequeño jardín interior en el que Teófilo solía montar y desmontar relojes. La sombra de una higuera pareció reconfortarla.

- Supongo que ya no dispongo de tiempo para nada.

La dama asintió. En el jardín se respiraba una brisa muy agradable. Se dio aire con una de sus manos huesudas, se enjugó el sudor de la frente y echó una ojeada a su alrededor. “Es curiosa”, pensó Teófilo. Y, comprendiendo que no podía desperdiciar un solo instante, se encaramó a la higuera como si fuera un muchacho y saltó a tierra con un sabroso fruto entre las manos.

- ¿Qué haces? –preguntó la Muerte.

- Como higos –dijo Teófilo-. Hace tanto calor y el camino debe de ser tan largo...

Y enseguida, consciente de la expectación que había provocado, añadió:

- Son deliciosos... Los mejores higos de la comarca, ¿sabe usted?

La Muerte alzó la guadaña e intentó hacerse con uno de los frutos. Pero la afilada cuchilla no lograba otra cosa que perforar la suave piel y estrellar la pulpa contra el suelo.

- ¡Señora, por favor! –clamó el relojero-. ¿Dónde se ha visto maltratar así un manjar tan delicado? Yo le acercaré una escalerilla, y usted podrá subir y hartarse a gusto.

- Gracias –dijo la Muerte. Y, respirando hondo como para tomar fuerzas, empezó a trepar por la escalera que acababa de disponer el relojero.

- Más arriba. Los maduros se encuentran más arriba.

La Muerte ascendió aún un par de peldaños.

- Un poco más –le animó Teófilo.

- ¿Aquí? –preguntó resoplando la dama.

- Sí. Precisamente ahí –dijo nuestro hombre-. Ahora podrá comer cuanto quiera, señora.

Y mientras la Muerte, tras un breve acceso de tos seca y profunda, se instalaba a horcajadas en la rama más gruesa, Teófilo derrumbó de una patada la escalerilla y gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Por los siglos de los siglos!

La dama, en lo alto, se quedó perpleja. Clavó sorprendida sus cuencas vacías en el rostro del relojero y esperó, pero el hombre, la mar de feliz con el curso de los acontecimientos, supo aguantarle valientemente la mirada. Después, orgulloso de la hazaña, decidió seguir con sus ocupaciones y no perder un segundo más de su precioso tiempo. Al principio le resultó un poco difícil. La Muerte había recuperado la palabra y no paraba de hablar e intentar estratagemas. Tan pronto ordenaba: “¡Bájame de aquí inmediatamente!”, como suplicaba: “¡Por favor, no puedes hacerme esto!”. Prometía tesoros extraordinarios, amenazaba con terribles venganzas, estrellaba con furia docenas de higos contra el suelo... Hasta que terminó por cansarse, enmudeció, y Teófilo no tardó en comprobar que la vida, con la Muerte en casa, no se diferenciaba demasiado de todo lo que había conocido hasta entonces.

Continuó armando y desarmando relojes. Las visitas –única novedad- no pasaban ahora más allá de la antesala, y nadie pudo sospechar jamás de la existencia o calidad de su invitada. Al llegar las primeras lluvias le lanzó un paraguas. En invierno se apiadó de su reuma y le ofreció una manta. Las estaciones iban sucediéndose, pasaban los años, nadie moría, las calles y plazas

estaban llenas de ancianos. Poco a poco Teófilo descubrió que ya no era tan hábil con el buril y que, con sospechosa frecuencia, cometía errores, confundía números, extraviaba piezas. Eso era lo peor: el continuo extravío de piezas. Porque por más que las disponía sobre la mesa con el mayor cuidado y atención, en el momento de utilizarlas no se veía capaz de dar con ellas. Alguna que otra vez su huésped, aburrida, le había indicado desde lo alto de la higuera el lugar exacto adonde habían ido a parar ruedecillas, rubíes, muelles o anillas. Un día, por primera vez en toda su vida, Teófilo abandonó un pequeño reloj de pulsera a medio armar. ¿Para qué medir el tiempo si ya no existía? Hacía un calor considerable y la Muerte, desde su rama, resoplaba con fuerza.

- Debe de estar muy cansada –le dijo el hombre con toda la amabilidad de la que fue capaz.

Se miraron a los ojos. Fijamente. Igual que aquel lejano día. Sólo que la dama, ahora, no parecía perpleja, ni el secuestrador contento u orgulloso de su hazaña.

- Baje –dijo al fin, tendiéndole la escalera. Yo la ayudaré. No tenga miedo.

La dama hizo acopio de energías e inició el descenso. Los huesos le crujían, los bronquios silbaban. Al llegar al suelo tuvo que abrazarse al relojero para mantenerse en pie. Estaba entumecida y mareada.

- Lléveme a donde quiera –suplicó Teófilo.

Cruzaron el comedor, atravesaron la antesala, salieron de la casa sin preocuparse por cerrar la puerta. A escasos metros de la verja unos cuantos pescadores remendaban sus redes bajo el sol. Ni siquiera levantaron la cabeza para saludarles. La dama y el relojero tampoco se molestaron en despedirse. Andaban entrelazados, apoyándose el uno en el otro, punteando su lento caminar con los secos golpes de un largo palo de siega. Parecían dos enamorados, tan juntos iban. O dos viejos amigos, reunidos, al fin y para siempre, tras largos años de penalidades y fatigas.

FERNÁNDEZ CUBAS, Cristina: *Cosas que ya no existen*,  
Barcelona, Lumen, Colección Palabra en el Tiempo, 2001, pp. 33-38.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

**Cancela:** Verja pequeña que se pone en el umbral de algunas casas para reservar el portal o zaguán del libre acceso del público.

**Renqueante:** Que anda oscilando a un lado y a otro a trompicones.

**Afligida:** Triste y angustiada.

**Apero:** Conjunto de instrumentos y demás cosas necesarias para la labranza.

**Encaramarse:** Levantar o subir a alguien o algo a lugar dificultoso de alcanzar.

**Acceso:** Arrebato o exaltación.

**A horcajadas:** Dicho de montar, cabalgar o sentarse.

**Estratagema:** Astucia, fingimiento y engaño artificioso.

**Buril:** Instrumento de acero, prismático y puntiagudo, que sirve a los grabadores para abrir y hacer líneas en los metales.

**Acopio:** Juntar y reunir en cantidad algo.

**Entumecida:** Que tiene torpeza de movimientos.

**Siega:** Cortar mieses o hierba con la hoz, la guadaña o cualquier máquina a propósito.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Resume en cinco o seis líneas el contenido del texto con tus propias palabras.
2. Describe cómo es la Muerte del cuento.
3. ¿Qué truco inventa Teófilo para evitar morir? ¿Por qué se le llama “secuestrador”?
4. ¿Qué sucesos llevan a Teófilo a decirle a la Muerte: “Lléveme a donde quiera”?
5. Explica con tus palabras el significado de las siguientes expresiones:  
“Se sintió golpeado por sus sesenta y cinco años”.  
“Ya era tarde para pensar en un heredero que perpetuase su memoria”.  
“Clavó sorprendida sus cuencas vacías en el rostro del relojero”.
6. Indica qué clases de palabras son las subrayadas:  
“Eso era lo peor: el continuo extravío de piezas. Porque por más que las disponía sobre la mesa con el mayor cuidado y atención, en el momento de utilizarlas no se veía capaz de dar con ellas”.
7. Analiza las siguientes formas verbales. En el análisis debes incluir: persona, número, tiempo, modo, voz y verbo en infinitivo, en este orden.  
“Y, comprendiendo que no podía desperdiciar un solo instante, se encaramó a la higuera como si fuera un muchacho y saltó a tierra con un sabroso fruto entre las manos”.
8. Transforma la siguiente oración escribiéndola en voz pasiva: “La Muerte había recuperado la palabra”.
9. Analiza sintácticamente esta oración:  
“Teófilo derrumbó de una patada la escalerilla”.

## MODELO Nº 8

### 1ª PARTE: DICTADO

“Cuando acudí a su llamada me sorprendió oírle decir que me llamaba para que le acompañase, a él que tenía lacayos y que no necesitaba de nadie porque era un hombre decidido y audaz, que había demostrado su valor repetidas veces, en especial cuando participó en la trata de negros.

Yo acepté aquella petición y días después me enteré también de que, en otro espejo, se había visto y no tenía boca: en el bruñido vidrio azogado no aparecían los labios que él movía con insistencia y que no veía en su cara. Debí comprender que un peligro sutil, acaso ya inevitable, le cercaba y por esta causa quiso confiar en mí y de forma escueta me contó lo sucedido. En una fiesta, vio a una gitana, del grupo de músicos que habían hecho ir [...].

ZÚÑIGA, Juan Eduardo: “La bruja”, en *Cuentos españoles contemporáneos (1975-1992)*, Madrid, Bruño, Colección Anaquel, 1995, pp. 171,172.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO**

#### MEDIUM

Soy un hombre intranquilo, nervioso, muy nervioso; pero no estoy loco, como dicen los médicos que me han reconocido. He analizado todo, he profundizado todo, y vivo tranquilo. ¿Por qué? No lo he sabido todavía.

Desde hace tiempo duermo mucho, con un sueño sin ensueños; al menos, cuando despierto, no recuerdo si he soñado; pero debo soñar; no comprendo por qué se me figura que debo soñar. A no ser que esté soñando ahora cuando hablo; pero duermo mucho; una prueba clara de que no estoy loco.

La médula mía está vibrando siempre, y los ojos de mi espíritu no hacen más que contemplar una cosa desconocida, una cosa gris que se agita con ritmo al compás de las pulsaciones de las arterias en mi cerebro.

Pero mi cerebro no piensa, y sin embargo está en tensión; podría pensar; pero no piensa... Ah, ¿Os sonreís, dudáis de mi palabra? Pues bien, sí. Lo habéis adivinado. Hay un espíritu que vibra dentro de mi alma. Os lo contaré.

Es hermosa la infancia, ¿verdad? Para mí el tiempo más horroroso de la vida. Yo tenía, cuando era niño, un amigo; se llamaba Román Hudson; su padre era inglés y su madre española.

Le conocí en el Instituto. Era un buen chico; sí, seguramente era un buen chico; muy amable, muy bueno; yo era huraño y brusco.

A pesar de estas diferencias, llegamos a hacer amistades, y andábamos siempre juntos. Él era un buen estudiante, y yo díscolo y desaplicado; pero como Román siempre fue un buen muchacho, no tuvo inconveniente en llevarme a su casa y enseñarme sus colecciones de sellos.

La casa de Román era muy grande y estaba junto a la plaza de las Barcas, en una callejuela estrecha, cerca de una casa en donde se cometió un crimen del cual se habló mucho en Valencia. No he dicho que pasé mi niñez en Valencia. La



casa era triste, muy triste, todo lo triste que puede ser una casa, y tenía en la parte de atrás un huerto muy grande, con las paredes llenas de enredaderas de campanillas blancas y moradas.

Mi amigo y yo jugábamos en el jardín, en el jardín de las enredaderas, y en un terrado ancho con losas que tenía sobre la cerca enormes tiestos de pitas.

Un día se nos ocurrió a los dos hacer una expedición por los tejados y acercarnos a la casa del crimen, que nos atraía por su misterio. Cuando volvimos a la azotea, una muchacha nos dijo que la madre de Román nos llamaba.

Bajamos del terrado y nos hicieron entrar en una sala grande y triste. Junto a un balcón estaban sentadas la madre y la hermana de mi amigo. La madre leía; la hija bordaba. No sé por qué, me dieron miedo.

La madre, con voz severa, nos sermoneó por la correría nuestra, y luego comenzó a hacerme un sin número [sic] de preguntas acerca de mi familia y de mis estudios. Mientras hablaba la madre, la hija sonreía; pero de una manera tan rara, tan rara...

-Hay que estudiar -dijo a modo de conclusión la madre.

Salimos del cuarto, me marché a casa, y toda la tarde y toda la noche no hice más que pensar en las dos mujeres.

Desde aquel día esquivé como pude el ir a casa de Román. Un día vi a su madre y a su hermana que salían de una iglesia, las dos enlutadas, y me miraron y sentí frío al verlas.

Cuando concluimos el curso, ya no veía a Román; estaba tranquilo; pero un día me avisaron de su casa, diciéndome que mi amigo estaba enfermo. Fui y le encontré en la cama llorando, y en voz baja me dijo que odiaba a su hermana. Sin embargo, la hermana, que se llamaba Ángeles, le cuidaba con esmero y le atendía con cariño; pero tenía una sonrisa tan rara, tan rara...

Una vez, al agarrar de un brazo a Román, hizo una mueca de dolor.

-¿Qué tienes? -le pregunté.

Y me enseñó un cardenal inmenso, que rodeaba su brazo como un anillo. Luego, en voz baja, murmuró:

-Ha sido mi hermana.

-¡Ah! Ella...

-No sabes la fuerza que tiene; rompe un cristal con los dedos, y hay una cosa más extraña: que mueve un objeto cualquiera de un lado a otro sin tocarlo.

Días después me contó, temblando de terror, que a las doce de la noche hacía ya cerca de una semana que sonaba la campanilla de la escalera, se abría la puerta y no se veía a nadie.

Román y yo hicimos un gran número de pruebas. Nos apostábamos junto a la puerta..., llamaban..., abríamos..., nadie. Dejamos la puerta entreabierta, para poder abrir en seguida..., llamaban..., nadie.

Por fin quitamos el llamador a la campanilla, y la campanilla sonó, sonó... y los dos nos miramos estremecidos de terror.

-Es mi hermana, mi hermana -dijo Román.

Y convencidos de esto buscamos los dos amuletos por todas partes y pusimos en su cuarto una herradura, un *pentágono*, y varias inscripciones triangulares con la palabra mágica: Abrakadabra.

Inútil, todo inútil; las cosas saltaban de sus sitios, y en las paredes se dibujaban sombras sin contornos y sin rostro.

Román languidecía, y para distraerle su madre le compró una hermosa máquina fotográfica. Todos los días íbamos a pasear juntos, y llevábamos la máquina en nuestras expediciones.

Un día se le ocurrió a la madre que los retratara yo a los tres en grupo, para mandar el retrato a sus parientes de Inglaterra. Román y yo colocamos un toldo de lona en la azotea y bajo él se pusieron la madre y sus dos hijos. Enfoqué, y por si acaso me salía mal, impresioné dos placas. En seguida Román y yo fuimos a revelarlas. Habían salido bien; pero sobre la cabeza de la hermana de mi amigo se veía una mancha oscura.

Dejamos a secar las placas, y al día siguiente las pusimos en la prensa, al sol, para sacar las positivas.

Ángeles, la hermana de Román, vino con nosotros a la azotea. Al mirar la primera prueba, Román y yo nos contemplamos sin decirnos una palabra. Sobre la cabeza de Ángeles se veía una sombra blanca de mujer de facciones parecidas a las suyas. En la segunda prueba se veía la misma sombra; pero en distinta actitud, inclinándose sobre Ángeles, como hablándole al oído. Nuestro terror fue tan grande que Román y yo nos quedamos mudos, paralizados. Ángeles miró las fotografías y sonrió, sonrió. Esto era lo grave.

Yo salí de la azotea y bajé las escaleras de la casa tropezando, cayéndome, y al llegar a la calle eché a correr, perseguido por el recuerdo de la sonrisa de Ángeles. Al entrar en casa, al pasar junto a un espejo, la vi en el fondo de la luna sonriendo, sonriendo siempre...

¿Quién ha dicho que estoy loco? ¡Miente!, porque los locos no duermen, y yo duermo... ¡Ah! ¿Creíais que yo no sabía eso? Los locos no duermen, y yo duermo... Desde que nací, todavía no he despertado.

BAROJA, Pío: "Medium", en *Vidas sombrías*, Madrid, Caro Raggio, 1991, pp. 17-21.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Resumen del contenido del texto en una extensión máxima de cinco o seis líneas.
- 2.- Enumera con frases extraídas del texto las diferentes sensaciones que el protagonista recibe ante la presencia de la hermana y la madre de su amigo.
- 3.- ¿Qué relación observas entre el principio y el final del relato?
- 4.- ¿Qué señales extrañas observan los dos amigos en la hermana Ángeles?
- 5.- Explica con tus palabras el significado de las siguientes expresiones:

“Yo era huraño y brusco”

“Nos miramos estremecidos de terror”

“Román languidecía”

6.- Analiza morfológicamente la siguiente oración:

“¿Por qué? No lo he sabido todavía.”

7.- Señala los morfemas por los que están constituidas las siguientes palabras e indica el tipo de palabras que son por su formación:

Horroroso

Bajamos

Enlutada

8. Analiza la estructura sintáctica de los siguientes sintagmas:

La casa de Román

En una sala grande

Cerca de una casa

9. Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“Ángeles, la hermana de Román, vino con nosotros a la azotea”.

## MODELO Nº 9

### 1ª PARTE: DICTADO

De allí provenía también un resplandor fantasmagórico: eran las farolas de gas que reflejaban su luz en la neblina. El resto de la ciudad estaba sumido en la oscuridad absoluta. Al cabo de un rato el frío le había calado los huesos y decidió volver a la cama. Una vez allí encendió el cabo de vela que había en la mesilla de noche y sacó de debajo de la almohada una hoja de papel amarillento, cuidadosamente plegada. La desdobló con cautela y leyó lo que había escrito en aquel papel a la luz temblorosa de la vela. A medida que iba leyendo lo que sin duda conocía de memoria, se le iban crispando los labios, arrugaba el entrecejo y sus ojos adquirían una expresión equívoca, mezcla de rencor y tristeza.

MENDOZA, Eduardo: *La ciudad de los prodigios*, Barcelona, Seix-Barral, 1986, pp. 23-24.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### ¿DÓNDE ESTÁ MI CABEZA?

[...] Desperté; no osaba<sup>1</sup> moverme; no tenía valor para reconocermé y pedir a los sentidos la certificación material de lo que ya tenía en mi alma todo el valor del conocimiento... Por fin, más pudo la curiosidad que el terror; alargué mi mano, me toqué, palpé... Imposible exponer mi angustia cuando pasé la mano de un hombro a otro sin tropezar en nada... El espanto me impedía tocar la parte, no diré dolorida, pues no sentía dolor alguno... la parte que aquella increíble mutilación dejaba al descubierto... Por fin, apliqué mis dedos a la vértebra cortada como un troncho de col; palpé los músculos, los tendones, los coágulos de sangre, todo seco, insensible, tendiendo a endurecerse ya, como espesa papilla que al contacto del aire se acartona... Metí el dedo en la tráquea; tosi... metílo también en el esófago, que funcionó automáticamente queriendo tragármelo... recorrí el circuito de piel de afilado borde... Nada, no cabía dudar ya. El infalible tacto daba fe de aquel horroroso, inaudito hecho. Yo, yo mismo, reconociéndome vivo, pensante, y hasta en perfecto estado de salud física, no tenía cabeza. Largo rato estuve inmóvil, divagando en penosas imaginaciones. Mi mente, después de jugar con todas las ideas posibles, empezó a fijarse en las causas de mi decapitación. ¿Había sido degollado durante la noche por mano de verdugo? Mis nervios no guardaban reminiscencia<sup>2</sup> del cortante filo de la cuchilla. Busqué en ellos algún rastro de escalofrío tremendo y fugaz, y no lo encontré. Sin duda mi cabeza había sido separada del tronco por medio de una preparación anatómica desconocida, y el caso era de robo más que de asesinato; una sustracción alevosa<sup>3</sup>, consumada por manos hábiles, que me sorprendieron indefenso, solo y profundamente dormido.

En mi pena y turbación, centellas de esperanza iluminaban a ratos mi ser. Instintivamente me incorporé en el lecho; miré a todos lados, creyendo encontrar sobre la mesa de noche, en alguna silla, en el suelo, lo que en rigor de verdad

anatómica debía estar sobre mis hombros, y nada... no la vi. Hasta me aventuré a mirar debajo de la cama... y tampoco. Confusión igual no tuve en mi vida, ni creo que hombre alguno en semejante perplejidad se haya visto nunca. El asombro era en mí tan grande como el terror.

No sé cuánto tiempo pasé en aquella turbación<sup>4</sup> muda y ansiosa. Por fin, se me impuso la necesidad de llamar, de reunir en torno mío los cuidados domésticos, la amistad, la ciencia. Lo deseaba y lo temía, y el pensar en la estupefacción de mi criado cuando me viese, aumentaba extraordinariamente mi ansiedad.

Pero no había más remedio: llamé... Contra lo que yo esperaba, mi ayuda de cámara no se asombró tanto como yo creía. Nos miramos un rato en silencio.

-Ya ves, Pepe -le dije, procurando que el tono de mi voz atenuase la gravedad de lo que decía-; ya lo ves, no tengo cabeza.

El pobre viejo me miró con lástima silenciosa; me miró mucho, como expresando lo irremediable de mi tribulación.

Cuando se apartó de mí, llamado por sus quehaceres, me sentí tan solo, tan abandonado, que le volví a llamar en tono quejumbroso y aun huraño, diciéndole con cierta acritud<sup>5</sup>:

-Ya podréis ver si está en alguna parte, en el gabinete, en la sala, en la biblioteca... No se os ocurre nada.

A poco volvió José, y con su afligida cara y su gesto de inmenso desaliento, sin emplear palabra alguna, díjome que mi cabeza no aparecía.

La mañana avanzaba, y decidí levantarme. Mientras me vestía, la esperanza volvió a sonreír dentro de mí.

-¡Ah! -pensé- de fijo que mi cabeza está en mi despacho... ¡Vaya, que no haberseme ocurrido antes!... ¡qué cabeza! Anoche estuve trabajando hasta hora muy avanzada... ¿En qué? No puedo recordarlo fácilmente; pero ello debió de ser mi Discurso-memoria sobre la *Aritmética filosófico-social*, o sea, *Reducción a fórmulas numéricas de todas las ciencias metafísicas*. Recuerdo haber escrito diez y ocho veces un párrafo de inaudita profundidad, no logrando en ninguna de ellas expresar con fidelidad mi pensamiento. Llegué a sentir horriblemente caldeada la región cerebral. Las ideas, hirvientes, se me salían por ojos y oídos, estallando como burbujas de aire, y llegué a sentir un ardor irresistible, una obstrucción congestiva que me inquietaron sobremanera...

Y enlazando estas impresiones, vine a recordar claramente un hecho que llevó la tranquilidad a mi alma. A eso de las tres de la madrugada, horriblemente molestado por el ardor de mi cerebro y no consiguiendo atenuarlo pasándome la mano por la calva, me cogí con ambas manos la cabeza, la fui ladeando poquito a poco, como quien saca un tapón muy apretado, y al fin, con ligerísimo escozor en el cuello... me la quité, y cuidadosamente la puse sobre la mesa. Sentí un gran alivio, y me acosté tan fresco.

Este recuerdo me devolvió la tranquilidad. Sin acabar de vestirme, corrí al despacho. Casi, casi tocaban al techo los rimeros de libros y papeles que sobre la mesa había. ¡Montones de ciencia, pilas de erudición! Vi la lámpara ahumada, el tintero tan negro por fuera como por dentro, cuartillas mil llenas de números chiquirritines..., pero la cabeza no la vi.

Nueva ansiedad. La última esperanza era encontrarla en los cajones de la mesa. Bien pudo suceder que al guardar el enorme fárrago<sup>6</sup> de apuntes, se

quedase la cabeza entre ellos, como una hoja de papel secante o una cuartilla en blanco. Lo revolví todo, pasé hoja por hoja, y nada... ¡Tampoco allí!

Salí de mi despacho de puntillas, evitando el ruido, pues no quería que mi familia me sintiese. Metíme de nuevo en la cama, sumergiéndome en negras meditaciones. ¡Qué situación, qué conflicto! Por de pronto, ya no podría salir a la calle porque el asombro y horror de los transeúntes habían de ser nuevo suplicio para mí. En ninguna parte podía presentar mi decapitada personalidad. La burla en unos, la compasión en otros, la extrañeza en todos me atormentaría horriblemente. Ya no podría concluir mi Discurso-memoria sobre la *Aritmética filosófico-social*; ni aun podría tener el consuelo de leer en la Academia los voluminosos capítulos ya escritos de aquella importante obra. ¡Cómo era posible que me presentase ante mis dignos compañeros con mutilación tan lastimosa! ¡Ni cómo pretender que un cuerpo descabezado tuviera dignidad oratoria, ni representación literaria...! ¡Imposible! Era ya hombre acabado, perdido para siempre.

La desesperación me sugirió una idea salvadora: consultar al punto el caso con mi amigo el doctor Miquis, hombre de mucho saber a la moderna, médico filósofo, y, hasta cierto punto, sacerdotal, porque no hay otro para consolar a los enfermos cuando no puede curarlos o hacerles creer que sufren menos de lo que sufren.

La resolución de verle me alentó: vestíme a toda prisa. ¡Ay! ¡Qué impresión tan extraña, cuando al embozarme<sup>7</sup> pasaba mi capa de un hombro a otro, tapando el cuello como servilleta en plato para que no caigan moscas! Y al salir de mi alcoba, cuya puerta, como de casa antigua, es de corta alzada, no tuve que inclinarme para salir, según costumbre de toda mi vida. Salí bien derecho, y aun sobraba un palmo de puerta. [...]

La esperanza me alentaba. Corrí por las calles, hasta que el cansancio me obligó a moderar el paso. La gente no reparaba en mi horrible mutilación, o si la veía, no manifestaba gran asombro. Algunos me miraban como asustados: vi la sorpresa en muchos semblantes, pero el terror no.

Diome por examinar los escaparates de las tiendas, y para colmo de confusión, nada de cuanto vi me atraía tanto como las instalaciones de sombreros. Pero estaba de Dios que una nueva y horripilante sorpresa trastornase mi espíritu, privándome de la alegría que lo embargaba y sumergiéndome en dudas crueles. En la vitrina de una peluquería elegante vi...

Era una cabeza de caballero admirablemente peinada, con barba corta, ojos azules, nariz aguilena... era, en fin, mi cabeza, mi propia y auténtica cabeza... ¡Ah! cuando la vi, la fuerza de la emoción por poco me priva del conocimiento... Era, era mi cabeza, sin más diferencia que la perfección del peinado, pues yo apenas tenía cabello que peinar, y aquella cabeza ostentaba una espléndida peluca. [...]

PÉREZ GALDÓS, Benito: *¿Dónde está mi cabeza?*, Edición Digital, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003, pp. 1-5

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

1 **osar**: atreverse

2 **reminiscencia**: recuerdo vago e impreciso

3 **alevosa**: traicionera

4 **turbación**: confusión, desorden, desconcierto

- 5 **acritud**: aspereza en el carácter o en el trato  
6 **fárrago**: conjunto de cosas desordenadas  
7 **embozar**: cubrir el rostro por la parte inferior, hasta la nariz o los ojos.

### **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO:**

1. Resume en 5 ó 6 líneas el contenido del texto.
2. Al despertarse, el protagonista del relato siente angustia. Explica por qué.
3. ¿Qué hecho ocurrido la noche anterior puede explicar el extraño suceso que le angustia?
4. ¿Dónde encuentra el personaje lo que ha perdido?
5. Explica con tus palabras el significado de la expresión:

“Como servilleta en plato para que no caigan moscas”.

6. Analiza morfológicamente los sustantivos y adjetivos calificativos del siguiente párrafo extraído del texto:

“El infalible tacto daba fe de aquel horroroso, inaudito hecho. Yo, yo mismo, reconociéndome vivo, pensante y hasta en perfecto estado de salud física, no tenía cabeza”.

7. Analiza las formas verbales que aparecen a continuación. Debes incluir verbo en infinitivo, Conjugación, Persona, Número, Tiempo y Voz:

osaba:  
había sido separada:  
atormentaría:

8. Realiza el análisis sintáctico de la siguiente oración del texto:

“En mi pena y turbación, centellas de esperanza iluminaban a ratos mi ser”.

9. En la oración “¡Ah! Cuando la vi”, ¿qué función sintáctica desempeña la palabra subrayada?

## MODELO Nº 10

### 1ª PARTE: DICTADO

Las habitaciones de la Residencia eran dobles o individuales, y tenían un severo mobiliario, en el que la cama servía de sofá si se le ponían unos cojines. [...] Buñuel, Lorca y Dalí eran muy austeros en sus decoraciones. [...]

La jornada en la Residencia de Estudiantes tenía un cierto ritmo europeo, con un moderado madrugar, sin pausa para la siesta y poco trasnochar. Entre ocho y nueve de la mañana todo el mundo había desayunado en el comedor y se dirigía a sus quehaceres en la facultad o centro en que estudiaba. Sólo excepcionalmente alguno se levantaba tarde y se hacía servir el desayuno en la habitación. Pero no hacía falta arrear a nadie a toque de corneta: allí se funcionaba por libre, pero se funcionaba.

SÁNCHEZ VIDAL, Agustín: *Buñuel, Lorca, Dalí, el enigma sin fin*, Barcelona, Planeta, 2000, p. 53.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### LA PATA DE PALO

Érase que en Londres vivían, no ha medio siglo, un comerciante y un artífice de piernas de palo, famosos ambos: el primero, por sus riquezas, y el segundo, por su rara habilidad en su oficio. Y basta decir que ésta era tal, que aun los de piernas más ágiles y ligeras envidiaban las que solía hacer de madera, hasta el punto de haberse hecho de moda las piernas de palo, con grave perjuicio de las naturales. Acertó en este tiempo nuestro comerciante a romperse una de las suyas, con tal perfección, que los cirujanos no hallaron otro remedio más que cortársela, y aunque el dolor de la operación le tuvo a pique de expirar, luego que se encontró sin pierna, no dejó de alegrarse pensando en el artífice, que con una de palo le habría de librar para siempre de semejantes percances. Mandó llamar a Mister Wood al momento (que éste era el nombre del estupendo maestro pernero), y como suele decirse, no se le cocía el pan, imaginándose ya con su bien arreglada y prodigiosa pierna, que, aunque hombre grave, gordo y con más de cuarenta años, el deseo de experimentar en sí mismo la habilidad del artífice, le tenía fuera de sus casillas.

No se hizo éste esperar mucho tiempo, que era el comerciante rico y gozaba renombre de generoso.

—Mister Wood —le dijo—, felizmente necesito de su habilidad de usted.

—Mis piernas —repuso Wood—, están a disposición de quien quiera servirse de ellas.

—Mil gracias; pero no son las piernas de usted, sino una de palo lo que necesito.

—Las de ese género ofrezco yo —replicó el artífice—, que las mías, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.



—Por cierto que es raro que un hombre como usted, que sabe hacer piernas que no hay más que pedir, use todavía las mismas con que nació.

—En eso hay mucho que hablar, pero al grano: usted necesita una pierna de palo, ¿no es eso?

—Cabalmente —replicó el acaudalado comerciante—; pero no vaya usted a creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

—¡ Un milagro del arte, eh! —repitió Mister Wood.

—Sí, señor, una pierna maravillosa, y cueste lo que costare.

—Estoy en ello; una pierna que supla en un todo la que usted ha perdido.

—No, señor; es preciso que sea mejor todavía.

—Muy bien.

—Que encaje bien, que no pese nada ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

—Será usted servido.

—En una palabra, quiero una pierna..., vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como usted guste.

—Conque ya está usted enterado.

—De aquí a dos días —respondió el pernero— tendrá usted la pierna en casa, y prometo a usted que quedará complacido.

Dicho esto, se despidieron, y el comerciante quedó entregado a mil sabrosas imaginaciones y lisonjeras esperanzas, pensando que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reino unido de la Gran Bretaña.

Entretanto, nuestro ingeniero artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina con tanto empeño y acierto, que, de allí a tres días, como había ofrecido, estaba acabada su obra, satisfecho sobremanera de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba a rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del despernado comerciante, que yacía en su cama muy ajeno de la desventura que le aguardaba. Faltábale tiempo ya para calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón. “Ése será”, se decía a sí mismo; pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil personajes insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia y ansiedad de nuestro héroe, bien así como el que espera un frac nuevo para ir a una cita amorosa y tiene al sastre por embustero. Pero nuestro artífice cumplía mejor sus palabras, y ¡ojalá que no las hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, a la puerta, y a poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecía sino que se le iba a escapar.

—Gracias a Dios —exclamó el banquero—: veamos esa maravilla del mundo.

—Aquí la tiene usted —replicó el oficial—, y crea usted que mejor pierna no la ha hecho mi amo en su vida.

—Ahora veremos. —Y enderezándose en la cama, pidió de vestir, y luego que se mudó la ropa interior, mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela. No tardó mucho tiempo en calzársela. Pero aquí entra la

parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuerzas humanas fueran bastantes a detenerla, echó a andar la pierna por sí sola con tal seguridad y rapidez tan prodigiosa que, a su despecho, hubo de seguirla el obeso cuerpo del comerciante. En vano fueron las voces que éste daba llamando a sus criados para que le detuvieran. Desgraciadamente, la puerta estaba abierta, y cuando ellos llegaron, ya estaba el pobre hombre en la calle. Luego que se vio en ella, ya fue imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba; parecía que iba arrebatado por un torbellino. Que iba impelido de un huracán. En vano era echar atrás el cuerpo [...], dar voces que le socorriesen y detuvieran, que ya temía estrellarse contra alguna tapia, el cuerpo seguía a remolque el impulso de la alborotada pierna; si se esforzaba a cogerse de alguna parte, corría el peligro de dejarse allí el brazo, y cuando las gentes acudían a sus gritos, ya el malhadado banquero había desaparecido. Tal era la violencia y rebeldía del postizo miembro. Y era lo mejor, que se encontraba a algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que era para él lo mismo que tocar con la mano el cielo.

—Un hombre tan formal como usted —le gritaba uno— en calzoncillos y a escape por esas calles, ¡eh!, ¡eh!

Y el hombre maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podía absolutamente pararse.

Cuál le tomaba por loco, otro intentaba detenerle poniéndose delante y caía atropellado por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil injurias y picardías. El pobre lloraba; en fin, desesperado y aburrido se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que tal le había puesto. Llegó, llamó a la puerta al pasar pero ya había traspuesto la calle cuando el maestro se asomó a ver quién era. Sólo pudo divisar a lo lejos un hombre arrebatado en alas del huracán, que con la mano se las juraba. En resolución, al caer la tarde, el apresurado varón notó que la pierna, lejos de aflojar, aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo y, casi exánime y jadeando, acertó a tomar un camino que llevaba a una quinta de una tía suya, que allí vivía. Estaba aquella respetable señora, con más de setenta años encima, tomando té junto a la ventana del *parlour*, y como vio a su sobrino venir tan chusco y regocijado corriendo hacia ella, empezó a sospechar si habría llegado a perder el seso, y mucho más al verle tan deshonestamente vestido. Al pasar el desventurado cerca de su ventana, le llamó y, muy seria, empezó a echarle una exhortación muy grave acerca de lo ajeno que era en un hombre de su carácter andar de aquella manera.

—¡Tía! ¡Tía! ¡También usted! —respondió con lamentos su sobrino pernilígero.

No se le volvió a ver más desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la Isla. Hace, no obstante, algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y poco hace se vio a un esqueleto desarmado vagando por las cumbres del Pirineo, con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido por una pierna de palo. Y así continúa dando la vuelta al mundo con increíble presteza la prodigiosa pierna, sin haber perdido aún nada de su primer arranque, furibunda velocidad y *movimiento perpetuo*.

ESPRONCEDA, José de: “La pata de palo”, en *Cuentos literarios hispánicos*, Madrid, Alborada, 1988, pp. 15-19.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

- 1.-Resume el contenido del texto en 6 ó 7 líneas.
- 2.-¿Quién es Mister Wood ?
- 3.-Explica por qué contrata el comerciante los servicios de Mister Wood.
- 4.-¿A quién visita el comerciante cuando ya no puede parar? ¿Cómo era esa persona?
- 5.-Explica el significado de las siguientes expresiones:

“ ...el dolor de la operación le tuvo a pique de expirar...”  
“ ...el comerciante quedó entregado a mil sabrosas imaginaciones...”  
“... furibunda velocidad y movimiento perpetuo.”

- 6.-Explica las diferencias morfológicas que hay entre las palabras subrayadas de cada pareja de expresiones:

“.. era para él...”      “ ...replicó el oficial...”  
“...una de las suyas...”      “una pierna...”

- 7.-Analiza morfológicamente las siguientes formas verbales. Debes señalar: persona, número, tiempo, modo, aspecto y voz:

tenía  
despidieron  
sea  
había traspuesto.

- 8.-¿Cuál es el sujeto de la siguiente oración?

“Voy a contar..... “

¿Cómo se llama este tipo de sujetos? ¿En qué debe concordar el sujeto con el verbo?

- 9.-Analiza sintácticamente estas oraciones y explica las diferencias que hay entre los dos predicados:

“La puerta estaba abierta.”  
“Entró en la alcoba del comerciante un oficial.”

## MODELO Nº 11

### 1ª PARTE: DICTADO

“La rayuela se juega con una piedrita que hay que empujar con la punta del zapato. Ingredientes: una acera, una piedrita, un zapato, y un bello dibujo con tiza, preferentemente de colores. En lo alto está el Cielo, abajo está la Tierra, es muy difícil llegar con la piedrita al Cielo, casi siempre se calcula mal y la piedra sale del dibujo. Poco a poco, sin embargo, se va adquiriendo la habilidad necesaria [...] y un día se aprende a salir de la Tierra y [...] entrar en el Cielo [...], lo malo es que justamente a esa altura, cuando casi nadie ha aprendido a remontar la piedrita hasta el Cielo, se acaba de golpe la infancia y se cae en las novelas, [...] en la especulación de otro Cielo al que también hay que aprender a llegar.

CORTÁZAR, Julio: “La infancia y el cielo”, en *Rayuela*, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 367-368.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### **CAPERUCITA EN MANHATTAN**

Cuando oscurecía y empezaban a encenderse los letreros luminosos en lo alto de los edificios, se veía pasear por las calles y plazas de Manhattan a una mujer muy vieja, vestida de harapos y cubierta con un sombrero de grandes alas que le tapaba casi enteramente el rostro. La cabellera, muy abundante y blanca como la nieve, le colgaba por la espalda, unas veces flotando al aire y otras recogida en una gruesa trenza que le llegaba a la cintura. Arrastraba un cochecito de niño vacío. Era un modelo antiquísimo, de gran tamaño, ruedas muy altas y la capota bastante deteriorada. En los anticuarios y almonedas de la calle 90, que solía frecuentar, le habían ofrecido hasta quinientos dólares por él, pero nunca quiso venderlo.

Sabía leer el porvenir en la palma de la mano, siempre llevaba en la faltriquera frasquitos con ungüentos que servía para aliviar dolores diversos, y merodeaba indefectiblemente por los lugares donde estaban a punto de producirse incendios, suicidios, derrumbamientos de paredes, accidentes de coche o peleas. Lo cual quiere decir que se recorría Manhattan a unas velocidades impropias de su edad. Incluso había quienes aseguraban haberla visto la misma noche a la misma hora circulando por barrios tan distantes como el Bronx o el Village, y metida en el escenario de dos conflictos diferentes, como alguna vez quedó acreditado en fotos de prensa. Y entonces no cabía duda. Porque si salía retratada, aunque fuera en segundo término y con la imagen desenfocada, su peculiar aspecto hacía imposible que nadie pudiera confundirla con otra mendiga cualquiera. Era ella, seguro, era la famosa miss Lunatic. Por ese apodo se la conocía desde hacía mucho tiempo, y sus extravagancias la habían hecho alcanzar una popularidad rayana en la leyenda.

No tenía documentación que acreditase su existencia real, ni tampoco familia ni residencia conocidas. Solía ir cantando canciones antiguas, con aire de balada o de nana cuando iba ensimismada, himnos heroicos cuando necesitaba caminar aprisa. Tan pronto se detenía ante los escaparates lujosos de la Quinta Avenida, como se entretenía revolviendo en los vertederos de basura de la periferia con su bastón con puño dorado que representaba un águila bicéfala. Cuando encontraba algún mueble o cachivache en buen estado de conservación, lo cargaba en su cochecito y lo transportaba a alguna almoneda de aquellas donde la conocían. Y todo lo que pedía a cambio era un plato de sopa caliente. [...]

La gente la quería sobre todo porque no caía en ese defecto, tan corriente en los viejos, de enrollarse a hablar sin ton ni son, venga o no venga a cuento y aunque la persona que los está oyendo tenga prisa o se aburra. Ella miraba mucho con quién estaba hablando. A veces podía ser bastante charlatana, pero sus historias no se las contaba al primero que aparecía. Prefería esperar a que se las pidieran, y en general le gustaba más escuchar que ser escuchada. Decía que con eso se adquiere experiencia.

-¿Y para qué quiere usted más experiencia de la que tiene, miss Lunatic? – le preguntaban algunos-. ¿ No lo sabe ya todo?

Ella se encogía de hombros.

-De la gente no. La gente siempre está cambiando. Y cada persona es un mundo -contestaba-. A mí me encanta que me cuenten cosas.

Hablaba con los vendedores ambulantes de bisutería y de perritos calientes, africanos, indios, portorriqueños, árabes, chinos, con los viajeros extraviados por los largos pasillos del metro o por los andenes de Penn Station entre confusas consignas de altavoces, con los porteros de los hoteles, con los patinadores, con los borrachos, con los cocheros de caballos que tienen su parada en el costado sur de central Park. [...] Y aquellas historias acompañaban luego a miss Lunatic, cuando volvía a caminar sola; se le quedaban durante un trecho enredadas a sus harapos como serpentinas de oro que nimbasen su figura, impidiéndola borrarse en el olvido.

También se dedicaba a recoger gatos sin dueño y a tratar de establecer contacto con familias acomodadas para que los adoptasen. Nadie entendía cómo conseguía estos contactos, con lo desconfiada que es la gente en Nueva York, pero lo cierto es que no era raro encontrarla a la salida del Hotel Plaza o de alguna joyería de Lexington Avenue, hablando con gente lujosamente vestida. [...]

Pero las zonas que frecuentaba de forma más asidua eran las habitadas por gente marginal, y su vocación preferida, la de tratar de inyectar fe a los desesperados, ayudarles a encontrar la raíz de su malestar y a hacer las paces con sus enemigos. Lograba pocos resultados, pero no se desanimaba, y eso que la insultaron muchas veces por meterse donde nadie la había llamado, y llegaron a echarla a patadas de un local de Harlem, por defender a un negro al que estaban atacando otros cuatro, mucho más robustos. [...]

Si le preguntaban dónde vivía, contestaba que de día dentro de la estatua de la Libertad, en estado de letargo, y de noche, pues por allí, en el barrio donde estuviera cuando se lo estaban preguntando. Haciendo compañía a los solitarios como ella, a todos los que pululan por los garitos de mala vida y duermen en bancos públicos, casas en ruina y pasos subterráneos.

Confesaba tener ciento setenta y cinco años, y caso de no ser verdad, habría que admirarla cuando menos por su conocimiento de la Historia Universal a partir de la muerte de Napoleón, y por la familiaridad con que hablaba de artistas y políticos del siglo XIX [...]. Había gente que se reía de ella, pero en general se le tenía respeto, no sólo porque no hacía daño a nadie, era discreta y se explicaba con gran propiedad –siempre con un leve acento francés-, sino porque, a pesar de sus ropas de mendiga, conservaba en la forma de moverse y de caminar con la cabeza erguida un aire de altivez e independencia que cerraba el paso tanto al menosprecio como a la compasión. [...]

Un veterano comisario del distrito de Harlem, fascinado por la valentía de miss Lunatic, [...] la mandó llamar una tarde de invierno para proponerle un trato. Se le asignaría una suma importante de dinero, si se prestaba a colaborar como confidente de la Policía. Ella se indignó. [...] Ni que estuviera loca. Y en cuanto al dinero, muchas gracias, pero no la tentaba.

-¿Para qué necesito yo el dinero, míster O´ Connor? [...]

- Para asegurarse la vejez- dijo.

Miss Lunatic se echó a reír.

-Perdone, señor, pero llegué a Manhattan en 1885- dijo -. ¿No le parece que he dado pruebas suficientes de saber asegurarme yo sola la vejez? [...]

-¿En 1885? ¿El mismo año que trajeron aquí la estatua de la Libertad?- preguntó.

En los labios de miss Lunatic se dibujó una sonrisa de nostalgia.

-Exactamente, señor. Pero le ruego que no me someta a ningún interrogatorio.

-Solamente contésteme a una cosa –dijo él-. He oído decir que no tiene usted ingresos conocidos. Y que tampoco pide limosna [...] ¿Es que no le interesa el dinero? [...]

-[El] dinero son viles papeluchos arrugados. Yo cuando tengo alguno, estoy deseando soltarlo.

-Todo lo papeluchos que usted quiera – interrumpió el comisario-, pero hacen falta para vivir.

-Eso suele decirse, sí. Para vivir... Pero ¿a qué llaman vivir? Para mí vivir es no tener prisa, contemplar las cosas, prestar oído a las cuitas ajenas, sentir curiosidad y compasión, no decir mentiras, compartir con los vivos un vaso de vino o un trozo de pan, [...] no permitir que nos humillen o nos engañen, [...]. Vivir es saber estar solo para aprender a estar en compañía, y vivir es explicarse y llorar... y vivir es reírse.... He conocido a mucha gente [...que], en nombre de ganar dinero para vivir, se lo toman tan en serio que se olvidan de vivir.

MARTÍN GAITE, Carmen: *Caperucita en Manhattan*, Madrid, Siruela, 2009, pp. 107-114.

## **GLOSARIO DE TÉRMINOS:**

**Almonedas:** Lugares de venta de objetos a bajo precio.

**Faltriquera:** Bolsillo que se lleva a la cintura en las prendas de vestir.

**Ungüentos:** Perfumes y cremas

**Cachivache:** Utensilios inútiles

**Letargo:** Estado de somnolencia

**Cuitas:** Penas, preocupaciones

**Erguida:** Recta, derecha

### **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO:**

- 1.- Resume en 5 ó 6 líneas el contenido del texto.
- 2.- Describe a la protagonista del texto, miss Lunatic
- 3.- ¿Qué era para ella “vivir”?
- 4.- ¿Qué quiere decir que (las historias) “se le quedaban durante un trecho enredadas a sus harapos como serpentinas de oro que nimbasen su figura”?
- 5.- Explica con tus propias palabras el significado de :

“a pesar de sus ropas de mendiga, conservaba en la forma de moverse y de caminar con la cabeza erguida un aire de altivez e independencia”.

“He conocido a mucha gente [...que] en nombre de ganar dinero para vivir, se lo toman tan en serio que se olvidan de vivir”.
- 6.- Analiza las palabras subrayadas en el texto: Arrastraba un cochecito de niño vacío. Le habían ofrecido hasta quinientos dólares por él. Era un modelo antiquísimo.
- 7.- Analiza las formas verbales subrayadas (indica la persona, número, tiempo, modo, voz y señala los infinitivos): Le habían ofrecido hasta quinientos dólares, pero nunca quiso venderlo. Las zonas que frecuentaba eran las habitadas por gente marginal y su vocación, inyectar fe a los desesperados.
- 8.- Análisis sintáctico de:

La cabellera blanca le colgaba por la espalda.
- 9.- Análisis sintáctico de:

Miss Lunatic siempre llevaba en la faltriquera frasquitos con ungüentos.

## MODELO Nº 12

### 1ª PARTE: DICTADO

Atardecía templado, con el sol amarillento, horizontal, alargando sombras carrera de San Jerónimo abajo. A esa hora hervía de coches la olla del Prado, con rizos enojados y manos blancas con abanicos asomadas a algunas ventanillas, y gallardos jinetes cosidos al estribo. Frente a la huerta de Juan Fernández, en la confluencia de los prados alto y bajo, hormigueaban paseantes gozando de las últimas horas de luz: damas chapineando, tapadas con manto o a medio tapar, aunque algunas no eran damas ni lo serían nunca, pese a dárselas de tales; del mismo modo que buena parte de los supuestos hidalgos que por allí discurrían, pese a la espada al cinto, la capa y los aires, venían directamente del zaguán de zapatero.

PÉREZ-REVERTE, Arturo: *El caballero del jubón amarillo (Las aventuras del capitán Alatriste)*, Madrid, Alfaguara, 2003, pp. 88-89.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### **REDONDO, EL CONTERTULIO**

Más de veinte años hacía que faltaba Redondo de su patria, es decir, de la tertulia en que transcurrieron las mejores horas, las únicas que de veras vivió, de su juventud larga. Porque para Redondo, la patria no era ni la nación, ni la región, ni la provincia, ni aun la ciudad en que había nacido, criándose y vivido; la patria era para Redondo aquel par de mesitas de mármol blanco del café de la Unión, en la rinconera del fondo de la izquierda, según se entra, en torno a las cuales se había reunido día a día, durante más de veinte años, con sus amigos, para pasar en revista y crítica todo lo divino y lo humano y aun algo más.

Al llegar Redondo a los cuarenta y cuatro años encontróse con que su banquero le arruinó, y le fue forzoso ponerse a trabajar. Para lo cual tuvo que ir a América, al lado de un tío poseedor allí de una vasta hacienda. Y a la América se fue añorando su patria, la tertulia de la rinconera del café de la Unión, suspirando por poder un día volver a ella, casi llorando. Evitó el despedirse de sus contertulios, y una vez en América hasta rompió toda comunicación con ellos. Ya que no podía oírlos, verlos, convivir con ellos, tampoco quiso saber de su suerte. [...]

Vivió en América pensando siempre en la tertulia ausente, suspirando por ella, alimentando su deseo con la voluntaria ignorancia de la suerte que corriera. Y pasaron años y más años, y su tío no le dejaba volver. Y suspiraba silenciosa e íntimamente. No logró hacerse allí una patria nueva, es decir, no encontró una nueva tertulia que le compensase de la otra. Y siguieron pasando años hasta que su tío se murió, dejándole la mayor parte de su cuantiosa fortuna y lo que valía más que ella, libertad de volverse a su patria, pues en aquellos veinte años no le permitió un solo viaje. Encontróse, pues, Redondo, libre, realizó su fortuna y henchido de ansias volvió a su tierra natal.



¡Con qué conmoción de las entrañas se dirigió por primera vez, al cabo de más de veinte años, a la rinconera del café de la Unión, a la izquierda del fondo, según se entra, donde estuvo su patria! Al entrar en el café el corazón le golpeaba el pecho, flaqueábanle las piernas. Los mozos o eran o se habían vuelto otros; ni les conoció ni le conocieron. El encargado del despacho era otro. Se acercó al grupo de la rinconera; ni Romualdo el de los colmos, ni el Patriarca, ni Henestrosa, ni Ortiz el poeta festivo, ni el embustero de Manolito, ni don Moisés, ni... ¡ni uno solo siquiera de los suyos! [...] Su patria se había hundido o se había trasladado a otro suelo. Y se sintió solo, desoladoramente solo, sin patria, sin hogar, sin consuelo de haber nacido. ¡Haber soñado y anhelado y suspirado más de veinte años en el destierro para esto! Volvióse a casa, a un hogar frío de alquiler, sintiendo el peso de sus sesenta y ocho años, sintiéndose viejo. [...]

Mas a los dos días, cabizbajo, alicaído de corazón, como sombra de amarilla hoja de otoño que arranca del árbol el cierzo, se acercó a la rinconera del café de la Unión y se sentó en la tercera de las mesitas de mármol, junto al suelo de la que fue su patria. Y prestó oído a lo que conversaban aquellos hombres nuevos, aquellos bárbaros invasores. Eran casi todos jóvenes; el que más tendría cincuenta y tantos años.

De pronto uno de ellos exclamó: “Esto me recuerda uno de los colmos del gran don Romualdo”. Al oírlo, Redondo, empujado por una fuerza íntima, se levantó, acercóse al grupo y dijo:

-Dispensen, señores míos, la impertinencia de un desconocido, pero he oído a ustedes mentar el nombre de don Romualdo el de los colmos, y deseo saber si se refieren a don Romualdo Zabala, que fue mi mayor amigo de la niñez.

-El mismo -le contestaron.

-¿Y qué se hizo de él?

-Murió hace ya cuatro años.

-¿Conocieron ustedes a Ortiz, el poeta festivo?

-Pues no habíamos de conocerle, si era de esta tertulia.

-¿Y él?

-Murió también.

-¿Y el Patriarca?

-Se marchó y no ha vuelto a saberse de él cosa alguna.

-¿Y Henestrosa?

-Murió.

-¿Y D. Moisés?

-No sale ya de casa; ¡está parálítico!

-¿Y Manolito el embustero?

-Murió también...

-Murió..., murió..., se marchó y no se sabe de él..., está en casa parálítico... y yo vivo todavía... ¡Dios mío! ¡Dios mío! -y se sentó entre ellos llorando.

Hubo un trágico silencio, que rompió uno de los nuevos contertulios, de los invasores, preguntándole:

-Y usted, señor nuestro, ¿se puede saber...?

-Yo soy Redondo...

-¡Redondo! -exclamaron casi todos a coro-. ¿El que se fue a América arruinado por su banquero? ¿Redondo, de quien no volvió a saberse nada?

¿Redondo, que llamaba a esta tertulia su patria? ¿Redondo, que era la alegría de los banquetes? ¿Redondo, el que cocinaba, el que tocaba la guitarra, el especialista en contar cuentos verdes?

El pobre Redondo levantó la cabeza, miró en derredor, se le resucitaron los ojos, empezó a vislumbrar que la patria renacía, y con lágrimas aún, pero con otras lágrimas, exclamó:

-¡Sí, el mismo, el mismo Redondo!

Le rodearon, le aclamaron, le nombraron padre de la patria, y sintió entrar en su corazón desfallecido los ímpetus de aquellas sangres juveniles. Él, el viejo, invadía, a su vez, a los invasores.

Y siguió asistiendo a la tertulia, y se persuadió de que era la misma, exactamente la misma, y que aún vivían en ella, con los recuerdos, los espíritus de sus fundadores. Y Redondo fue la conciencia histórica de la patria. [...]

Y aprendió a conocer a los nuevos contertulios y a quererlos. Y cuando él, Redondo, colocaba algunos de los cuentos verdes de su repertorio, sentíase reverdecer, y cocinó en el primer banquete, y tocó, a sus sesenta y nueve años, la guitarra, y cantó. Y fue un canto a la patria eterna, eternamente renovada.

A uno de los nuevos contertulios, a Ramonete, que podría ser casi su nieto, cobró singular afecto Redondo. Y se sentaba junto a él, y le daba golpecitos en la rodilla, y celebraba sus ocurrencias. Y solía decirle: “¡Tú, tú eres, Ramonete, el principal ornato de la patria!” Porque tuteaba a todos. Y como el bolsillo de Redondo estaba abierto para todos los compatriotas, los contertulios, a él acudió Ramonete en no pocas apreturas.

Ingresó en la tertulia un nuevo parroquiano, sobrino de uno de los habituales, un mozalbete decididor y algo indiscreto, pero bueno y noble; mas al viejo Redondo le desplazó aquel ingreso; la patria debía estar cerrada. Y le llamaba, cuando él no le oyera, el Intruso. Y no ocultaba su recelo al intruso, que en cambio veneraba, como a un patriarca, al viejo Redondo.

Un día faltó Ramonete, y Redondo inquieto como ante una falta, preguntó por él. Dijéronle que estaba malo. A los dos días, que había muerto. Y Redondo le lloró; le lloró tanto como habría llorado a un nieto. Y llamando al Intruso, le hizo sentar a su lado y le dijo:

-Mira, Pepe, yo, cuando ingresaste en esta tertulia, en esta patria, te llamé el Intruso, pareciéndome tu entrada una intrusión, algo que alteraba la armonía. No comprendí que venías a sustituir al pobre Ramonete, que antes que uno muera y no después nace muchas veces el que ha de hacer sus veces; que no vienen unos a llenar el hueco de otros, sino que nacen unos para echar a los otros. Y que hace tiempo nació y vive el que haya de llenar mi puesto. Ven acá, siéntate a mi lado; nosotros dos somos el principio y el fin de la patria.

Todos aclamaron a Redondo.

Un día prepararon, como hacían tres o cuatro veces al año, una comida en común, un ágape, como lo llamaban. Presidía Redondo, que había preparado uno de los platos en que era especialista. La fiesta fue singularmente animada, y durante ella se citaron colmos del gran Romualdo, [...] se dedicó un recuerdo a Ramonete. Cuando al cabo fueron a despertar a Redondo, que parecía haber caído presa del sueño -cosa que le ocurría a menudo-, encontráronle muerto. Murió en su patria, en fiesta patriótica...

Su fortuna se la legó a la tertulia, repartiéndola entre los contertulios todos, con la obligación de celebrar un cierto número de banquetes al año y rogando se dedicara un recuerdo a los gloriosos fundadores de la patria. En el testamento ológrafo, curiosísimo documento, acababa diciendo: “Y despido a los que me han hecho viviera la vida, emplazándoles para la patria celestial, donde en un rincón del café de la Gloria, según se entra a mano izquierda, les espero”.

UNAMUNO, Miguel de: “Redondo, el Contertulio”, en *Antología del cuento español 1900-1939*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 73-78.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Resume en 5 ó 6 líneas el contenido del texto.
- 2.- Explica por qué motivos considera Redondo su patria el café de la Unión.
- 3.- ¿Quiénes son el principio y el fin de la patria, según Redondo?
- 4.- ¿Cuál es el nombre propio del Intruso y por qué le pone este apodo Redondo?
- 5.- Escribe el significado de estas expresiones:

“A la América se fue añorando su patria”.

“Henchido de ansias volvió a su tierra natal”.

“Empezó a vislumbrar que la patria renacía”.

- 6.- Analiza morfológicamente las formas verbales subrayadas, siguiendo este esquema: persona, número, tiempo, modo y voz.

“Más de veinte años hacía que faltaba Redondo de su patria, es decir, de la tertulia en que transcurrieron las mejores horas, las únicas que de veras vivió, de su juventud larga. Porque para Redondo, la patria no era ni la nación, ni la región, ni la provincia, ni aun la ciudad en que había nacido...”

- 7.- Escribe en columnas a qué clase pertenece cada palabra:

“Y siguieron pasando años hasta que su tío se murió, dejándole la mayor parte de su cuantiosa fortuna y lo que valía más que ella, libertad de volverse a su patria, pues en aquellos veinte años no le permitió un solo viaje. Encontróse, pues, Redondo, libre, realizó su fortuna y henchido de ansias volvió a su tierra natal”.

NOMBRES    PRONOMBRES    ADJETIVOS    DETERMINANTES

VERBOS    ADVERBIOS    PREPOSICIONES    CONJUNCIONES

- 8.- Analiza sintácticamente esta oración:

“Al entrar en el café el corazón le golpeaba el pecho”.

9.- El encargado del despacho era otro. En aquellos veinte años no le permitió un solo viaje.

En las frases anteriores, encuentra:

Un Atributo:

Un Complemento indirecto:

Un Complemento del nombre:

Un Complemento directo:

## MODELO Nº 13

### 1ª PARTE. DICTADO

Una mañana, al volver de la bodega, encontró a la señora y a la señorita que salían, en pantalones, con bolsas. Iban al baño turco, no volverían a almorzar, que le comprara una cerveza al señor al mediodía. Partieron y al ratito Amalia sintió pasos; ya se despertó, querría su desayuno. Subió y el señor Lucas, con saco y corbata, estaba metiendo apurado sus ropas en una maleta. Se iba de viaje a provincias, Amalia, cantaría en teatros, volvería el próximo lunes, y hablaba como si ya estuviera viajando, cantando. Le entregas esta cartita a Hortensia, Amalia, y ahora llámame un taxi. Amalia lo miraba boquiabierto. Por fin salió del cuarto, sin decir nada.

VARGAS LLOSA, Mario: *Conversación en la Catedral*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 504

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### YO Y EL LADRÓN

Cuando el señor Garamendi se marchó a veranear, me dijo:

-Hombre, usted, que no tiene nada que hacer, présteme el favor de echar, de cuando en cuando, un ojo a mi casa.

No es cierto que yo no tenga nada que hacer, y el señor Garamendi lo sabe perfectamente; pero él opina que cuando uno no sale a veranear, y no es por causa de algún gran negocio, es para dedicarse totalmente al descanso, con la voluptuosa pereza de no buscar los billetes ni cargar con la familia. Me limité a preguntar:

-¿Qué entiende usted exactamente por “echar un ojo”?

-Creo que está bien claro-contestó de mal humor.

-¿Debo pasearme por las habitaciones de su casa con un ojo abierto, posando sucesivamente la mirada en los muebles, en los ... ?

-No. ¡Qué tontería! Quiero decir que me agrada que pase usted algún día frente al edificio y vea si siguen cerradas las persianas, y que le pregunte al portero si hay novedad, y hasta que suba a tantear la puerta. Usted no sabe nada de estos asuntos, pero en el mundo hay muchos ladrones, y entre los ladrones existe una variedad que trabaja especialmente durante el verano, y es a la que más temo. Se enteran de cuáles son los pisos que han quedado sin moradores, y los desvalijan sin prisas y cómodamente. Algunas veces se quedan allí dos o tres días viviendo de lo que encuentran, durmiendo en las magníficas camas de los señores, eligiendo concienzudamente lo que vale y lo que no vale la pena de llevarse. No hay defensa contra ellos. La primera noticia que se tiene es el desorden que se advierte en la casa al volver, cuando ya todo es irremediable y lo robado está mal vendido o bien oculto.

-Bueno- concedí, bostezando -; pues echaré ese ojo.

La verdad es que no pensaba hacerlo. Garamendi abusa un poco de mí con sus encomiendas engorrosas desde que me hizo dos o tres favores que él recuerda mejor que yo. Luego..., luego me abruma con sus gabanes, con sus puros, con sus gafas, con su vientre, con sus muelas de oro. Cuando descubro un nuevo defecto en él, tengo un placer íntimo. Entonces le encontré pusilánime. Tener miedo a los ladrones me pareció la más grotesca puerilidad. Yo no creo en eso.

Pasaron los días; me recreé en el calorcillo de Madrid, me senté en algunas terrazas, recordé mi niñez volviendo a ver las viejas películas que los cines exhiben a bajo precio en estos meses, y una tarde que estaba más ocioso y más emperezado que nunca en mi despacho, pensando vagamente en que era demasiado ascético al dormir tan sólo una hora de siesta, cuando nada me impedía dormir dos, y que la humanidad no me agradecería jamás este sacrificio, recordé de repente:

-¡Anda! Pues no he pasado ni una sola vez ante la casa de Garamendi.

Y únicamente -lo aseguro- para poder darle mi palabra de honor de que había atendido su encargo, aproximé lentamente mi mano al teléfono y marqué su número.

Oí, medio desmoronado en la butaca, el ruido del timbre que sonaba en la desierta vivienda del veraneante.

-¡Trrrr...! ¡Trrrr...!

Y... nada más.

Una voz apagada, desconocida, llegó por el hilo:

-¿Diga?

-¿Cómo <<diga>>? -exclamé, extrañadísimo-. ¿No es ésa la casa del señor Garamendi?

La voz se hizo atiplada como la de las máscaras que disimulan, y clamó con una alegría que no venía a cuento:

-¡Sí, sí! ¡Es aquí, es aquí! ¿Cómo está usted?

Me quedé estupefacto.

-Oiga -hablé-, ¿me hace el favor de decir qué está haciendo...?

Siguió un silencio embarazoso.

-¿No será usted un ladrón?

Nueva pausa.

-Si es usted un ladrón, no me lo niegue- exigí.

-Bueno-dijo la voz, ya con acento natural, un poco ronca-. La verdad es que, en efecto, soy un ladrón.

-¡Pues me ha fastidiado usted, porque tengo mucha amistad con el señor Garamendi, y me encargó al marchar que vigilase su casa! A ver ahora qué le digo.

-Puede usted contarle lo que sucede-insinuó la voz, un poco acobardada.

-¡Bonita idea!-protesté-. ¿Cómo voy a confesarle que estuvimos dialogando? Aún, si usted no hubiese cometido la idiotez de contestar...

-Fue un impulso espontáneo-se disculpó-. Estaba aquí, junto al teléfono; sonó y, maquinalmente, me puse al habla. Yo también tengo teléfono, y la costumbre...

-¡Vaya conflicto!

-Crea usted que lo siento de veras.

-Claro que si le pido que deje ahí todo y vaya a entregarse a la comisaría más próxima...

-No; no lo haría... ¿Para qué engañarle?

-Al menos, dígame : ¿se lleva usted mucho?

-No hablemos de eso; una porquería. Perdone si le ofendo, pero ese amigo de usted no tiene nada que le quite a uno de cuidados.

-¡Hombre, no me diga...! La escribanía de plata es maciza y valiosa...

-Ya está en el saco, y unas alhajitas y el puño de oro de un bastón y dos gabanes de invierno. Nada. No es negocio.

-¿Vio usted una bandejita de plata que debe de haber en el comedor, con unas flores en relieve?

-Sí.

-¿Está en el saco?

-No. Las otras, sí; pero ésa apenas tiene un baño; es de metal blanco.

-Bien; pero no negará que es bonita.

-No vale nada.

-Llévesela usted.

-No quiero.

-¡Llévesela usted, idiota! ¿No comprende que si la deja van a darse cuenta de que no es de plata? Y... se la he regalado yo. Llévesela.

-En fin..., por hacerle un favor; pero sólo me servirá de estorbo.

-¿Ha recorrido ya toda la casa? Yo no conozco más que el despacho. Creo que está bien puesto, ¿no?

-¡Psch! Muchas pretensiones; poco gusto. Debe de tratarse de un caballero roñoso .

-Es triste, pero no lo puedo negar. Y también es cierto que carece de gusto.

-¿Quiere usted creer que tiene dos escupideras en el salón?

-¡No!

-Como usted lo oye. ¿No ha entrado nunca en el salón? Pues se ha perdido un espectáculo divertido. Yo tengo costumbre de visitar casas bien amuebladas, y le aseguro que ésta es una calamidad.

-¡Vaya, señor! Siempre me pareció que Garamendi presumía demasiado. Ahora que...la alcoba de la señora..., de ésa sí que dicen que es un estuche, ¿verdad? Garamendi afirma que le costó una fortuna. ¿Cómo es, cómo es?

-No me fijé en detalles... ¿Quiere que vuelva?

-¡Oh, por Dios! No vaya usted a creer que me gusta el cotilleo. Era por... ¡qué sé yo!

-Lo que encontré allí fueron pieles bastante buenas.

-Lo creo. Tiene una capa de *renard*.

-Está en el saco. Y un gabán de cibelina.

-Sí; eso vale más, pero también es más llamativo. Lo envidiable es la capa de *renard*.

-¿Le gustaba a usted?

-Le gustaba a Albertina... una amiga mía...; para decirlo de una vez: a mi novia. Un día vimos a la señora de Garamendi con su capa y Albertina no habla de otra cosa. Creo que me quiere menos porque piensa que nunca podrá regalarle unas pieles de zorro como ésas.

-¿Quién sabe? ¡Caramba! No hay que amilanarse.

-No... nunca; es bien seguro...

- Un silencio.  
-Oiga..., señor.  
-Dígame.  
-Si usted me permite, yo tengo mucho gusto en ofrecerle esas pieles...  
-¡Qué disparate!  
-Nada... Me ha sido usted simpático y...  
-Pero... ¿cómo voy a consentir... ? ¿Va usted a quedarse sin ellas por...?  
-No se preocupe. Yo ya tengo las otras, y no va a ser uno más pobre...  
-¡Ea, que no!  
-Bien; pues entonces se las ofrezco a Albertina. Ahora no podrá usted desdeñarlas... Piense en la alegría que tendrá...  
-Sí; eso es cierto...  
-¿Adónde las envío?  
Le di mis señas.  
-¿Manda usted algo más?  
-Nada más. Y muy reconocido. Que termine “eso” con suerte.  
-Gracias, señor.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: ‘Yo y el ladrón’, en *Los mejores relatos españoles del siglo XX* (selección, prólogo y notas de José María Merino), Madrid, Alfaguara, 1998, pp. 59-65.

### **GLOSARIO DE TÉRMINOS**

**Atiplada:** sonido agudo en tono elevado.

**Puerilidad:** de personalidad infantil

**Amilanarse:** quedarse aturdido

**Renard:** en francés, zorro.

### **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Resume el texto en cinco o seis líneas.
- 2.- ¿Qué le confía Garamendi a su vecino? ¿Por qué?
- 3.- Señala rasgos de humor que haya en el relato.
- 4.- Define la personalidad del dueño de la casa robada.
- 5.- ¿Qué significan estas expresiones, según el contexto?  
Encomiendas engorrosas  
Grotescas  
Muchas pretensiones  
Desdeñarlas
- 6.- Analiza las siguientes formas verbales, indicando la persona, número, tiempo, modo y conjugación:  
Hablemos  
Protesté  
Venía



Había atendido

7.- A partir de los siguientes sustantivos, forma adjetivos:

Pena  
Defecto  
Desorden  
Plata

8.-Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“Un día vimos a la señora de Garamendi con su capa”.

9.- Indica la modalidad de las siguientes oraciones, según la actitud del hablante:

“¿No ha entrado nunca en el salón?”

“Yo tengo la costumbre de visitar casas bien amuebladas”.

“¡Es aquí, es aquí!”

“Llévesela usted”.

## MODELO Nº 14

### 1ª PARTE: DICTADO

A un señor se le caen al suelo los anteojos, que hacen un ruido terrible al chocar con las baldosas. El señor se agacha afligidísimo porque los cristales de anteojos cuestan muy caro, pero descubre con asombro que por milagro no se le han roto. Ahora este señor se siente profundamente agradecido y comprende que lo ocurrido vale por una advertencia amistosa, de modo que se encamina a una casa de óptica y adquiere en seguida un estuche de cuero almohadillado doble protección, a fin de curarse en salud. Una hora más tarde se le cae el estuche, y al agacharse sin mayor inquietud descubre que los anteojos se han hecho polvo. A este señor le lleva un rato comprender que los designios de la Providencia son inescrutables y que en realidad el milagro ha ocurrido ahora.

CORTÁZAR, Julio: “Historia verídica”, en *Historias de cronopios y de famas, Cuentos Completos I*, Madrid, Alfaguara, 1995, p. 456.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### EL ENCAJE ROTO

Convidada a la boda de Micaelita Aránguiz con Bernardo de Meneses, y no habiendo podido asistir, grande fue mi sorpresa cuando supe al día siguiente -la ceremonia debía verificarse a las diez de la noche en casa de la novia- que ésta, al pie mismo del altar, al preguntarle el obispo de San Juan de Arce si recibía a Bernardo por esposo, soltó un «no» claro y enérgico; y como reiterada con extrañeza la pregunta, se repitiese la negativa, el novio, después de arrostrar un cuarto de hora la situación más ridícula del mundo, tuvo que retirarse, deshaciéndose la reunión y el enlace a la vez. [...]

Lo peculiar de la escena provocada por Micaelita era el medio ambiente en el que se desarrolló. Parecíame ver el cuadro, y no podía consolarme de no haberlo contemplado por mis propios ojos. Figurábame el salón atestado, la escogida concurrencia, las señoras vestidas de seda y terciopelo, con collares de pedrería; al brazo la mantilla blanca para tocársela en el momento de la ceremonia; los hombres con resplandecientes placas o luciendo veneras de Órdenes militares en el delanterero del frac; la madre de la novia, ricamente prendida, atareada, solícita, de grupo en grupo, recibiendo felicitaciones; las hermanitas, conmovidas, muy monas, de rosa la mayor, de azul la menor, ostentando los brazaletes de turquesas, regalo del cuñado futuro; el obispo que ha de bendecir la boda, alternando grave y afablemente, sonriendo, dignándose soltar chanzas urbanas o discretos elogios, mientras allá, en el fondo, se adivina el misterio del oratorio revestido de flores, [...] y en el altar, la efigie de la Virgen protectora de la aristocrática mansión, semioculta por una cortina de azahar, el contenido de un departamento lleno de azahar que envió de Valencia el riquísimo propietario Aránguiz, tío y padrino de la novia, que no vino en persona por viejo y achacoso -detalles que corren de boca en boca, calculándose la magnífica

herencia que corresponderá a Micaelita, una esperanza más de ventura para el matrimonio, el cual irá a Valencia a pasar su luna de miel-. En un grupo de hombres me representaba al novio algo nervioso, ligeramente pálido, mordiéndose el bigote sin querer, inclinando la cabeza para contestar a las delicadas bromas y a las frases halagüeñas que le dirigen...

Y, por último, veía aparecer en el marco de la puerta que da a las habitaciones interiores una especie de aparición, la novia, cuyas facciones apenas se divisan bajo la nubecilla del tul, y que pasa haciendo crujir la seda de su traje, mientras en su pelo brilla, como sembrado de rocío, la roca antigua del aderezo nupcial... Y ya la ceremonia se organiza, la pareja avanza conducida con los padrinos, la cándida figura se arrodilla al lado de la esbelta y airosa del novio... Apíñase en primer término la familia, buscando buen sitio para ver amigos y curiosos, y entre el silencio y la respetuosa atención de los circunstantes..., el obispo formula una interrogación, a la cual responde un «no» seco como un disparo, rotundo como una bala. Y -siempre con la imaginación- notaba el movimiento del novio, que se revuelve herido; el ímpetu de la madre, que se lanza para proteger y amparar a su hija; la insistencia del obispo, forma de su asombro; el estremecimiento del concurso; el ansia de la pregunta transmitida en un segundo: «¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿La novia se ha puesto mala? ¿Que dice «no»? Imposible... Pero ¿es seguro? ¡Qué episodio!... «

Todo esto, dentro de la vida social, constituye un terrible drama. Y en el caso de Micaelita, al par que drama, fue logogrifo. Nunca llegó a saberse de cierto la causa de la súbita negativa.

Micaelita se limitaba a decir que había cambiado de opinión y que era bien libre y dueña de volverse atrás, aunque fuese al pie del ara, mientras el «sí» no hubiese partido de sus labios. Los íntimos de la casa se devanaban los sesos, emitiendo suposiciones inverosímiles. Lo indudable era que todos vieron, hasta el momento fatal, a los novios satisfechos y amarteladísimos; y las amiguitas que entraron a admirar a la novia engalanada, minutos antes del escándalo, referían que estaba loca de contento y tan ilusionada y satisfecha, que no se cambiaría por nadie. Datos eran éstos para oscurecer más el extraño enigma que por largo tiempo dio pábulo a la murmuración, irritada con el misterio y dispuesta a explicarlo desfavorablemente.

A los tres años -cuando ya casi nadie iba acordándose del sucedido de las bodas de Micaelita-, me la encontré en un balneario de moda donde su madre tomaba las aguas. No hay cosa que facilite las relaciones como la vida del balneario, y la señorita de Aránguiz se hizo tan íntima mía, que una tarde, paseando hacia la iglesia, me reveló su secreto, afirmando que me permite divulgarlo, en la seguridad de que explicación tan sencilla no será creída por nadie.

-Fue la cosa más tonta... De puro tonta no quise decirla; la gente siempre atribuye los sucesos a causas profundas y trascendentales, sin reparar en que a veces nuestro destino lo fijan las niñerías, las «pequeñeces» más pequeñas... Pero son pequeñeces que significan algo, y para ciertas personas significan demasiado. Verá usted lo que pasó: y no concibo que no se enterase nadie, porque el caso ocurrió allí mismo, delante de todos; sólo que no se fijaron porque fue, realmente, un decir Jesús.

Ya sabe usted que mi boda con Bernardo de Meneses parecía reunir todas las condiciones y garantías de felicidad. Además, confieso que mi novio me

gustaba mucho, más que ningún hombre de los que conocía y conozco; creo que estaba enamorada de él. Lo único que sentía era no poder estudiar su carácter; algunas personas le juzgaban violento; pero yo le veía siempre cortés, deferente, blando como un guante, y recelaba que adoptase apariencias destinadas a engañarme y a encubrir una fiera y avinagrada condición. Maldecía yo mil veces la sujeción de la mujer soltera, para la cual es un imposible seguir los pasos a su novio, ahondar en la realidad y obtener informes leales, sinceros hasta la crudeza -los únicos que me tranquilizarían-. Intenté someter a varias pruebas a Bernardo, y salió bien de ellas; su conducta fue tan correcta, que llegué a creer que podía fiarle sin temor alguno mi porvenir y mi dicha.

Llegó el día de la boda. A pesar de la natural emoción, al vestirme el traje blanco reparé una vez más en el soberbio volante de encaje que lo adornaba, y era regalo de mi novio. Había pertenecido a su familia aquel viejo Alenzón auténtico, de una tercia de ancho -una maravilla-, de un dibujo exquisito, perfectamente conservado, digno del escaparate de un museo. Bernardo me lo había regalado encareciendo su valor, lo cual llegó a impacientarme, pues por mucho que el encaje valiese, mi futuro debía suponer que era poco para mí.

En aquel momento solemne, al verlo realzado por el denso raso del vestido, me pareció que la delicadísima labor significaba una promesa de ventura y que su tejido, tan frágil y a la vez tan resistente, prendía en sutiles mallas dos corazones. Este sueño me fascinaba cuando eché a andar hacia el salón, en cuya puerta me esperaba mi novio. Al precipitarme para saludarle llena de alegría por última vez, antes de pertenecerle en alma y cuerpo, el encaje se enganchó en un hierro de la puerta, con tan mala suerte que al quererme soltar oí el ruido peculiar del desgarrón y pude ver que un jirón del magnífico adorno colgaba sobre la falda. Sólo que también vi otra cosa: la cara de Bernardo, contraída y desfigurada por el enojo más vivo; sus pupilas chispeantes, su boca entreabierta ya para proferir la reconvención y la injuria... No llegó a tanto porque se encontró rodeado de gente; pero en aquel instante fugaz se alzó un telón y detrás apareció desnuda un alma.

Debí de inmutarme; por fortuna, el tul de mi velo me cubría el rostro. En mi interior algo crujía y se despedazaba, y el júbilo con que atravesé el umbral del salón se cambió en horror profundo. Bernardo se me aparecía siempre con aquella expresión de ira, dureza y menosprecio que acababa de sorprender en su rostro; esta convicción se apoderó de mí, y con ella vino otra: la de que no podía, la de que no quería entregarme a tal hombre, ni entonces, ni jamás... Y, sin embargo, fui acercándome al altar, me arrodillé, escuché las exhortaciones del obispo... Pero cuando me preguntaron, la verdad me saltó a los labios, impetuosa, terrible... Aquel «no» brotaba sin proponérmelo; me lo decía a mí propia..., ¡para que lo oyesen todos!

-¿Y por qué no declaró usted el verdadero motivo, cuando tantos comentarios se hicieron?

-Lo repito: por su misma sencillez... No se hubiesen convencido jamás. Lo natural y vulgar es lo que no se admite. Preferí dejar creer que había razones de esas que llaman serias...

PARDO BAZÁN, Emilia: "El encaje roto", en *Cuentos*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 166-170.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

**Venera:** insignia distintiva de los caballeros.

**Circunstantes:** dicho de una persona, que está presente o asiste.

**Logogrifo:** enigma que consiste en adivinar una palabra, presentada como acertijo, a partir de la combinación de las letras de otra.

**Ara:** altar

**Amarteladísimos:** amorosos, muy acaramelados.

**Tomar las aguas:** estar en un balneario de aguas termales haciendo cura.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

- 1.- Resume en cinco o seis líneas el contenido del texto.
- 2.- Hasta el momento de la boda, ¿cómo se ha mostrado Bernardo con Micaelita? ¿Qué teme ella de su futuro esposo?
- 3.- ¿Por qué le impacienta que le insista tanto en lo valioso del encaje?
- 4.- ¿Por qué decide Micaelita no aclarar el verdadero motivo de su negativa ante el altar?
- 5.- Explica el significado de las siguientes expresiones del texto:
  - “Suposiciones inverosímiles”.
  - “Frasas halagüeñas”.
  - “Me lo había regalado encareciendo su valor”.
  - “Detrás apareció desnuda un alma”.
6. Analiza los determinantes y los pronombres que encuentres en el siguiente fragmento:

“Bernardo se me aparecía siempre con aquella expresión de ira, dureza y menosprecio que acababa de sorprender en su rostro; esta convicción se apoderó de mí, y con ella vino otra”.
- 7.- Analiza los verbos subrayados en el siguiente fragmento:

“Lo repito: por su misma sencillez... No se hubiesen convencido jamás. Lo natural y vulgar es lo que no se admite. Preferí dejar crear que había razones de esas que llaman serias...”
- 8.- Analiza la siguiente oración:

“Nunca llegó a saberse de cierto la causa de la súbita negativa”.
9. ¿Qué funciones cumplen en la oración los sintagmas subrayados?
  - “Grande fue mi sorpresa”.
  - “Todo esto, dentro de la vida social, constituye un terrible drama”.
  - “Me la encontré en un balneario de moda”.

## MODELO Nº 15

### 1ª PARTE: DICTADO

Habían mirado por última vez hacia el valle de luces: oscilaban al fondo, en un innumerable y menudo hormigueo, entre destellos azules, rojos, verdes, de los letreros comerciales; bloques de casas emergían en verticales macizos de sombra amoratada, como haces de prismas en la corteza de una roca; largas hileras de bombillas se prolongaban hacia el campo y se sumían en lo negro de la tierra; el halo violáceo flotaba por encima, como una inmensa y turbia cúpula de luz pulverizada. Traspusieron la última vertiente de Almodóvar. Sólo la luna, ya alta, alumbraba los campos; descubrían el brillo quedo de los metales de la bici, tirada entre los surcos.

SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *El Jarama*, Barcelona, Destino, 1990, p. 348.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO

#### EL INOCENTE

Era bastante raro que un profesor, aunque fuese don Miguel Sierra, se pusiese a contarnos cosas de su vida, de manera que todos estábamos pendientes de sus palabras.

-La historia que os voy a contar sucedió aquel mismo curso o al siguiente, ya no estoy seguro. En el instituto habíamos hecho una excursión a un paraje de montes carcomidos que son el resultado de la minería del oro en tiempo de los romanos, hace dos mil años. Lo llaman Las Médulas. Es un lugar extraño, silencioso, muy solitario. Entre grupos de árboles se alzan, como esqueletos de tierra de color amarillento, los restos de las grandes montañas desaparecidas. Para extraer el oro, en aquellas montañas se perforaban largos túneles, con trabajo muy duro de esclavos, y luego se hacía entrar por allí a presión agua que llegaba a través de un sistema de canales que también los esclavos habían excavado en la roca viva de las montañas circundantes. El agua derrumbaba los túneles y arrastraba la tierra hasta unos enormes lavaderos en que quedaban depositadas las pepitas de oro. El lugar estimuló nuestra imaginación, pues mis amigos y yo pensábamos que sin duda en aquella tierra debía de quedar todavía oro, mucho oro. De modo que nos propusimos buscarlo. [...]

-Aprovechamos otra excursión escolar. Mentimos en casa. Ya sé que esto que os digo no resulta muy ejemplar, pero así fue. Coincidiendo con el tiempo de la excursión verdadera, de la oficial, y empleando el dinero en la nuestra, nosotros nos íbamos a los viejos restos de las minas romanas. Conseguimos unas tiendas de campaña pequeñas, sacos de dormir para todos. Calculamos la comida necesaria, el agua. Llevaríamos azadas, palas de jardín, cedazos, linternas, pilas. El viaje fue una odisea, dos autobuses primero, con largo tiempo de trasbordo entre uno y otro, luego una interminable caminata con todo auestas. Mientras tanto, le íbamos contando a Fidelín el objetivo de nuestra excursión, le hablábamos de los canales, del agua que había hecho derrumbarse las galerías y

que arrastraba la tierra en torrentes de arenas auríferas, de los esclavos sudorosos, de los soldados vigilantes, del oro que al cabo brillaría en los grandes depósitos, una vez arrancado de la tierra. No podíamos saber si era consciente de nuestras referencias a un tiempo tan lejano, el mismo tiempo en que había nacido Jesucristo, pero él nos escuchaba con interés, se contagiaba de nuestro entusiasmo de buscadores de aquel oro con que estaban hechos los anillos de matrimonio, los pendientes y las pulseras de nuestras madres y hermanas, los cálices de las iglesias, las monedas de las leyendas. Llegamos al lugar bastante tarde. El sol declinante iluminaba los picos de aquellos montes roídos y les hacía parecer los dientes de una enorme dentadura abierta en el valle. [...]

-Cuando empezamos a montar las tiendas, comenzó a manifestarse el desasosiego de Fidelín. Se había acercado a una parte del monte en que se abría la enorme boca de una de las antiguas galerías, pero volvió corriendo a donde estábamos. "El agua, el agua –baluceaba-, aquí las tiendas no, por aquí pasa el agua, nos llevará, nos ahogaremos". Le aseguramos que eso era imposible, que hacía cientos y cientos de años que ningún agua que no fuese la de la lluvia mojaba aquellos parajes, pero se puso tan nervioso, que Héctor nos pidió que cambiásemos el emplazamiento de las tiendas para que se tranquilizase. Buscamos otro sitio y no lo encontramos tan llano. Sin embargo, tuvimos que aguantarnos. Estábamos arrepentidos de haberle contado nuestro proyecto a Fidelín con tanto fervor, pues sentíamos que habíamos sido nosotros mismos los causantes de aquella actitud suya. Mientras acabábamos de montar las tiendas y de ordenar las cosas, Fidelín volvió a merodear por el bosquecillo. Héctor le había dicho que no fuese lejos, que no se apartase mucho de nosotros, y regresó al cabo de un rato, muy excitado. "¡Los esclavos! – gritaba-, ¡los esclavos!". Parecía despavorido. "¡Hay muchos, muchos! ¡Los atan con cadenas para llevarlos a dormir, les dan de cenar un pedazo de pan!". "Vale, Fidelín, ahora vamos a cenar nosotros", le dijo Héctor, pero Fidelín nos hizo seguirle, mientras corría con sus andares bamboleantes. El sol ya se había puesto y había una opacidad azulada, una bruma ligerísima embalsada entre las masas picudas de los montes arruinados. Fidelín señalaba aquella opacidad como si mostrase algo muy interesante. "Los soldados, los esclavos", murmuraba, pero allí no había otra cosa que árboles, rocas, y la oscuridad que iba depositándose en silencio sobre todas las cosas. Regresamos con él al campamento, pero parecía muy nervioso, y Héctor estaba contrariado. "Mira que si hoy le da uno de sus ataques aquí, lejos de todo el mundo, sin pastillas". Pero al cabo Fidelín dejó de hablar de aquellas cosas, de los esclavos desarrapados, de los soldados con sus lanzas y escudos. Hicimos una hoguera, cenamos con hambre unos bocadillos. Yo creo que sentíamos la aventura como un sabor, como un tacto en la piel. Salió una luna enorme, al principio rojiza, luego amarillenta, por fin blanca como nieve, que llenó el paraje de claroscuros, de sombras movedizas. Empezaban a oírse cantos o graznidos de pájaros, aleteos, crujidos en la maleza, ruidos de insectos, sonidos en lo oscuro que nos inquietaban, aunque disimulásemos. [...]

-Acordamos el plan del día siguiente: penetrar en alguna de las grandes cuevas, cavar, cerner la tierra cavada en busca de las riquísimas pepitas. A la luz de la hoguera los ojos de Fidelín brillaban muy abiertos, como si permaneciese pasmado por alguna visión. Después de un rato, seguros de que la jornada próxima estaría llena de estupendos hallazgos áureos, nos acostamos. Estaban en la tienda más pequeña Héctor y Fidelín, y en la otra Antonio, Luis Belinchón y

yo. Creo que a todos nos costó un poco quedarnos dormidos, [... pero] al fin caímos en el sueño. Nos despertó de repente la voz de Héctor, que llamaba repetidamente a su hermano, y luego sonó la cremallera de nuestra tienda. El tono de la voz de Héctor daba señal de su inquietud: "¡Fidelín no está en la tienda, ni alrededor! ¡Ha desaparecido!", gritaba. Salimos de los sacos, nos abrigamos un poco, cogimos las linternas. Ante la noche, a la vez luminosa y llena de sombras indescifrables, nos sentíamos confusos, desorientados. "¡Hay que encontrarlo!", decía Héctor. Nos separamos y recorrimos el lugar llamándole a voces, pero no contestaba. La búsqueda duró bastante tiempo, y a veces nos encontrábamos los propios buscadores, sobresaltándonos, pues no conseguíamos identificarnos en lo oscuro. Después de un rato bastante largo volvimos a concentrarnos en el campamento. Héctor propuso ir al pueblo a pedir ayuda. Los demás no sabíamos qué hacer. La noche se había puesto fresca y yo, entre el frío y el sueño, tenía una fuerte sensación de pesadilla. Cuando habíamos decidido que iríamos al pueblo Héctor y yo, y que los demás permanecerían en el campamento, con un fuego encendido para señalar el lugar, se escuchó la voz de Fidelín. Estaba en el borde del bosquecillo, mirándonos con los mismos ojos desorbitados que había mostrado a la luz de la hoguera. Musitaba palabras ininteligibles y sufría una fuerte tiritona. Héctor le obligó a acostarse, nos acostamos todos, y nos quedamos durmiendo hasta que el sol estuvo muy arriba. [...]

Nos despertamos con hambre. El sol tan cálido y el descanso nos habían puesto de buen humor y acosábamos entre risas a Fidelín para que nos contase en qué discoteca o club de alterne se había metido. Él nos miraba un poco aturdido, porque no entendía nuestras bromas. Luego, cuando ya no le hacíamos caso, dijo que había encontrado el oro. Así lo dijo: "Encontré el oro". Era una salida tan rara, que los ojos de todos nosotros quedaron fijos en él. "Lo tienen en unas cajas de hierro muy grandes. Hay allí muchos soldados, pero no me cogieron. Estaban allí mismo, al lado mío, pero no me dijeron nada, como si no me vieses". Metió entonces la mano en un bolsillo del pantalón y sacó algo que brillaba en su palma. "Os las traje de recuerdo, las más gordas que encontré. Una para Héctor, otra para Antonio, otra para Miguel, otra para Beli". Eran cuatro piedrecitas doradas, del tamaño de avellanas.

En la clase había eso que se llama verdadera expectación, aunque luego supe que, como yo, muchos pensaban que el profesor Sierra nos estaba gastando una broma. El caso es que se desabrochó la camisa, sujetó una cadena que llevaba al cuello y, tras soltarla, nos enseñó un pequeño colgante dorado.

-Aquí está la mía. Echadle un vistazo, si queréis, íroslo pasando. Oro puro, macizo. Ese fue el oro que conseguimos, aunque yo no puedo imaginar de dónde lo sacó el pobre Fidelín. Y ahora que lo he vuelto a recordar, pienso que acaso lo más razonable sea no seguir dándole vueltas al asunto.

MERINO, José María: "El inocente", en *Cuentos de días raros*, Madrid, Punto de Lectura, 2010, pp. 114-121)

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

1.- Resume el contenido del texto.



2.- ¿Cómo consiguen los muchachos organizar su propia excursión a las antiguas minas de oro romanas?

3.- ¿Qué le ocurre a Fidelín en cuanto empiezan a montar el campamento?

4.- ¿Cómo prueba el profesor Sierra a sus alumnos que lo que les está contando no es una broma?

5.- Explica qué quiere decir el autor con la expresión *hallazgos áureos* empleada en la siguiente oración del texto:

“Después de un rato, seguros de que la jornada próxima estaría llena de estupendos hallazgos áureos, nos acostamos”.

6.- El sustantivo *inquietud* se ha formado añadiendo un prefijo y un sufijo al adjetivo *quieto*. ¿Cómo se llama este procedimiento de formación de palabras? Utiliza este mismo procedimiento para formar las palabras que completan las siguientes series:

Sustantivo	Adjetivo	Verbo
	claro	
		bromear
brillo		
		razonar

7.- Indica si las palabras subrayadas en el siguiente fragmento del texto son determinantes o pronombres:

“Le aseguramos que eso era imposible, que hacía cientos y cientos de años que ningún agua que no fuese la de la lluvia mojaba aquellos parajes, pero se puso tan nervioso, que Héctor nos pidió que cambiásemos el emplazamiento de las tiendas para que se tranquilizase. Buscamos otro sitio y no lo encontramos tan llano”.

8.- Indica la función sintáctica que desempeñan los sintagmas destacados en el siguiente fragmento del texto:

“Regresamos con él al campamento, pero parecía muy nervioso, y Héctor estaba contrariado. "Mira que si hoy le da uno de sus ataques aquí, lejos de todo el mundo, sin pastillas". Pero al cabo Fidelín dejó de hablar de aquellas cosas, de los esclavos desarrapados, de los soldados con sus lanzas y escudos. Hicimos una hoguera, cenamos con hambre unos bocadillos. Yo creo que sentíamos la aventura como un sabor, como un tacto en la piel. Salió una luna enorme”.

9.- Realiza el análisis sintáctico de la siguiente oración del texto:

“A la luz de la hoguera los ojos de Fidelín brillaban muy abiertos”.

## MODELO Nº 16

### 1ª PARTE: DICTADO

1. El premio era un libro de estampas, que yo había recibido la víspera, de Viena.
2. Un instante, se oyó en el silencio la hora lenta que daba el reloj de la torre del pueblo.
3. Llegaban las niñas al primer naranjo, cuando Platero, que holgazaneaba por allí, contagiado del juego, se unió a ellas en su vivo correr.
4. Sí, Platero llegó a las violetas antes que ninguna, y se quedó allí, revolcándose en la arena.
5. Les dije que aquella carrera la había ganado Platero y que era justo premiarlo de algún modo. Ellas saltaban y reían.
6. Y cogiendo un poco de perejil del cajón de la puerta, hice una corona, y se la puse en la cabeza, honor fugaz y máximo.

TEXTO ELABORADO A PARTIR DE JIMÉNEZ, Juan Ramón : "La corona de perejil", en *Platero y yo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 275.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### DÍA DOMINGO

Contuvo un instante la respiración, clavó las uñas en la palma de sus manos y dijo, muy rápido: "Estoy enamorado de ti". Vio que ella enrojecía bruscamente, como si alguien hubiera golpeado sus mejillas, que eran de una palidez resplandeciente y muy suaves. Aterrado, sintió que la confusión ascendía por él y petrificaba su lengua. Deseó salir corriendo, acabar: en la taciturna<sup>1</sup> mañana de invierno había surgido ese desaliento íntimo que lo abatía siempre en los momentos decisivos. Unos minutos antes, entre la multitud animada y sonriente que circulaba por el parque Central de Miraflores, Miguel se repetía aún: "Ahora. Al llegar a la avenida Pardo. Me atreveré. ¡Ah, Rubén, si supieras cómo te odio!" Y antes todavía, en la iglesia, mientras buscaba a Flora con los ojos, la divisaba al pie de una columna y, abriéndose paso con los codos sin pedir permiso a las señoras que empujaba, conseguía acercársele y saludarla en voz baja, volvía a decirse, tercamente, como esa madrugada, tendido en su lecho, vigilando la aparición de la luz: "No hay más remedio. Tengo que hacerlo hoy día. En la mañana. Ya me las pagarás, Rubén" Y la noche anterior había llorado, por primera vez en muchos años, al saber que se preparaba esa innoble emboscada. La gente seguía en el parque y la avenida se hallaba desierta; caminaban por la alameda, bajo los ficus de cabelleras altas y tupidas. "Tengo que apurarme", pensaba Miguel, "si no, me friego<sup>2</sup>". Miró de soslayo alrededor: no había nadie, podía intentarlo. Lentamente, fue estirando su mano izquierda hasta tocar la de ella; el contacto le reveló que transpiraba. Imploró que ocurriera un milagro, que cesara aquella humillación. "Qué le digo –pensaba- qué le digo". Ella acababa de

retirar su mano y él se sentía desamparado y ridículo. Todas las frases radiantes, preparadas febrilmente la víspera, se habían disuelto como globos de espuma.

-Flora -balbuceó-, he esperado mucho tiempo este momento. Desde que te conozco solo pienso en ti. Estoy enamorado por primera vez, créeme, nunca había conocido una muchacha como tú.

Otra vez una compacta mancha blanca en su cerebro, el vacío. Ya no podía aumentar la presión: la piel cedía como jebe<sup>3</sup> y las uñas alcanzaban el hueso. Sin embargo, siguió hablando, dificultosamente, con grandes intervalos, venciendo el bochornoso tartamudeo, tratando de describir una pasión irreflexiva y total, hasta descubrir, con alivio, que llegaban al primer óvalo<sup>4</sup> de la avenida Pardo, y entonces calló. Entre el segundo y el tercer ficus, pasado el óvalo, vivía Flora. Se detuvieron, se miraron: Flora estaba aún encendida y la turbación había colmado sus ojos de un brillo húmedo. Desolado, Miguel se dijo que nunca le había parecido tan hermosa: una cinta azul recogía sus cabellos y él podía ver el nacimiento de su cuello, y sus orejas, dos signos de interrogación, pequeñitos y perfectos.

-Mira, Miguel -dijo Flora; su voz era suave, llena de música, segura-. No puedo contestarte ahora. Pero mi mamá no quiere que ande con chicos hasta que termine el colegio.

-Todas las mamás dicen lo mismo, Flora -insistió Miguel-. ¿Cómo iba a saber ella? Nos veremos cuando tú digas, aunque sea solo los domingos.

-Ya te contestaré, primero tengo que pensarlo -dijo Flora, bajando los ojos. Y después de unos segundos añadió: - Perdone, pero ahora tengo que irme, se hace tarde.

Miguel sintió una profunda lasitud<sup>5</sup>, algo que se expandía por todo su cuerpo y lo ablandaba.

-¿No estás enojada conmigo, Flora, no? -dijo humildemente.

-No seas sonso<sup>6</sup> -replicó ella, con vivacidad-. No estoy enojada.

-Esperaré todo lo que quieras -dijo Miguel-. Pero nos seguiremos viendo, ¿no? ¿Iremos al cine esta tarde, no?

-Esta tarde no puedo -dijo ella, dulcemente-. Me ha invitado a su casa Martha.

Una correntada<sup>7</sup> cálida, violenta, lo invadió y se sintió herido, atontado, ante esa respuesta que esperaba y que ahora le parecía una crueldad. Era cierto lo que el Melanés había murmurado, torvamente<sup>8</sup>, a su oído, el sábado en la tarde. Martha los dejaría solos, era la táctica habitual. Después, Rubén relataría a los pajarracos cómo él y su hermana habían planeado las circunstancias, el sitio y la hora. Martha habría reclamado, en pago de sus servicios, el derecho de espiar detrás de la cortina. La cólera empapó sus manos de golpe.

-No seas así, Flora. Vamos [al cine] como quedamos. No te hablaré de esto. Te prometo. -No puedo, de veras -dijo Flora-. Tengo que ir donde Martha. Vino ayer a mi casa para invitarme. Pero después iré con ella al parque Salazar.

Ni siquiera vio en esas últimas palabras una esperanza. Un rato después contemplaba el lugar donde había desaparecido la frágil figurita celeste, bajo el arco majestuoso de los ficus de la avenida. Era posible competir con un simple adversario, no con Rubén. Recordó los nombres de las muchachas invitadas por Martha, una tarde de domingo. Ya no podía hacer nada, estaba derrotado. Una vez más surgió entonces esa imagen que lo salvaba siempre que sufría una frustración: desde un lejano fondo de nubes infladas de humo negro se

aproximaba él, al frente de una compañía de cadetes de la Escuela Naval, a una tribuna levantada en el parque; personajes vestidos de etiqueta, el sombrero de copa en la mano, y señoras de joyas relampagueantes lo aplaudían. Aglomerada en las veredas, una multitud en la que sobresalían los rostros de sus amigos y enemigos, lo observaba maravillada murmurando su nombre. Vestido de paño azul, una amplia capa flotando a sus espaldas, Miguel desfilaba delante, mirando el horizonte. Levantada la espada, su cabeza describía media esfera en el aire: allí, en el corazón de la tribuna estaba Flora, sonriendo. En una esquina, harapos<sup>9</sup>, avergonzado, descubría a Rubén: se limitaba a echarle una brevísima ojeada despectiva. Seguía marchando, desaparecía entre vítores.

Como el vaho de un espejo que se frota, la imagen desapareció. Estaba en la puerta de su casa, odiaba a todo el mundo, se odiaba. Entró y subió directamente a su cuarto. Se echó de bruces en la cama; [...] apareció el rostro de la muchacha [...] y luego Rubén, con su mandíbula insolente y su sonrisa hostil; estaban uno al lado del otro, se acercaban, los ojos de Rubén se torcían para mirarlo burlonamente mientras su boca avanzaba hacia Flora.

Saltó de la cama. El espejo del armario le mostró un rostro ojeroso, lívido. "No la verá", decidió. "No me hará esto, no permitiré que me haga esa perrada".

La avenida continuaba solitaria. Acelerando el paso sin cesar, caminó hasta el cruce con la avenida Grau; allí vaciló. Sintió frío; había olvidado el [abrigo] en su cuarto y la sola camisa no bastaba para protegerlo del viento que venía del mar y se enredaba en el denso ramaje de los ficus con un suave murmullo. La temida imagen de Flora y Rubén juntos le dio valor, y siguió andando. Desde la puerta del bar vecino al Cine Montecarlo, los vio en la mesa de costumbre, dueños del ángulo que formaban las paredes del fondo y de la izquierda. Francisco, el Melanés, Tobías, el Escolar lo descubrían y, después de un instante de sorpresa, se volvían hacia Rubén, los rostros maliciosos, excitados. Recuperó el aplomo de inmediato: frente a los hombres sí sabía comportarse.

-Hola -les dijo, acercándose-. ¿Qué hay de nuevo?

-Siéntate -le alcanzó una silla el Escolar-. ¿Qué milagro te ha traído por aquí?

-Hace siglos que no venías -dijo Francisco.

-Me provocó verlos -dijo Miguel, cordialmente-. Ya sabía que estaban aquí. ¿De qué se asombran? ¿O ya no soy un pajarraco?

Tomó asiento entre el Melanés y Tobías. Rubén estaba al frente. [...]

-Apuesto a que fuiste a misa de una -dijo el Melanés, un párpado plegado por la satisfacción, como siempre que iniciaba algún enredo-. ¿O no?

-Fui -dijo Miguel, imperturbable-. Pero solo para ver a una hembrita, nada más.

Miró a Rubén con ojos desafiantes, pero él no se dio por aludido; jugueteaba con los dedos sobre la mesa y, bajito, la punta de la lengua entre los dientes, silbaba [una canción].

-¡Buena! -aplaudió el Melanés-. Buena, don Juan. Cuéntanos, ¿a qué hembrita?

-Eso es un secreto.

-Entre los pajarracos no hay secretos -recordó Tobías-. ¿Ya te has olvidado? Anda, ¿quién era?

- Qué te importa -dijo Miguel.

-Muchísimo -dijo Tobías-. Tengo que saber con quién andas para saber quién eres.

-Toma mientras -dijo el Melanés a Miguel-. Una a cero.

-¿A que adivino quién es? -dijo Francisco-. ¿Ustedes no?

-Yo ya sé -dijo Tobías.

-Y yo -dijo el Melanés. Se volvió a Rubén con ojos y voz muy inocentes- Y tú, cuñado, ¿adivinas quién es?

-No -dijo Rubén, con frialdad-. Y tampoco me importa.

-Tengo llamitas en el estómago -dijo el Escolar-. ¿Nadie va a pedir una cerveza? [...]

Hubo gritos de júbilo, exclamaciones.

-Eres un verdadero pajarraco -afirmó Francisco.

VARGAS LLOSA, Mario: *Día domingo*, Madrid, Espasa Libros, 2010, pp. 124-132.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

1 **Taciturna**: callada, triste.

2 **Fregarse**: fastidiarse.

3 **Jebe**: árbol del que se extrae el caucho.

4 **Óvalo**: curva.

5 **Lasitud**: cansancio, desfallecimiento.

6 **Sonso**: tonto.

7 **Correntada**: corriente impetuosa.

8 **Torvamente**: airadamente, fieramente.

9 **Haraposo**: andrajoso. Lleno de harapos.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1.- Resume el argumento del texto con tus propias palabras. (mínimo, 8 líneas)

2.- ¿Quiénes son “los pajarracos”? ¿Por qué crees tú que el narrador elige este término? (mínimo, 4 líneas)

3.- Explica exactamente a qué se refiere el narrador cuando afirma:

"Aterrado, sintió que la confusión ascendía por él y petrificaba su lengua. Deseó salir corriendo, acabar: en la taciturna mañana de invierno había surgido ese desaliento íntimo que lo abatía siempre en los momentos decisivos". (mínimo, 5 líneas)

4.- El protagonista tiene un sueño. ¿Qué sueña exactamente? ¿Qué relación guarda el sueño con el contenido del texto? (mínimo, 4 líneas).

5.- Indica si las siguientes palabras son polisémicas o monosémicas. Explica por qué: vecino, pajarraco, azul.

6.- Analiza morfológicamente los subrayados:

“Esperaré todo lo que quieras”.

Iremos al cine esta tarde.

“Dijo ella, dulcemente”.

7.- Analiza las siguientes formas verbales (indica persona, número, tiempo, modo, infinitivo y conjugación):

detuvieron

habían disuelto

8.- Analiza sintácticamente y clasifica la siguiente oración:

“La cólera empapó sus manos de golpe”.

9.- Indica cuál es el Sujeto de la siguiente oración:

“En la tibia oscuridad, apareció el rostro de la muchacha

## MODELO Nº 17

### 1ª PARTE: DICTADO

Las letras, el alfabeto, la escala de las vocales, el niño, a la sombra de la madre, pájaro ligero por el árbol de la gramática. Salta, va, viene, se equivoca de rama, vuelve a saltar, dice la *a*, la *e*, ríe con la *i*, se asusta con la *u*, vive.

Por ahí empieza la historia, hijo, empieza la cultura, el mundo de los hombres, ese juego largo que hemos inventado para aplazar la muerte. Las letras, insectos simpáticos y tenaces, juegan contigo como hormigas difíciles. Estás empezando a pulsar las letras, las teclas de un piano que resuena en cinco o diez mil años de historia.

Cada letra tiene un eco de lenguajes pasados, de idiomas milenarios, que tú despiertas inocentemente, como cantando dentro de una catacumba. Eres el paleontólogo ingenuo de nuestro mundo de jeroglíficos.

UMBRAL, Francisco: *Mortal y Rosa*, Barcelona, Cátedra/Destino, 1975, pp.120-121.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### CUENTO II

#### LO QUE SUCEDIÓ A UN HOMBRE BUENO CON SU HIJO

Otra vez, hablando el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo que estaba muy preocupado por algo que quería hacer, pues, si acaso lo hiciera, muchas personas encontrarían motivo para criticárselo; pero, si dejara de hacerlo, creía él mismo que también se lo podrían censurar con razón. Contó a Patronio de qué se trataba y le rogó que le aconsejase en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, ciertamente sé que encontraréis a muchos que podrían aconsejaros mejor que yo y, como Dios os hizo de buen entendimiento, mi consejo no os hará mucha falta; pero, como me lo habéis pedido, os diré lo que pienso de este asunto. Señor Conde Lucanor -continuó Patronio-, me gustaría mucho que pensarais en la historia de lo que ocurrió a un hombre bueno con su hijo.

El conde le pidió que le contase lo que les había pasado, y así dijo Patronio:

-Señor, sucedió que un buen hombre tenía un hijo que, aunque de pocos años, era de muy fino entendimiento. Cada vez que el padre quería hacer alguna cosa, el hijo le señalaba todos sus inconvenientes y, como hay pocas cosas que no los tengan, de esta manera le impedía llevar a cabo algunos proyectos que eran buenos para su hacienda. Vos, señor conde, habéis de saber que, cuanto más agudo entendimiento tienen los jóvenes, más inclinados están a confundirse en sus negocios, pues saben cómo comenzarlos, pero no saben cómo los han de terminar, y así se equivocan con gran daño para ellos, si no hay quien los guíe. Pues bien, aquel mozo, por la sutileza de entendimiento y, al mismo tiempo, por

su poca experiencia, abrumaba a su padre en muchas cosas de las que hacía. Y cuando el padre hubo soportado largo tiempo este género de vida con su hijo, que le molestaba constantemente con sus observaciones, acordó actuar como os contaré para evitar más perjuicios a su hacienda, por las cosas que no podía hacer y, sobre todo, para aconsejar y mostrar a su hijo cómo debía obrar en futuras empresas.

»Este buen hombre y su hijo eran labradores y vivían cerca de una villa. Un día de mercado dijo el padre que irían los dos allí para comprar algunas cosas que necesitaban, y acordaron llevar una bestia para traer la carga. Y camino del mercado, yendo los dos a pie y la bestia sin carga alguna, se encontraron con unos hombres que ya volvían. Cuando, después de los saludos habituales, se separaron unos de otros, los que volvían empezaron a decir entre ellos que no les parecían muy juiciosos ni el padre ni el hijo, pues los dos caminaban a pie mientras la bestia iba sin peso alguno. El buen hombre, al oírlo, preguntó a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos hombres, contestándole el hijo que era verdad, porque, al ir el animal sin carga, no era muy sensato que ellos dos fueran a pie. Entonces el padre mandó a su hijo que subiese en la cabalgadura.

»Así continuaron su camino hasta que se encontraron con otros hombres, los cuales, cuando se hubieron alejado un poco, empezaron a comentar la equivocación del padre, que, siendo anciano y viejo, iba a pie, mientras el mozo, que podría caminar sin fatigarse, iba a lomos del animal. De nuevo preguntó el buen hombre a su hijo qué pensaba sobre lo que habían dicho, y este le contestó que parecían tener razón. Entonces el padre mandó a su hijo bajar de la bestia y se acomodó él sobre el animal.

»Al poco rato se encontraron con otros que criticaron la dureza del padre, pues él, que estaba acostumbrado a los más duros trabajos, iba cabalgando, mientras que el joven, que aún no estaba acostumbrado a las fatigas, iba a pie. Entonces preguntó aquel buen hombre a su hijo qué le parecía lo que decían estos otros, replicándole el hijo que, en su opinión, decían la verdad. Inmediatamente el padre mandó a su hijo subir con él en la cabalgadura para que ninguno caminase a pie.

»Y yendo así los dos, se encontraron con otros hombres, que comenzaron a decir que la bestia que montaban era tan flaca y tan débil que apenas podía soportar su peso, y que estaba muy mal que los dos fueran montados en ella. El buen hombre preguntó otra vez a su hijo qué le parecía lo que habían dicho aquellos, contestándole el joven que, a su juicio, decían la verdad. Entonces el padre se dirigió al hijo con estas palabras:

»-Hijo mío, como recordarás, cuando salimos de nuestra casa, íbamos los dos a pie y la bestia sin carga, y tú decías que te parecía bien hacer así el camino. Pero después nos encontramos con unos hombres que nos dijeron que aquello no tenía sentido, y te mandé subir al animal, mientras que yo iba a pie. Y tú dijiste que eso sí estaba bien. Después encontramos otro grupo de personas, que dijeron que esto último no estaba bien, y por ello te mandé bajar y yo subí, y tú también pensaste que esto era lo mejor. Como nos encontramos con otros que dijeron que aquello estaba mal, yo te mandé subir conmigo en la bestia, y a ti te pareció que era mejor ir los dos montados. Pero ahora estos últimos dicen que no está bien que los dos vayamos montados en esta única bestia, y a ti también te parece verdad lo que dicen. Y como todo ha sucedido así, quiero que me digas cómo podemos hacerlo para no ser criticados de las gentes: pues íbamos los dos



a pie, y nos criticaron; luego también nos criticaron, cuando tú ibas a caballo y yo a pie; volvieron a censurarnos por ir yo a caballo y tú a pie, y ahora que vamos los dos montados también nos lo critican. He hecho todo esto para enseñarte cómo llevar en adelante tus asuntos, pues alguna de aquellas monturas teníamos que hacer y, habiendo hecho todas, siempre nos han criticado. Por eso debes estar seguro de que nunca harás algo que todos aprueben, pues si haces alguna cosa buena, los malos y quienes no saquen provecho de ella te criticarán; por el contrario, si es mala, los buenos, que aman el bien, no podrán aprobar ni dar por buena esa mala acción. Por eso, si quieres hacer lo mejor y más conveniente, haz lo que creas que más te beneficia y no dejes de hacerlo por temor al qué dirán, a menos que sea algo malo, pues es cierto que la mayoría de las veces la gente habla de las cosas a su antojo, sin pararse a pensar en lo más conveniente.

»Y a vos, Conde Lucanor, pues me pedís consejo para eso que deseáis hacer, temiendo que os critiquen por ello y que igualmente os critiquen si no lo hacéis, yo os recomiendo que, antes de comenzar, miréis el daño o provecho que os puede causar, que no os confiéis sólo a vuestro juicio y que no os dejéis engañar por la fuerza de vuestro deseo, sino que os dejéis aconsejar por quienes sean inteligentes, leales y capaces de guardar un secreto. Pero, si no encontráis tal consejero, no debéis precipitaros nunca en lo que hayáis de hacer y dejad que pasen al menos un día y una noche, si son cosas que pueden posponerse. Si seguís estas recomendaciones en todos vuestros asuntos y después los encontráis útiles y provechosos para vos, os aconsejo que nunca dejéis de hacerlos por miedo a las críticas de la gente.

El consejo de Patronio le pareció bueno al conde, que obró según él y le fue muy provechoso.

Y, cuando don Juan escuchó esta historia, la mandó poner en este libro e hizo estos versos que dicen así y que encierran toda la moraleja:

*Por críticas de gentes, mientras que no hagáis mal,  
buscad vuestro provecho y no os dejéis llevar.*

*El Conde Lucanor*, edición digital y versión actualizada a partir de D. Juan Manuel, Infante de Castilla: *El Conde Lucanor*, Alicante, Aguacilar (Aljibe Nuevo), 1997, pp. 38-40.

Publicación digital en HTML en la Biblioteca Virtual Cervantes:

<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-conde-lucanor--0/html/>

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

1. Resume en cinco o seis líneas el contenido del texto.
2. ¿Cuál es la preocupación que el conde Lucanor presenta a Patronio?
3. ¿Por qué le dice el padre de la historia a su hijo “nunca harás algo que todos aprueben”?
4. Después de contarle la historia, ¿qué consejo le da Patronio al conde?

5. ¿Qué significado tienen las siguientes expresiones subrayadas?
- “Un hijo que [...] era de muy fino entendimiento”.
  - “Abrumaba a su padre en muchas cosas de las que hacía”.
  - “Volvieron a censurarnos por ir yo a caballo y tú a pie”.
6. Analiza morfológicamente, reconoce cada clase de palabra de la siguiente oración: “El consejo de Patronio le pareció bueno al conde”.
7. Indica si las palabras que aparecen subrayadas son determinantes o pronombres, justificando cada caso: “Cada vez que el padre quería hacer alguna cosa, el hijo le señalaba todos sus inconvenientes y, como hay pocas cosas que no los tengan...”
8. Analiza sintácticamente, reconociendo los diferentes sintagmas y sus funciones:  
“El padre soportó largo tiempo este género de vida”.
9. Pasa a la voz pasiva la oración anterior y analízala.

## **MODELO Nº 18**

### **1ª PARTE: DICTADO**

En la imagen, esfumada en los contornos, amarillenta, parece de cuarenta o más. Es una instantánea de fotógrafo ambulante, tomada en una plaza irreconocible, con poca luz. Está de pie, una bufanda suelta sobre los hombros y una expresión de incomodidad, como si la resolana le hiciera cosquillas en los ojos o lo avergonzara posar ante los transeúntes, en plena vía pública. Lleva en la mano derecha un maletín o un paquete o una carpeta, y, a pesar de lo borroso de la imagen, se advierte lo mal vestido que está: los pantalones bolsudos, el saco descentrado, la camisa con un cuello demasiado ancho y una corbata con un nudito ridículo y mal ajustado.

VARGAS LLOSA, Mario: *La historia de Mayta*, Madrid, Alfaguara, Colección Biblioteca Mario Vargas Llosa, 2006, p. 24.

### **2ª PARTE: TEXTO**

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### **LA PRINCESA MANCA**

[...] También el rey era así. Un hombre animoso y sencillo, poco dado a las pompas, que era capaz de bajarse de su carroza, arremangarse sus camisones reales, y ponerse sin ningún desdoro<sup>1</sup> a ayudar a un albañil a preparar la masa o a transportar la arena en su carretilla. Era una sabia idea. No había oficios mejores ni peores, ni nadie era superior a los otros por desempeñar uno de esos trabajos, casi siempre relacionados con la utilización de las manos, que en otros lugares son juzgados como propios de hombres inferiores.

Pero el rey estaba casado, y su joven esposa iba a dar a luz. El aire temblaba aquel día con el sonido de las campanas, y por todas las partes se activaban los preparativos de la gran fiesta con que iba a celebrarse el nacimiento. De pronto, el médico salió del dormitorio de la reina. Los criados le vieron secarse el sudor de la frente, retorcerse las manos, mirar a un lado y a otro con una expresión espantada, como si buscara algún tipo de ayuda. ¿Pero quién podía ayudarle, quién decirle lo que tenía que hacer, si él era el mayor sabio del reino? Un rayo de sol iluminó su levita negra, y el doctor se echó a andar, casi a correr, por el pasillo, en dirección a los aposentos reales. Se deslizaba por los suelos encerados, reluciente como un escarabajo. Le abrían las puertas, recorría los largos corredores, las escaleras alfombradas. Había decidido ver al rey, darle él mismo aquella espantosa noticia, y quería hacerlo sin perder un segundo más, como si la mínima tardanza pudiera hacer inviable su salvación. Pero el rey palideció de tal modo al escucharle que hasta sus ojos se pusieron blancos. Estaba profundamente enamorado de su esposa, la reina, y la idea de que hubiera podido morir al dar a luz le parecía incomprensible. Al fin y al cabo era un rey, y los reyes estaban acostumbrados a tener siempre lo que querían. Todo era suyo, las casas, los bosques, la voluntad de sus súbditos y hasta el mismo aire

que respiraban, y les bastaba con expresar un deseo para que todos corrieran al instante, ansiosos de satisfacerle. ¿Cómo podía aceptar un verdadero rey que le fuera arrebatado lo más querido? Pareció enloquecer. Se encerró en su cuarto, despreciaba la comida, las visitas; no quería ni ver a su hija, pues ya todos sabían que lo que la reina había tenido antes de morir era una niña, la más hermosa que ojos humanos hubieran contemplado jamás.

Pero esa primera etapa del dolor siempre termina por pasar. Antes o después, como sucede con los árboles que durante el invierno parecieron estar muertos y cuyas ramas pueden verse poco después pobladas de yemas y hojas frescas, el empuje de la nueva savia es más fuerte que la dura corteza de la desesperación. Y así el rey, que se había pasado cerca de unos meses encerrado en su cuarto, sin querer levantarse de la cama ni apenas aceptar alimento, empezó a escuchar otra vez la dulce llamada de la vida. Y entonces pidió que abrieran las ventanas, y se pasaba horas enteras viendo cómo el reflejo del sol se desplazaba por las paredes y el suelo de su cuarto. Y poco a poco volvió a percibir el piar de los pájaros, el trajín de los criados en el patio y en los corredores del palacio, el aroma de la madre selva y el de la hierba húmeda. Y, un buen día, pidió por fin su ropa, alimentos, un caballo para salir al bosque; y otro, ya no pudo desoir por más tiempo aquel mandato de su corazón y quiso conocer a su hija.

Ahí empezó el mayor de los problemas – continuó el anciano -, porque aquella niñita había nacido manca. No que hubiera perdido su mano, como luego se había dicho, sino que había nacido así, con el bracito romo, redondeado y terso en su extremo, brillante como los guijarros de los ríos. Nadie se atrevió a decirselo. Le llevaron a la niña y el rey pareció deslumbrado cuando la vio. Era muy linda. Acababa de cumplir dos meses y sonreía espontáneamente con tal de que algo se agitara ante ella. Era tan alegre que bastaba con enseñarle una careta en que se reprodujeran con tres orificios los ojos y la boca del hombre para que ella se echara valerosa a reír creyendo ese rostro real. El rey la tomó en sus brazos y descubrió la terrible verdad. Hizo que la apartaran de su lado y mandó que lo dispusieran todo para un largo viaje. Habló con su primer ministro y le encargó que se ocupara de los asuntos del reino durante su ausencia. Iría muy lejos, en dirección a Oriente, y era probable que tardara años enteros en volver. De nada sirvió que trataran de convencerle, que le hablaran de lo necesaria que era su presencia para el gobierno de su pueblo, y de que si se iba aquella niñita crecería sin las atenciones y cuidados de un padre. La decisión parecía firmemente tomada y, sin embargo, esa noche sucedió el milagro.

¿Quién decía que no sucedían milagros en este mundo? La belleza era un milagro, porque nos ayudaba a superar el abismo entre el ideal y las cosas reales, aunque no siempre hubiera ojos dispuestos a reconocerla. Esta vez sí los hubo. El rey permanecía en vela, y oyó gorjeos<sup>2</sup> y risas. Salió de la sala, y recorrió el largo pasillo hasta llegar al dormitorio de la princesa, que parecía lleno de pájaros. Empujó la puerta y entró. La luna iluminaba la cuna, y el rey pudo ver entre los encajes el encendido rostro de su hija, y cómo en sus ojitos brillaba una luz azul. Se inclinó sobre ella, y la niña extendió sus brazos hasta tocarle. Jugó con sus barbas y su cabello, como podría haberlo hecho con las algas y los berros de un manantial, y el rey percibió sobre sus mejillas los tiernos empellones<sup>3</sup> de su brazo malo, que le hicieron pensar en los coletazos limpios de los peces. Se detuvo aterrorizado ante lo que iba a hacer, y mandó suspender su viaje. A partir de

entonces fue otro hombre. Volvió a ocuparse de los asuntos del gobierno, y se pasaba la horas restantes contemplando y atendiendo a su hija. Sin embargo, no podía dormir. A veces se reclinaba en su cama y, al momento, otra vez estaba de pie, como si huracanes repentinos asolaran sus sueños, y una y otra vez viera negada por ellos la posibilidad del descanso.

Ese problema le volvió irascible<sup>4</sup>. Quería con locura a su hija, que era una niña sana y complaciente, que crecía ganándose el cariño de cuantos la rodeaban, pero todos se daban cuenta de que nunca aceptaría su deformidad y que sufría lo indecible por esta razón. No podía soportar, por ejemplo, la visión de los bracitos de las otras niñas. Le bastaba ver a una de ellas jugando delante de él, para que al instante la contemplación de sus dos manos, libres y vivaces, armoniosamente complementarias, hiciera que las lágrimas brotaran de sus ojos. A menudo lo hablaba con sus ministros, que trataban de consolarle diciéndole que no era tan importante que la princesita tuviera una sola mano, y que suplía con creces esa pérdida con la pureza y la bondad de su corazón. Pero al rey esto no parecía satisfacerle. ¿No eran dos los amantes- se preguntaba- , dos las alas de los pájaros y de las mariposas, dos las manillas de los relojes que contaban el tiempo? El dos era superior al uno – añadía con una mueca de desesperación en los labios- porque era el número de la vida.

Fue entonces cuando el reino se llenó de truhanes<sup>5</sup> y de extraños artífices<sup>6</sup>. Acudieron a un edicto en el que se ofrecía todo el oro que se pudiera cargar sobre la espalda a aquél que fuera capaz de fabricar una manita ortopédica, cuya perfección fuera comparable a la de las manos reales. La búsqueda duró varios meses, y las tentativas fueron innumerables. Manos de madera, articuladas a través de pequeños alambres, manos de metales finísimos, de cristal, de los materiales más impensados, se fueron presentando al rey, que enseguida se las hacía llevar a su hijita con la esperanza de que llegara a adaptarse a su uso. Pero a ella ninguna le hacía gracia. Se desvivía por complacer a su padre en todo, pero solo recobraba la alegría cuando, flojas las correas que las sujetaban, aquellas manitas falsas se desprendían de su brazo y éste quedaba libre y desnudo, tal como había venido al mundo.

MARTÍN GARZO, Gustavo: *La princesa manca*, Madrid, Ave del Paraíso, Colección Lunario, 1995, pp. 121-124.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

- 1 **Desdoro:** falta de prestigio
- 2 **Gorjeos:** articulaciones imperfectas en la voz de los niños.
- 3 **Empellones:** empujones.
- 4 **Irascible:** colérico, irritable.
- 5 **Truhanes:** estafadores.
- 6 **Artífices:** artistas, artesanos

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Realiza un resumen (extensión máxima, 8 líneas) del cuento que comience de la siguiente manera:

“Había una vez un rey justo y humilde”...

1. Entre estas afirmaciones, tres son falsas. Indica cuáles son y corrígelas con la información adecuada del texto:

- El mismo rey es el narrador de esta historia.
- La princesa perdió su mano en el momento de su nacimiento.
- El rey decidió huir lejos al enterarse de la desgracia de su hija.
- El rey era incapaz de aceptar la deformidad de su hija.
- Los mejores médicos acudieron a palacio para fabricar una manita ortopédica para la princesa.

3. ¿Qué milagro hace que el rey cambie de opinión y luche por su hija? Justifica tu respuesta.

4. ¿Por qué cree el rey que el dos es *el número de la vida*? ¿De qué manera se relaciona con la minusvalía de la princesa?

5. Define las palabras destacadas en negrita en los siguientes enunciados del texto:

- “Era una **sabia** idea” / “El empuje de la nueva **savia** es más fuerte que la dura corteza”.

**sabia:**

**savia:**

- “En dirección a los aposentos **reales**”(1) / “El abismo entre el ideal y las cosas **reales**” (2)

**reales**(1):

**reales**(2):

Elige entre los siguientes conceptos aquellos que explican la relación entre los significados de los pares de las palabras anteriores:

*sinónimos parónimos homófonos antónimos homógrafos*

Los términos **sabia** y **savia** son \_\_\_\_\_

Los términos **reales (1)** y **reales (2)** son \_\_\_\_\_

6.- Completa la tabla con palabras que aparezcan en el siguiente fragmento del cuento:

“¿Cómo podía aceptar un verdadero rey que le fuera arrebatado lo más querido? Pareció enloquecer. Se encerró en su cuarto, despreciaba la comida, las visitas; no quería ni ver a su hija, pues ya

todos sabían que lo que la reina había tenido antes de morir era una niña, la más hermosa que ojos humanos hubieran contemplado jamás”.

Un adjetivo calificativo en grado superlativo	
Un pronombre personal	
Una preposición	
Una conjunción	
Un verbo en pretérito pluscuamperfecto de indicativo	
Un verbo en pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo	
Dos verbos en pretérito imperfecto de indicativo	
Dos verbos en infinitivo	
Un verbo en voz pasiva	
Una perífrasis verbal	

7.- Completa la tabla a partir de las siguientes palabras del texto:

<b>sustantivo</b>	<b>adjetivo</b>	<b>verbo</b>	<b>Adverbio</b>
cuidado	cuidadoso	cuidar	Cuidadosamente
			<b>Lejos</b>
		<b>enloquecer</b>	
	<b>largo</b>		
<b>belleza</b>			

8.- Clasifica los siguientes sintagmas y subraya su núcleo:

Ej. : Quería con locura a su hija  
           N

\_\_\_\_\_

S. Verbal

- a. aquella espantosa noticia
- b. muy lejos
- c. armoniosamente complementarias
- d. la contemplación de sus dos manos

9.- Indica la función de los complementos verbales subrayados.

Ej.: “El aire temblaba aquel día”: Complemento Circunstancial de Tiempo

- a. “Descubrió la terrible verdad”.
- b. “El rey la tomó en sus brazos”.
- c. “Aquella niñita había nacido manca”.
- d. “La belleza era un milagro”.



## MODELO Nº 19

### 1ª PARTE: DICTADO

Las chicas se agolpaban a las ventanas para ver correr los arroyos que se formaban frente a la escuela y no había medio de calmarlas. La maestra, abrumada, con las manos a la cabeza, se volvió a mí de pronto y me dijo: “Leticia, hija, cuéntales un cuento”. Y antes de que yo contestase se puso a gritar a las chicas: “¡Callad, niñas, que Leticia va a contar un cuento!” [...]

Cuando se hizo el silencio, yo conté un cuento y después otro y después otro; así se pasó la tarde, hasta que los arroyos se fueron reduciendo a las cunetas y fue posible salir. Al día siguiente todo se repitió punto por punto, [...] y hasta primeros de octubre las tardes se desarrollaron lo mismo: primero se reñía, luego se rezaba y luego se cantaba.

CHACEL, Rosa: *Memorias de Leticia Valle*, Madrid, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2010, p. 110

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### EL VIENTO DE LA BAHÍA

Yo tenía quince años y, por si no anduviera ya todo el día bien ocupado, me había buscado una ocupación más: había dejado que creciera en mí una súbita y gran curiosidad por todo cuanto sucedía en la calle. Tras años de ir de casa al colegio y del colegio a casa, tras años de llegar del colegio a las siete de la tarde y ponerme a estudiar geografía o matemáticas hasta las diez de la noche, y tras años de cenar siempre a las diez bajo la atenta vigilancia de mis padres y luego retirarme a mi cuarto a leer grandes novelones del tipo *Guerra y Paz*, ahora, de repente, se había despertado en mí un gran interés por lo desconocido: el mundo de la calle o, lo que venía a ser lo mismo, el mundo del paseo de San Luis, donde mi familia vivía.

Por las tardes, hacia las siete, en lugar de ir directamente a casa, había empezado a demorarme un rato por la zona alta del Paseo y a observar el ir y venir de los transeúntes. No volvían mis padres a casa hasta las ocho, y eso me permitía retrasar casi una hora mi regreso. Era una hora en la que me sentía muy bien, porque siempre sucedía algo, algún mínimo acontecimiento, nunca nada del otro mundo pero suficiente para mí: el tropezón de una señora, por ejemplo; los rumores de un suicidio, el viento de la bahía haciendo volar un sombrero, la bofetada de un padre a su hijo, [...] la entrada y salida de clientes del bar Candanchú.

La calle empezó a robarme una hora de estudio en casa, una hora que yo recuperaba gracias al sencillo método de recortar el tiempo que tras la cena dedicaba a la lectura de grandes y apasionantes novelones. Hasta que llegó el día en que el hechizo del Paseo de San Luis fue tan grande que me robó el tiempo de la lectura. En otras palabras, el Paseo sustituyó a los novelones.

Ese día me atreví a regresar a casa a las diez, ni antes ni después, justo a la hora de la cena. Me había retenido en la calle un gran enigma. Una mujer que paseaba por delante del [...] cine Venus, seis pasos para allá y seis pasos para acá de la puerta del cine. En un principio, yo pensé que se trataba de alguien que esperaba a su novio o marido, pero al acercarme más a ella pude ver que, tanto por la ropa que llevaba como por la manera de abordar a todo el que pasaba, no podía ser más que una mendiga. Me dispuse a darle la única moneda que tenía, pero cuando llegó mi turno pasó junto a mí sin pedirme nada. Pensé que tal vez me había considerado un mequetrefe. Sin embargo, cinco pasos más adelante le pidió limosna a la pequeña Ruth, la hija del carnicero, y observé que lo hacía acompañándose de una frase dicha al oído y que debió [de] asustar mucho a la niña, porque ésta aceleró de inmediato el paso. Volví a pasar yo, y la mendiga volvió a actuar como si no me hubiera visto. Pasó a continuación un señor muy elegante, y la mendiga no le pidió nada, dejó simplemente que pasara. Pero cuando después pasó una señora, se abalanzó sobre ella y, pidiendo limosna con la palma de la mano bien abierta, le susurró al oído la frase que había hecho huir a la niña. También la señora pareció azorada y aceleró el paso. Pasó otro hombre, y también a éste le dejó que siguiera su camino, nada le dijo y nada le pidió, dejó simplemente que pasara. Pero, cuando poco después, pasó Ingrid, la profesora, le pidió limosna y le soltó al oído la misteriosa frase, y también la valerosa Ingrid aceleró el paso.

Llegué a la conclusión de que aquella mendiga sólo se dirigía a las mujeres. Pero ¿qué era lo que les decía y por qué sólo se lo decía a ellas? Aquel enigma me impidió, durante días, estudiar o refugiarme en la lectura de los grandes novelones. Puede decirse que fui convirtiéndome en alguien que, tras vagar por las calles, vagaba en su propia casa.

—Pero ¿qué haces últimamente tan ocioso? — me dijo, un día, mi madre, alarmada ante el cambio que estaba experimentando.

—El enigma —le dije, y cerré al instante la puerta de la cocina.

Al día siguiente, el viento de la bahía soplaba con más fuerza que de costumbre, y mucha gente había preferido refugiarse en sus casas. Yo, no. Yo amaba la calle, yo amaba la intemperie, como parecía también amarla la mendiga que, fiel a su costumbre, seguía allí frente al Venus, seis pasos para allá y seis pasos para acá de la puerta del cine

Aquel día sucedió algo nada habitual. Una de las mujeres a las que abordó se detuvo tranquilamente al oír la frase y dejó que la mendiga añadiera otras. Escuchó con paciencia y resignación. Después, le dio la limosna y siguió su camino tan tranquila como si nada hubiera sucedido.

Hay un momento en la adolescencia en que a uno se le ofrece la oportunidad de vencer para siempre la timidez. Yo entendí llegado ese momento y me acerqué a la mujer preguntándole qué clase de historia le había contado la mendiga.

—Nada —me dijo—. Un cuento diminuto.

Y dicho esto, como impulsada por una ráfaga de viento dobló una esquina y desapareció de mi vista. Al día siguiente no acudí a la escuela. A las seis de la tarde pasé por la puerta del Venus, disfrazado con ropas de mi madre. Blusa negra transparente, falda negra, botines negros y sombrero blanco de ala muy

ancha. Labios rojos muy pintados, una peca en la mejilla; los ojos, muy abiertos, redondos como faros. Para asegurarme de que sería detenido por la mendiga, llevaba yo un bolso en bandolera colgado de una larga correa, y en la mano izquierda, un gran paquete de comestibles, pero sin tarros ni latas, de modo que pesara poco. Llevaba panecillos, té, dos chuletas de cordero, una botella de vino blanco y un melón maduro. El viento de la bahía me parecía muy fresco y estimulante aquella tarde.

Cuando estuve ante la mujer, me miró con ojos fuera de órbita y se rio de una manera infinitamente estridente. Había oído hablar de la Locura, comprendí que estaba ante ella.

—Tengo todo el tiempo del mundo para contarte mi historia —me dijo ella.

Sentí un escalofrío. Dejé el bolso y el paquete de comestibles en la acera. Y ya no quise oír nada más, no quise oír un cuento diminuto de aquella mujer tan desocupada. Avancé lo más rápido que los botines me permitieron. Ahora sabía que había visto de frente, con la máxima claridad, el rostro de aquel mal que asolaba las calles de la ciudad y al que mis padres, en voz baja, llamaban el viento de la bahía, aquel viento que a tantos en la calle trastornaba.

Al llegar a casa, me cambié rápidamente de ropa. Merendé luego pausadamente, y a las siete en punto ya estaba estudiando. Supe que en los días siguientes volvería a estar muy ocupado y que estudiaría más que nunca, y que, tras las cenas, me entregaría con el fervor de antaño a los grandes novelones, aquellas historias colosales que me dejaban en las noches de invierno, desvelado. Y supe también que afuera, en el paseo, seguiría soplando con fuerza el viento, el viento de la bahía.

VILA-MATAS, Enrique: "El viento de la bahía", en *Relatos inquietantes*, Madrid, Popular, 1991, pp. 33-38.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1.- Resume en 5 ó 6 líneas el contenido del texto.
- 2.- Explica por qué "el Paseo sustituyó a los novelones" si él a esa hora se dedicaba a estudiar?
- 3.- Explica por qué crees tú que el cuento se titula "El viento de la bahía"
- 4.- Al final del texto el personaje se refugia en la lectura de novelones. Explica en unas líneas qué le lleva a eso, qué es lo que descubre para que tan repentinamente deje de interesarle el Paseo.
- 5.- En las siguientes frases, trata de sustituir lo subrayado por un sinónimo:
  - "Se había despertado en mí un gran interés."
  - "El sencillo método de recortar el tiempo."
  - ¿Qué haces tan ocioso?
  - "Me entregaría con el fervor de antaño."

6.- Indica el lexema y los morfemas de las siguientes palabras, y clasificalos. Después escribe otra palabra que comparta uno de ellos:

- novelones
- taquillera
- acompañándose

7.- Analiza morfológicamente las palabras subrayadas:

Por las tardes, hacia las siete; porque siempre sucedía algo; Pasó otro hombre y también a éste le dejó.

8.- En las siguientes frases, cambia el sujeto de número y haz las modificaciones necesarias para que las oraciones sean correctas:

- “Seguiría soplando con fuerza el viento, el viento de la bahía.”
- “Se había despertado en mí un gran interés por lo desconocido.”

9.- Sustituye por un pronombre lo subrayado y di qué función sintáctica tiene.

- “Y cerré al instante la puerta de la cocina”
- “Y me acerqué a la mujer”
- “El Paseo sustituyó a los novelones”
- “No podía ser más que una mendiga”

## MODELO Nº 20

### 1ª PARTE: DICTADO

Pensé que [el barco] se había hundido.  
Me sostuve a flote entre cajas de ropa, radios, neveras y [...] utensilios domésticos.  
No había nada en ese lugar que pareciera un naufragio.  
De pronto comencé a oír gritos cercanos.  
Me di cuenta de que no estaba solo en el mar.  
Mis compañeros se gritaban unos a otros, manteniéndose a flote.  
Entonces fue cuando vi la balsa.  
Ya dentro de la balsa, [...] vi a tres de mis compañeros [...], tratando de alcanzarla.  
Rápidamente agarré los remos y traté de acercarme a ellos.  
Creo que no logré hacerla avanzar un metro.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *Relato de un naufrago*, Barcelona, Tusquets, 2000, pp. 33, 34, 35 y 36.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### RELATO DE UN NÁUFRAGO

Agité la camisa desesperadamente, durante cinco minutos por lo menos. Pero pronto me di cuenta de que me había equivocado: el avión no venía hacia la balsa. Cuando vi crecer el punto negro me pareció que pasaría por encima de mi cabeza. Pero pasó muy distante, y a una altura desde la cual era imposible que me vieran. Luego dio una larga vuelta, tomó la dirección de regreso y empezó a perderse en el mismo lugar del cielo por donde había aparecido. De pie en la balsa, expuesto al sol ardiente, estuve mirando el punto negro, sin pensar en nada, hasta cuando se borró por completo en el horizonte. Entonces volví a sentarme. Me sentí desgraciado, pero como aún no había perdido la esperanza, decidí tomar precauciones para protegerme del sol. En primer término no debía exponer los pulmones a los rayos solares. Eran las doce del día. Llevaba exactamente 24 horas en la balsa. Me acosté de cara al cielo en la borda y me puse sobre el rostro la camisa húmeda. No traté de dormir porque sabía el peligro que me amenazaba si me quedaba dormido en la borda. Pensé en el avión: no estaba muy seguro de que me estuviera buscando. No me fue posible identificarlo.

Allí, acostado en la borda, sentí por primera vez la tortura de la sed. Al principio fue la saliva espesa y la sequedad en la garganta. Me provocó tomar agua del mar, pero sabía que me perjudicaba. Podría tomar un poco, más tarde. De pronto me olvidé de la sed. Allí mismo, sobre mi cabeza, más fuerte que el ruido de las olas, oí el ruido de otro avión.

Emocionado, me incorporé en la balsa. El avión se acercaba, por donde había llegado el otro, pero éste venía directamente hacia la balsa. En el instante en que pasó sobre mi cabeza volví a agitar la camisa. Pero iba demasiado alto. Pasó de largo; se fue; desapareció. Luego dio la vuelta y lo vi de perfil sobre el horizonte, volando en la dirección en que había llegado: "Ahora me están buscando", pensé. Y esperé en la borda, con la camisa en la mano, a que llegaran nuevos aviones.

Algo había sacado en claro de los aviones: aparecían y desaparecían por un mismo punto. Eso significaba que allí estaba la tierra. Ahora sabía hacia dónde debía dirigirme. ¿Pero cómo? Por mucho que la balsa hubiera avanzado durante la noche, debía estar aún muy lejos de la costa. Sabía en qué dirección encontrarla, pero ignoraba en absoluto cuánto tiempo debía remar, con aquel sol que empezaba a ampollarme la piel y con aquella hambre que me dolía en el estómago. Y sobre todo, con aquella sed. Cada vez me resultaba más difícil respirar.

A las doce y treinta y cinco, sin que yo hubiera advertido en qué momento, llegó un enorme avión negro, con pontones de acuatición, pasó bramando por encima de mi cabeza. El corazón me dio un salto. Lo vi perfectamente. El día era muy claro, de manera que pude ver nítidamente la cabeza de un hombre asomado a la cabina, examinando el mar con un par de binóculos negros. Pasó tan bajo, tan cerca de mí, que me pareció sentir en el rostro el fuerte aletazo de sus motores. Lo identifiqué perfectamente por las letras de sus alas: era un avión del servicio de guardacostas de la Zona del Canal.

Cuando se alejó trepidando hacia el interior del Caribe no dudé un solo instante de que el hombre de los binóculos me había visto agitar la camisa. "¡Me han descubierto!", grité, dichoso, todavía agitando la camisa. Loco de emoción, me puse a dar saltos en la balsa.

### ***¡Me habían visto!***

Antes de cinco minutos, el mismo avión negro volvió a pasar en la dirección contraria, a igual altura que la primera vez. Volaba inclinado sobre el ala izquierda y en la ventanilla de ese lado vi de nuevo, perfectamente, al hombre que examinaba el mar con los binóculos. Volví a agitar la camisa. Ahora no la agitaba desesperadamente. La agitaba con calma, no como si estuviera pidiendo auxilio, sino como lanzando un emocionado saludo de agradecimiento a mis descubridores.

A medida que avanzaba me pareció que iba perdiendo altura. Por un momento estuvo volando en línea recta, casi al nivel del agua. Pensé que estaba acuaticionando y me preparé a remar hacia el lugar en que descendiera. Pero un instante después volvió a tomar altura, dio la vuelta y pasó por tercera vez sobre mi cabeza. Entonces no agité la camisa con desesperación. Aguardé que estuviera exactamente sobre la balsa. Le hice una breve señal y esperé que pasara de nuevo, cada vez más bajo. Pero ocurrió todo lo contrario: tomó altura rápidamente y se perdió por donde había aparecido. Sin embargo, no tenía por qué preocuparme. Estaba seguro de que me habían visto. Era

imposible que no me hubieran visto, volando tan bajo y exactamente sobre la balsa. Tranquilo, despreocupado y feliz, me senté a esperar.

Esperé una hora. Había sacado una conclusión muy importante: el punto donde aparecieron los primeros aviones estaba sin duda sobre Cartagena. El punto por donde desapareció el avión negro estaba sobre Panamá. Calculé que remando en línea recta, desviándome un poco de la dirección de la brisa llegaría aproximadamente al balneario de Tolú. Ese era más o menos el punto intermedio entre los dos puntos por donde desaparecieron los aviones.

Había calculado que en una hora estarían rescatándome. Pero la hora pasó sin que nada ocurriera en el mar azul, limpio y perfectamente tranquilo. Pasaron dos horas más. Y otra y otra, durante las cuales no me moví un segundo de la borda. Estuve tenso, escrutando el horizonte sin pestañear. El sol empezó a descender a las cinco de la tarde. Aún no perdía las esperanzas, pero comencé a sentirme intranquilo. Estaba seguro de que me habían visto desde el avión negro, pero no me explicaba cómo había transcurrido tanto tiempo sin que vinieran a rescatarme. Sentía la garganta seca. Cada vez me resultaba más difícil respirar. Estaba distraído, mirando el horizonte, cuando, sin saber por qué, di un salto y caí en el centro de la balsa. Lentamente, como cazando una presa, la aleta de un tiburón se deslizaba a lo largo de la borda.

### ***Los tiburones llegan a las cinco***

Fue el primer animal que vi, casi treinta horas después de estar en la balsa. La aleta de un tiburón infunde terror porque uno conoce la voracidad de la fiera. Pero realmente nada parece más inofensivo que la aleta de un tiburón. No parece algo que formara parte de un animal, y menos de una fiera. Es verde y áspera, como la corteza de un árbol. Cuando la vi pasar orillando la borda, tuve la sensación de que tenía un sabor fresco y un poco amargo, como el de una corteza vegetal. Eran más de las cinco. El mar estaba sereno al atardecer. Otros tiburones se acercaron a la balsa, pacientemente, y estuvieron merodeando hasta cuando anocheció por completo. Ya no había luces, pero los sentía rondar en la oscuridad, rasgando la superficie tranquila con el filo de sus aletas.

Desde ese momento no volví a sentarme en la borda después de las cinco de la tarde.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *Relato de un naufrago*, Barcelona, Tusquets, 2000, pp. 51-54.

### **GLOSARIO DE TÉRMINOS:**

**Pontón:** patines de un hidroavión.

**Acuatizar:** posarse en el agua (dicho de un hidroavión).

**Binóculos:** instrumento óptico para ver objetos lejanos con lentes para ambos ojos.

**Trepidar:** temblar fuertemente.

**Escrutar:** examinar cuidadosamente.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Haz el resumen del texto en cinco o seis líneas.
2. Describe los distintos estados de ánimo por los que pasa el protagonista.
3. ¿Cuáles son los principales peligros que acechan al protagonista?
4. ¿En qué parte del mundo se encuentra el naufrago?
5. Explica con tus palabras las siguientes expresiones del texto:

“Me provocó tomar agua del mar”.  
“Me incorporé en la balsa”.  
“Examinaba el mar con los binóculos”.  
“Pensé que estaba acuatizando”.

6. Haz el análisis morfológico de las siguientes palabras:

guardacostas:  
rápidamente:

7. Di en qué persona, número, tiempo y modo verbal está narrado el texto en su mayor parte. Pon tres ejemplos.
- 8 Analiza sintácticamente la siguiente oración del texto:

“Agité la camisa desesperadamente, durante cinco minutos”.

9. Haz el análisis sintáctico de la siguiente frase:

“Lo vi perfectamente”.



## MODELO Nº 21

### 1ª PARTE: DICTADO

No le pediré su palabra de caballero de que todo lo que le voy a contar ha de permanecer en secreto, pero quisiera encarecerle la extrema confidencialidad de este encuentro. No recurro a usted en calidad de diplomático acreditado, sino en calidad de compatriota y de hombre capacitado para comprender la trascendencia del asunto. También quiero decirle –añadió tras cierto titubeo- que esta mañana no le mentí al decir que no participaba en ninguna transacción comercial. A decir verdad, fui llamado para mediar en una posible compraventa de cuadros, pero la operación se deshizo antes de empezar.

MENDOZA, Eduardo: *Riña de gatos*, Barcelona, Planeta, 2011, p. 101.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO Y DESPUÉS CONTESTE A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### EL CAMINO DE LAS LÁGRIMAS

Así empieza el camino de las lágrimas.

Así, conectándonos con lo doloroso.

Porque así es como se entra en este sendero, con este peso, con esta carga.

Y también con una creencia inevitable, aunque siempre engañosa, la supuesta conciencia de que no lo voy a soportar.

Aunque parezca increíble todos pensamos, al comenzar este camino, que es insoportable.

No es culpa nuestra, o por lo menos no es solamente nuestra culpa...

Hemos sido entrenados por los más influyentes de nuestros educadores para creer que somos básicamente incapaces de soportar el dolor de una pérdida, que nadie puede superar la muerte de un ser querido, que moriríamos si la persona amada nos deja y que no podríamos aguantar ni siquiera un momento el sufrimiento extremo de una pérdida importante, porque la tristeza es nefasta y destructiva...

Y nosotros vivimos así, condicionando nuestra vida con estos pensamientos.

Sin embargo, como casi siempre sucede, esta “creencias” aprendidas y transmitidas con nuestra educación son una compañía peligrosa y actúan la mayoría de las veces como grandes enemigos que empujan a costos mucho mayores que los que supuestamente evitan. En el caso del duelo, por ejemplo, llevarnos al enfermizo destino de extraviarnos de la ruta hacia nuestra liberación definitiva de lo que ya no está.

Hay una historia que dicen que es verídica.

Aparentemente sucedió en algún lugar de África.

Seis mineros trabajaban en un túnel muy profundo extrayendo minerales desde las entrañas de la tierra. De repente un derrumbe los dejó aislados del afuera sellando la salida del túnel. En silencio cada uno miró a los demás. De un vistazo calcularon su situación. Con su experiencia, se dieron cuenta rápidamente de que el gran problema sería el oxígeno. Si hacían todo bien les quedaban unas tres horas de aire, cuando mucho tres horas y media.

Mucha gente de afuera sabría que ellos estaban allí atrapados, pero un derrumbe como éste significaría **horadar** otra vez la mina para llegar a buscarlos, ¿podrían hacerlo ante de que se terminara el aire?

Los expertos mineros decidieron que debían ahorrar todo el oxígeno que pudieran.

Acordaron hacer el menor desgaste físico posible, apagaron las lámparas que llevaban y se tendieron en silencio en el piso.

Enmudecidos por la situación e inmóviles en la oscuridad era difícil calcular el paso del tiempo. **Incidentalmente** sólo uno de ellos tenía reloj. Hacia él iban todas las preguntas: ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Cuánto falta? ¿Y ahora?

El tiempo se estiraba, cada par de minutos parecía una hora, y la desesperación ante cada respuesta agravaba aún más la tensión. El jefe de mineros se dio cuenta de que si seguían así la ansiedad los haría respirar más rápidamente y esto los podía matar. Así que ordenó al que tenía el reloj que solamente él controlara el paso del tiempo. Nadie haría más preguntas, él avisaría a todos cada media hora.

Cumpliendo la orden, el del reloj controlaba su máquina. Y cuando la primera media hora pasó, él dijo “ha pasado media hora”. Hubo un murmullo entre ellos y una angustia que se sentía en el aire.

El hombre del reloj se dio cuenta de que, a medida que pasaba el tiempo, iba a ser cada vez más terrible comunicarles que el minuto final se acercaba. Sin consultar a nadie decidió que ellos no merecían morirse sufriendo. Así que la próxima vez que les informó la media hora, habían pasado en realidad 45 minutos.

No había manera de notar la diferencia así que nadie siquiera desconfió. Apoyado en el éxito del engaño la tercera información la dio casi una hora después. Dijo “pasó otra media hora”... Y los cinco creyeron que habían pasado encerrados, en total, una hora y media, y todos pensaron en cuán largo se les hacía el tiempo.

Así siguió el del reloj, a cada hora completa les informaba que había pasado media hora.

La cuadrilla apuraba la tarea de rescate, sabían en qué cámara estaban atrapados, y que sería difícil poder llegar antes de cuatro horas.

Llegaron a las cuatro horas y media. Lo más probable era encontrar a los seis mineros muertos.

Encontraron vivos a cinco de ellos.

Solamente uno había muerto de asfixia... el que tenía el reloj.

Esta es la fuerza que tienen las creencias en nuestras vidas.

Esto es lo que nuestros condicionamientos pueden llegar a hacer de nosotros.

Cada vez que construyamos la **certeza** de que algo irremediablemente siniestro va a pasar, no sabiendo cómo (o sabiéndolo) nos ocuparemos de producir, de buscar, de disparar o como mínimo de no impedir que algo (aunque sea un poco) de lo terrible y previsto efectivamente nos pase.

De paso (y como en el cuento) el mecanismo funciona también al revés:

Cuando creemos y confiamos en que de alguna forma se puede seguir adelante, nuestras posibilidades de avanzar se multiplican.

Claro que si la cuadrilla hubiera tardado doce horas, no hubiera habido pensamiento que salvara a los mineros. No digo que la actitud positiva por sí misma sea capaz de conjurar la fatalidad o de evitar las tragedias. Digo que las creencias autodesvalorizantes indudablemente condicionan la manera en la cual cada uno se enfrenta a las dificultades.

El cuento de los mineros debería obligarnos a pensar en esos condicionamientos. Y esto será lo primero que hay que aprender. Es imprescindible empezar por aquí porque uno de los más condicionantes y falsos mitos culturales que aprendimos con nuestra educación es justamente el de que no estamos preparados para el dolor ni para la pérdida.

Repetimos casi sin pensarlo:

*“No hubiera podido seguir si perdía aquello”*

*“No puedo seguir si no tengo esto”*

*“No podría seguir si no consigo lo otro”.*

Cuando hablo de los mecanismos generadores de nuestra dependencia, digo siempre que cuando yo tenía algunas horas o días de vida, era claro (aunque yo no lo supiera todavía) que no podía sobrevivir sin mi mamá o por lo menos sin alguien que me diera sus cuidados maternos. Mi mamá era por entonces literalmente imprescindible para mi existencia porque yo no podía vivir sin ella. Después de los tres meses de vida seguramente me hice más consciente de esa necesidad pero descubrí además a mi papá, y empecé a darme cuenta de que verdaderamente no podía vivir sin ellos. Algún tiempo después ya no eran mi papá y mi mamá, era MI familia, la fuente de donde “brotaba”, todo lo necesario, amor, compañía, juego, protección, regalos, valoración, consejo...

Mi familia incluía a mucha gente: incluía a mi hermano, algunos tíos y alguno de mis abuelos. Yo los amaba profundamente y sentía, me acuerdo de esto, que no podía vivir sin mi familia.

Después apareció la escuela, y con ella, mis maestros, la señorita Angeloz, el señor Almejún, la señorita Mariano y el señor Fernández, a quienes creí a su tiempo imprescindibles en mi vida. En la escuela República del Perú conocí también a mi primer amigo, el entrañable “Pocho” Valiente, de quien pensé en aquel momento que nunca, nunca, podría separarme.

Siguieron después mis amigos de colegio secundario, y por supuesto Rosita... Rosita, mi primera novia, sin la cual, por supuesto, yo SABÍA que no podría vivir. Y después el grupo de teatro, los amigos del billar, y la universidad, que encarnaban la carrera, el futuro, la profesión; yo pensaba, claro, que no podía vivir sin mi carrera.

Hasta que después de algunas novias también imprescindibles conocí a Perla.

Yo sentí inmediatamente lo que creía no haber sentido nunca antes: que no podía vivir sin ella.

Quizás por eso hicimos una familia sin la cual no sabría cómo vivir.

Y así, despacito y con tiempo, fui sumando ideas, descubriendo más imprescindibles, el hospital, mis pacientes, la dolencia, algunos amigos, el trabajo, la seguridad económica, el techo propio y aun después más personas, más situaciones y más hechos sin los cuales ni yo ni nadie en mi lugar podría razonablemente vivir.

BUCAY, Jorge: *El camino de las lágrimas*, Barcelona, Debolsillo, 2006, pp. 19-24.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Haga un resumen del texto.
2. ¿Cómo actúan las “creencias” que nos han sido transmitidas a la hora de superar trances difíciles en nuestra vida, como, por ejemplo, la pérdida de un ser querido?
3. ¿Cómo actúa “el hombre del reloj” para ayudar a sus compañeros?
4. ¿Por qué, finalmente, solo muere “el hombre del reloj”?
5. Diga el significado en el texto de las palabras *horadar*, *incidentalmente* y *certeza* que están destacadas **en negrita** y proponga un sinónimo para cada una.
6. ¿Cómo se han formado las palabras *incapaz e irremediablemente*?
7. ¿Qué tiempo y modo expresan las formas verbales *parezca*, *hemos sido entrenados* y *había muerto*?
8. Analice sintácticamente:
  - a) “En silencio cada uno miró a los demás”.
  - b) “Hacia él iban todas las preguntas”.
9. En las siguientes oraciones compuestas, identifique las proposiciones existentes e indique la relación que existe entre ellas:
  - a) “Hay una historia que dicen que es verídica”.
  - b) “Hubo un murmullo entre ellos y una angustia que se sentía en el aire”.

## MODELO Nº 22

### 1ª PARTE: DICTADO

Teníamos la misma edad pero (si el espejo no me engañaba) él parecía más viejo que yo. ¿Más viejo? No, no era eso. Era algo ¿cómo diré? algo misterioso. No sé explicarlo. Parecía ¡qué sé yo! que su cuerpo, consumido, desgastado, hubiera sobrevivido a varias vidas. Siempre lo vi flaco, nunca gordo; sin embargo, la suya era la flacura del gordo que ha perdido carnes. Más, más que eso. Era como si la pérdida de carnes le hubiera ocurrido varias veces y de tanto engordar y enflaquecer, de tanto meter carnes bajo la piel para luego sacarlas, su rostro hubiera acabado por deformarse. Todavía mantenía erguidas las orejas, prominente la nariz y firmes los colmillos, pero todo la demás se aflojaba y caía: las mejillas, la mandíbula, las arrugas, los pelos, las bolsas de las ojeras...

ANDERSON IMBERT, Enrique: "Licantropía", en *El telar del tiempo. El tamaño de las brujas*, Buenos Aires, Corregidor, 1986, p. 90.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### EL JARDÍN DE LAS DELICIAS

Nuestro invernadero estaba lleno de plantas preciosas, helechos, jacintos y palmeras de variedades increíblemente diversas, que mamá cuidaba y contemplaba mucho; y si el famoso Árbol de la Ciencia, corpulento en exceso, no se encontraba allí, teníamos en cambio un naranjo enano que, desde su orondo macetón, nos obsequiaba con frutas algo desabridas, cierto, pero no por eso menos codiciadas. "Esas naranjas son para mirarlas, hijitos; no para comerlas – nos decía mamá-. ¡Tan lindas como se las ve, asomadas por entre las hojas oscuras!..."

También los peces, en su enorme pecera redonda, eran -¡bobitos ellos!- no más que para mirarlos. Y hasta los canarios, con sus alas pajizas y los ojillos negros de cabeza de alfiler, eran más bien para la vista; cuando se ponían a cantar como locos, a mamá terminaba por darle jaqueca. "Mamá, los pájaros del biombo me gustan más, porque, ¿sabes?, esos no cantan", le decía yo entonces, angustiado.... En el invernadero había un biombo de laca con un mandarín y muchísimos pájaros, volando, posándose, parados en las ramas de árboles extraños. "Sí, pero, tampoco se mueven –me respondía ella-. ¿Tú ves? ¡Siempre igual!" Y se quedaba mirando al biombo.

Detrás del biombo es donde ella guardaba sus avíos de pintura, el caballete, la paleta, el estuche de los colores y los pinceles. Mamá sabía pintar muy bien. Cuando tenía gana, por las mañanas casi siempre, se ponía a pintar y copiaba admirablemente alguna maceta, unas flores; todo lo copiaba admirablemente. Para nosotros, verla pintar era una fiesta. Entraba con su *matinée* de lazos y encajes. Se demoraba entre las plantas, cortaba un tallo

seco, unas hojas mustias. Luego, terminado el desayuno –pues el desayuno, café o chocolate, nos lo servían en el invernadero-, a veces empezaba a sacar los pinceles, preparaba las demás cosas, elegía sitio; y nosotros nos instalábamos, cada uno a un lado, para verla pintar. “¿Qué vas a pintar, mamá?” “Ahora veremos, contestaba. O no contestaba nada. Nosotros la mirábamos extasiados, impacientes; y pronto, ay, aburridos; pues nuestra impaciencia sufría mal el lento progreso de su mano calmosa. “Bueno, bueno, a jugar. Ahora a jugar en los patios. Los niños, a jugar, pues si no, mamá se pone nerviosa, y no sigue pintando”. Vanas eran las protestas; teníamos que irnos.

Un día, en nuestras correrías por los patios, encontré una tablita de madera fina, muy bien pulimentada; y claro está, me apoderé de ella. ¿Para qué podrá servir? me preguntaba. “¿Para qué crees tú que servirá?” le preguntaba a Quique. Además de linda, la tablita era mágica: no tenía uso conocido... De repente, se me ocurrió una idea. “Mira, mamá, lo que he encontrado; mira qué tablilla tan bonita. ¿Para qué será esto? Tan bien recortada, y tan lisa”. Mamá, distraída y un poco perpleja, pero sobre todo distraída, le daba vueltas a la maderita entre sus dedos enguantados de blanco. Iba a salir, el coche esperaba a la puerta. Y yo, que espiaba su cara a través del velo, bajo el sombrero grande traspasado de agujones, me atreví por fin: “Oye, mamá, ¿no crees tú que podrías pintarme aquí, en esta tablita, alguna cosa para mí?” “Ya veremos”, respondió ella devolviéndomela. Siempre decía: “Veremos.” Escuché esta palabra como una promesa. Y apenas oímos que el coche arrancaba, Quique y yo subimos al invernadero para cavilar sobre qué podríamos pedirle a mamá que pintara en aquella tablita preciosa.

El día siguiente, a la hora del desayuno, lo primero que hice fue preguntárselo, poniéndola en sus manos. La examinó con atención, como si nunca la hubiera visto antes, mientras yo temblaba de que pudiera rechazarla. “¿Verdad que es muy a propósito?” “Bueno, ya veremos lo que puede hacerse.” “Pero... hoy, mamá; hoy mismo, mamita querida; ahora.” Ella sonrió. “Vamos a ver, monigote: ¿qué es lo que tú querrías que te pintara aquí?” Mi respuesta estaba preparada: “Un pájaro”. “¿Un pájaro?, ¿qué pájaro?” “Éste”, grité yo saltando de alegría para señalar a uno de los que poblaban el biombo chino: un gorrión. “Y yo –dijo entonces Quique- también voy a buscar una tabla para que me pintes otro pajarito a mí.”

Con mucho esmero, sujetó mamá el trozo de madera sobre un cartón, colocó el cartón en el caballete, y en seguida embadurnó de pintura blanca la tablita, explicándome que ésa era la imprimación, necesaria para impedir que luego se reseque el óleo. De vez en cuando, mamá condescendía a estos detalles “técnicos”. Por supuesto –añadió- que hasta mañana no se podía empezar a poner colores sobre el fondo blanco...

Yo no sé la de veces que debí de subir durante la tarde para echarle una ojeada a la maderita, con el temor de que todavía a la mañana siguiente pudiera parecerle a mamá que la pintura blanca no estaba lo bastante seca. Esa fue mi preocupación durante el día entero; y la de Quique, buscar por toda la casa una tablilla igual a la mía, o parecida, para que mamá le pintara otro pájaro. Igual que la mía, no iba a encontrarla: sólo pudo dar con una caja vacía de cigarros habanos. Le quitó la tapa, sacó meticulosamente los clavitos, y luego la puso en remojo para despegarle la etiqueta. Así llegamos a la mañana siguiente.

Cuando, reunidos por fin de nuevo a la hora del desayuno, le mostró a mamá la delgada lámina de oloroso cedro, ella le respondió lo que yo ya sabía: que esa madera era demasiado esponjosa, además de quebradiza; que buscara otra mejor, pues esa chuparía la pintura, quedándose quizás abarquillada....

Terminamos con nuestro café. Mamá se instaló en seguida frente al biombo y, en medio de nuestra expectación, dio comienzo a su obra.

Yo estaba seguro de que mamá sería capaz de copiar muy bien aquel gorrión tan gracioso, que parecía dispuesto a dar uno de sus saltitos; pero, seguro y todo, la observaba con ansiedad. Quería animarla, aprobar cada nueva pincelada; sin embargo, sólo cuando llevaba ya más de una hora trabajando pude hacerlo con sincera convicción. A partir de ahí, sí; después que dio por terminada la que llamaba ella “mancha”, mi entusiasmo fue creciendo hasta lo indecible. Apenas podía creer a mis ojos. En comparación con el pájaro que iba adquiriendo vida en la tablilla, el modelo del biombo parecía anodino, convencional, frío. Los colores del biombo eran brillantes; brillantes, pero fríos; los que el pincel iba poniendo en mi tablita eran cálidos como el cuerpecillo mismo del ave. “¡Mamá, qué maravilla! ¡Mucho más bonito que el modelo; muchísimo más!” Tuve ganas de besarle la mano, pero no me atreví a interrumpir su trabajo milagroso. “¿Te gusta?” “Mucho, muchísimo; pero dime una cosa, mamá: cuando la pintura se seque, ¿no perderá ese brillo?”. Era mi miedo. Yo había notado el día antes que la base de pintura blanca, tan reluciente al principio, se había ido poniendo mate conforme se secaba. Me tranquilizó ella: “Verás tú: daremos una mano de barniz cuando esté terminado, y así conservará siempre el brillo”.

¡Qué lleno de felicidad me sentía! Colmado de felicidad. ¿Cómo podría decirlo?: perfecta y absolutamente feliz. Estaba deseando verlo concluido; una felicidad tan grande llegaba a abrumarme, y las emociones alegres no fatigan menos que las penas. Aquella noche debí de caer en la cama como un plomo. Cuando a la otra mañana me acordé y corrí al invernadero, ya estaban allí mamá y Quique tomando el desayuno. “¿Por qué no me has despertado?”, reproché a Quique. Y antes de sentarme a la mesa me acerqué a echarle una mirada a mi pajarito.

“¿Qué te pasa?, ¿qué te pasa, hijo mío?, me gritó mamá, demudada, a la vez que se precipitaba hacia mí. No sabré decir si es que yo, antes, había proferido algún grito; pero ahora no podía hablar: estaba como estupefacto. Mamá echó una mirada al caballete, y pudo ver entonces lo que yo había visto: una raya, marcada con un clavo o punzón, recorría desde lo alto de la tablilla el cuerpo de mi pájaro. “Pero ¿quién puede haber hecho esto?”, exclamó con la voz alterada. Entonces, yo empecé a sollozar: “Mamá, mamá, mamá, mamá.” Los sollozos me ahogaban. Ella, con un tono tan apagado ahora, tan desolado, que me extrañó en medio de mi aflicción: “Mira, hijito –me dijo-, esto no es nada, ¿sabes? Esto se arregla en seguida, yo lo arreglo en seguida, vas a ver.” “Pero ya nunca será igual, mamá; ya nunca será igual.” “Sí, tonto; sí. Quedará igual que antes. Exactamente igual”, insistía. Yo me daba cuenta de que eso era para consolarme; que no, que ya no podía quedar como antes.

¿Quedó como antes? Es curioso que no consigo acordarme de nada más relacionado con la tablita: lo que ocurrió luego, a dónde fue a parar. Supongo yo que de repente perdí interés en ella. Tampoco mi madre siguió pintando.

Vinieron otros hijos, niños y niñas; nuevas obligaciones. Y de ahí en adelante ya nunca volvió a tener holgura ni gusto para ese agradable pasatiempo.

AYALA, Francisco: *El jardín de las delicias*, Barcelona, Seix Barral, 1973, pp. 79-83.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

1.- Resume en 6 ó 7 líneas el contenido del texto.

2.- ¿Qué puede hacer sospechar que haya sido Quique el que ha estropeado la tablita a medio pintar?

3.- ¿Cuántos días transcurren desde que el niño encuentra la tablita hasta que se la estropean?

4.- ¿Cuáles son las razones por las que la madre deja de dedicarse a la pintura?

5.- Explica con tus palabras el significado de:

- Dedos enguantados de blanco:
- Quedándose abarquillada:
- Sacó meticulosamente:

6.- Analiza las formas verbales que aparecen subrayadas. En el análisis se debe incluir persona, número, tiempo, modo, voz y verbo en infinitivo.

“Me tranquilizó ella: “Verás tú: daremos una mano de barniz cuando esté terminado, y así conservará siempre el brillo”.

7.- Analiza morfológicamente las palabras subrayadas:

- Un poco perpleja:
- Sabía pintar muy bien:
- No se encontraba allí:

8. Analiza sintácticamente los pronombres enclíticos:

Preguntárselo:

-  
-

Mirarlas:

-

9. Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“Sujetó mamá el trozo de madera sobre un cartón”.



## MODELO Nº 23

### 1ª PARTE: DICTADO

El domingo, muy temprano, cogimos el tren de Lugo. Yo iba más que nervioso, en las nubes, como si todavía no hubiese despertado y el tren fuese una cama voladora. Todos me trataban como un hombre, como un colega, pero tenía la sensación de que por la noche había encogido, de que había encogido de la cabeza a los pies, y que todo en mí disminuía, incluso el hilo de voz, al tiempo que se agrandaba lo de fuera. Por ejemplo, las manos de Macías, enormes y pesadas como azadas. Miraba las mías y lo que veía eran las de mi hermana pequeña envolviendo una espiga de maíz como un bebé. ¡Dios! ¿Quién iba a poder con el saxo? Quizás la culpa de todo la tenía aquel traje prestado que me quedaba largo. Me escurría en él como un caracol.

RIVAS, Manuel: “*Un saxo en la niebla*”, en: *¿Qué me quieres, amor?* Madrid, Punto de Lectura, 2006, p. 43.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### CORDELUNA

Habían acampado en un otero redondo, junto al río Jalón, en las proximidades de Alcocer, y el Cid, como empezaban a llamarlo ya tanto moros como cristianos, había mandado montar un campamento estable, con grandes tiendas sólidas, un buen foso de protección contra los ataques enemigos y una herrería de campaña para poder reparar de inmediato las herraduras de los caballos de batalla y mantener todas las armas en perfecto estado. Con ese despliegue y las frecuentes correrías que ordenaba por las tierras cercanas, don Rodrigo había atemorizado a los moros de la comarca hasta el punto en que ya habían decidido pagarle tributo a cambio de mantener la paz y, hacía apenas un mes, valiéndose de un engaño, había conseguido entrar en Alcocer e instalar a sus huéspedes en la ciudad.

Al hacerlo, había desafiado el poder del rey moro de Valencia, que había levantado un ejército de casi tres mil hombres para aplastar el orgullo del Campeador; un poderoso ejército que, comandado por los dos mejores generales moros — Galve y Fariz — se había instalado frente a Alcocer con la intención de sitiar la plaza hasta que el Cid se les rindiera.

Entre los hombres se rumoreaba que la meta final del Cid era ir sometiendo poco a poco todas las plazas que se encontraban en el largo camino hasta Valencia para acabar precisamente allí, junto al mar, conquistar la gran ciudad, invencible hasta el momento, y con ello hallarse en una posición lo bastante fuerte como para pedir el perdón del rey, el restablecimiento de las relaciones de vasallaje y la licencia para que su mujer y sus hijas pudieran reunirse con él. Un plan muy atrevido que costaría años de lucha y sacrificios, pero que podía convertir en hombres ricos y poderosos a todos los que habían tenido que

abandonar el reino de don Alfonso como pobres desterrados, sin fortuna y sin honra.

Pero para lograr este sueño, primero tendrían que derrotar al ejército que los sitiaba y que había desviado el río tres semanas atrás con el objeto de que los cristianos de Alcocer tuvieran que rendirse por falta de agua.

Entrada ya la cuarta semana, don Rodrigo reunió a sus guerreros en concejo para pedirles su parecer sobre la situación.

Ya se había puesto el sol cuando los caballeros fueron entrando en la sala mayor del alcázar donde habían sido dispuestas dos docenas de teas encendidas y largas mesas con panes de centeno, guisado de carnero y abundantes jarras del fuerte vino de la región. En la chimenea del fondo rugía un buen fuego, las ventanas habían sido cubiertas con pieles de oveja y todos los moros y moras que servían las mesas fueron echados del salón para que no pudieran enterarse de las deliberaciones de los cristianos.

— Caballeros — los saludó don Rodrigo con voz firme y cálida —, todos sabéis en qué situación nos encontramos: gracias al Dios de los cielos y con el esfuerzo de nuestro brazo hemos ganado esta plaza, así como muchos haberes, dineros y caballos. No obstante, el invierno se acerca, el enemigo nos tiene sitiados, se nos acaban las viandas y casi no tenemos agua. Si fuéramos menos, podríamos intentar escapar durante la noche. Si fuéramos más, podríamos salir al campo y presentar batalla, pero hay tres moros por cada cristiano. Decidme, mis caballeros, ¿qué deseáis hacer?

Minaya Álvar Fáñez, el brazo derecho del Cid, se puso en pie y solicitó ser el primero en hablar.

— Tú mismo lo has dicho, mi señor. No podemos elegir. No es posible regresar a Castilla, no podemos quedarnos aquí detrás de estas endeble murallas esperando el momento en que nuestra propia debilidad nos lleve a una rendición absurda y deshonrosa. Tenemos seiscientos caballeros y otros tantos peones. Yo digo que, si ellos son más, nosotros somos mejores. ¡Salgamos al campo al alba, en el nombre de Dios, presentemos batalla!

Todos los guerreros empezaron a golpear la mesa con el mango de sus dagas y cuchillos en señal de aprobación hasta que, a una señal del Cid, callaron de nuevo para oír sus palabras.

— Calienta el corazón oírte hablar así, Minaya. No esperaba menos de ti ni de todos vosotros. Si, como parece, estamos todos de acuerdo, mañana haremos los preparativos para la salida. Pasado, al rayar el alba, dejaremos dos peones para cerrar las puertas de la ciudad y saldremos todos de Alcocer. Si vencemos, regresaremos con gran botín y gran honra. Si, Dios no lo quiera, somos derrotados y muertos, ya nos entrarán.

Un coro de vítores acompañó las palabras del Campeador.

La noche siguiente al concejo, cuando todo en el castillo había quedado listo para la salida contra las huestes de Galve y Fariz, Sancho y Laín se tumbaron al aire libre en el patio del alcázar junto a una fogata. Las noches eran cada vez más frías, pero habían cenado bien, les quedaba aún un pellejo de vino y preferían estar bajo las estrellas antes que echarse a dormir en una de las atestadas salas del castillo respirando el sudor y las ventosidades de cien hombres de armas, oyendo los ronquidos, los rezos y los suspiros de los camaradas. Ellos eran aún jóvenes, tenían poca experiencia de combate y se

sentían felices, fuertes, deseando entrar en acción. Charlaron un rato sobre sus familias, intercambiaron relatos de viajes mientras se pasaban el vino, y luego se envolvieron en el manto y se dispusieron a dormir. A su alrededor, otros guerreros roncaban ya y en las murallas los guardias patrullaban, velando por la seguridad de los durmientes.

Con la luna ya alta en el cielo, Sancho sintió que alguien lo zarandeaba por el hombro y se sentó de inmediato, con todos los sentidos alerta. Era Laín.

— Sancho, tienes que ver esto. Yo no me he atrevido a tocarla.

Siguió la mirada de su amigo y lo que vio lo dejó de piedra: enfundada en su vaina de cordobán, Cordeluna relucía con un suave brillo azulado, como si estuviera hecha de luciérnagas del bosque. La fogata se había consumido y, en la casi completa oscuridad del inmenso patio de armas, el fulgor era blanco y frío, como si la luna hubiera bajado a la tierra.

Ambos se persignaron sin saber qué decir.

— ¿De dónde has sacado esa espada? — preguntó por fin Laín en un susurro.

— Me la dio mi padre. Un antepasado nuestro se la ganó a un moro en batalla. Yo ya sabía que era especial, aunque esto...

— Esto parece cosa del diablo, amigo. ¿Ha sido bendecida?

Sancho asintió.

— Quizá sea una espada mágica. Los juglares cuentan cosas así en las leyendas que recitan. ¿Tú no has notado nada al empuñarla?

Sancho recordó lo que había sentido aquella mañana en que tomó a Cordeluna en la diestra: el flujo de fuerza, de puro poder que recorrió su cuerpo; la sensación de que aquella espada estaba hecha para él, que lo reconocía, que lo aceptaba. Pero no podía decirle eso a Laín. Lo habría tomado por loco o por hereje. De modo que negó con la cabeza.

El brillo de Cordeluna era cada vez más intenso, más claro, y cuando las nubes ocultaban el astro de la noche, su fulgor bastaba para que las losas de piedra de su alrededor y los bultos dormidos de los guerreros quedaran iluminados.

— Es casi como si...— comenzó Laín, mientras su mano derecha se cerraba sobre la cruz que pendía de su cuello —. Que Dios me perdone, Sancho, pero es como si te estuviera llamando, como si quisiera que la desenvaines. ¿No lo notas?

Por supuesto que lo notaba. Lo notaba en cada fibra de su cuerpo. La luminosidad perlada se iba extendiendo hacia él, y sus manos, sin concurso de su voluntad, se tendían hacia la espada que lo reclamaba como suyo.

Se levantó sin dejar de mirarla, se acuclilló a su lado y, con manos firmes, desenvainó lentamente la espada. Al quedar fuera de la vaina, toda la hoja brilló un instante con un relámpago violeta que hizo que los caballos se removieran, inquietos; luego, poco a poco, se fue apagando hasta que no quedó más que el suave fulgor de las tres piedras de la empuñadura, que también acabó por desaparecer, igual que el hormigueo de los brazos y su espalda.

— Usa ese fuego frío mañana en la batalla, hermano — susurró Laín —. No dejes que te consuma a ti.

BARCELÓ, Elia: *Cordeluna*, Barcelona, Edebé, 2007, pp.57-62.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Realiza un resumen del texto, expresándote con tus propias palabras (10 líneas como máximo)
2. Según los rumores, ¿cuál era realmente el objetivo del Cid al conquistar tantas ciudades?
3. ¿Qué gran decisión toma el Cid junto con sus hombres la noche en que ocurren los hechos?
4. ¿Qué es Cordeluna? ¿Qué hay de mágico en ella? Explica estas cuestiones de forma unitaria, poniéndolas en relación con el personaje de Sancho.
5. Escribe cinco palabras que pertenezcan al campo semántico de la *guerra*. Debe haber al menos un verbo entre ellas.
6. Indica el tipo de palabra al que pertenecen las siguientes, atendiendo a su estructura, es decir, a sus formantes. Debes realizar, para ello, el análisis correspondiente.
  - invencible
  - poderoso
  - herrería
  - orgullo
  - deshonrosa
7. Realiza el análisis morfológico completo de las palabras que se encuentran subrayadas en este fragmento del texto:

“La fogata se había consumido y, en la casi completa oscuridad del inmenso patio de armas, el fulgor era blanco y frío, como si la luna hubiera bajado a la tierra.

Ambos se persignaron sin saber qué decir.

—¿De dónde has sacado esa espada? — preguntó por fin Laín en un susurro.

—Me la dio mi padre. Un antepasado nuestro se la ganó a un moro en batalla. Yo ya sabía que era especial, aunque esto...

—Esto parece cosa del diablo, amigo. ¿Ha sido bendecida?”

La:

qué:

has sacado:

espada:

la:

8. Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“Charlaron un rato sobre sus familias”.

9. Indica qué función sintáctica tienen los dos sintagmas subrayados en esta oración: Me gustan los coches de carreras.

Me: \_\_\_\_\_

Los coches de carreras: \_\_\_\_\_

## MODELO Nº 24

### 1ª PARTE: DICTADO

¿Cómo sabe el cuervo tantas historias? Acaso porque es longevo, acaso porque sus fuertes alas le consienten largos viajes... Dicen que en algún tiempo tuvieron sus plumas brillantes colores y que los fue abandonando al descubrir lo efímero de las vanidades y la puntería de las armas de caza. Por ser sabio siente esa inclinación de los sabios hacia los trajes negros. Los hombres lo encuentran inquietante y enigmático. Él conoce a los hombres mejor que los hombres a él. Y también a los demás seres. Si alguno pudiera compararsele, sería el búho. Pero tampoco. El búho es un filósofo y el cuervo es, más bien, un historiador.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: *El bosque animado*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1990, p. 217.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### NADA

No sé a qué fueron debidas aquellas fiebres, que pasaron como una ventolera dolorosa, removiendo los rincones de mi espíritu, pero barriendo también sus nubes negras. El caso es que desaparecieron antes de que nadie hubiera pensado en llamar al médico y que al cesar me dejaron una extraña y débil sensación de bienestar. El primer día que pude levantarme tuve la impresión de que al tirar la manta hacia los pies quitaba también de sobre mí aquel ambiente opresivo que me anulaba desde mi llegada a la casa.

Angustias, examinando mis zapatos, cuyo cuero arrugado como una cara expresiva delataba su vejez, señaló las suelas rotas que rezumaban humedad y dijo que yo había cogido un enfriamiento por llevar los pies mojados.

-Además, hija mía, cuando se es pobre y se tiene que vivir a costa de la caridad de los parientes, es necesario cuidar más las prendas personales. Tienes que andar menos y pisar con más cuidado... No me mires así, porque te advierto que sé perfectamente lo que haces cuando yo estoy en mi oficina. Sé que te vas a la calle y vuelves antes de que yo llegue, para que no pueda pillarte. ¿Se puede saber adónde vas?

-Pues a ningún sitio concreto. Me gusta ver las calles. Ver la ciudad...

-Pero te gusta ir sola, hija mía, como si fueras un golfo. Expuesta a las impertinencias de los hombres. ¿Es que eres una criada, acaso?... A tu edad, a mí no me dejaban salir sola ni a la puerta de la calle. Te advierto que comprendo que es necesario que vayas y vengas de la Universidad..., pero de eso a andar por ahí suelta como un perro vagabundo... Cuando estés sola en el mundo, haz lo que quieras. Pero ahora tienes una familia, un hogar y un nombre. Ya sabía yo que tu prima del pueblo no podía haberte inculcado buenos hábitos. Tu padre era un hombre extraño... No es que tu prima no sea una excelente persona, pero le

falta refinamiento. A pesar de todo, espero que no irías a corretear por las calles del pueblo.

-No.

-Pues aquí mucho menos. ¿Me has oído?

Yo no insistí, ¿qué podía decirle?

De pronto se volvió, espeluznada, cuando ya se iba.

-Espero que no habrás bajado hacia el puerto por las Ramblas.

-¿Por qué no?

-Hija mía, hay unas calles en las que si una señorita se metiera alguna vez, perdería para siempre su reputación. Me refiero al barrio chino... Tú no sabes dónde comienza...

-Sí, sé perfectamente. En el barrio chino no he entrado... pero ¿qué hay allí?

Angustias me miró furiosa.

-Perdidas, ladrones y el brillo del demonio, eso hay.

(Y yo, en aquel momento, me imaginé el barrio chino iluminado por una chispa de belleza).

El momento de mi lucha contra Angustias se acercaba cada vez más, como una tempestad inevitable. A la primera conversación que tuve con ella, supe que nunca íbamos a entendernos. Luego, la sorpresa y la tristeza de mis primeras impresiones habían dado una gran ventaja a mi tía. "Pero –pensé yo, excitada, después de esta conversación- este período se acaba." Me vi entrar en una vida nueva, en la que dispondría libremente de mis horas y sonreí a Angustias con sorna.

Cuando volví a reanudar las clases en la Universidad, me parecía fermentar interiormente de impresiones acumuladas. Por primera vez en mi vida me encontré siendo expansiva y anudando amistades. Sin mucho esfuerzo conseguí relacionarme con un grupo de muchachas y muchachos compañeros de clase. La verdad es que me llevaba a ellos un afán indefinible que ahora puedo concretar como un instinto de defensa: sólo aquellos seres de mi misma generación y de mis mismos gustos podían respaldarme y ampararme contra el mundo un poco fantasmal de las personas maduras. Y verdaderamente, creo que yo en aquel tiempo necesitaba este apoyo.

Comprendí enseguida que con los muchachos era imposible el tono misterioso y reticente de las confidencias, al que las chicas suelen ser aficionadas, el encanto de desmenuzar el alma, el roce de la sensibilidad almacenado durante años... En mis relaciones con la pandilla de la Universidad me encontré hundida en un cúmulo de discusiones sobre problemas generales en los que no había soñado antes siquiera y me sentía descentrada y contenta al mismo tiempo.

Pons, el más joven de mi grupo, me dijo un día:

-Antes, ¿cómo podías vivir, siempre huyendo de hablar con la gente? Te advierto que nos resultabas bastante cómica. Ena se reía de ti con mucha gracia. Decía que eras ridícula, ¿qué te pasaba?

Me encogí de hombros una poco dolida, porque de toda la juventud que yo conocía, Ena era mi preferida.

Aun en los tiempos en los que no pensaba ser su amiga, yo le tenía simpatía a aquella muchacha y estaba segura de ser correspondida. Ella se

había acercado algunas veces para hablarme cortésmente con cualquier pretexto. El primer día de curso me había preguntado que si yo era pariente de un violinista célebre. Recuerdo que la pregunta me pareció absurda y me hizo reír.

No era yo solamente quien sentía preferencia por Ena. Ella constituía algo así como un centro atractivo en nuestras conversaciones, que presidía muchas veces. Su malicia y su inteligencia eran proverbiales. Yo estaba segura de que si alguna vez me había tomado como blanco de sus burlas, realmente debería haber sido yo el hazmerreír de todo nuestro curso.

La miré desde lejos, con cierto rencor. Ena tenía una agradable y sensual cara, en la que relucían unos ojos terribles. Era un poco fascinante aquel contraste entre sus gestos suaves, el aspecto juvenil de su cuerpo y de su cabello rubio, con la mirada verdosa cargada de brillo y de ironía que tenían sus grandes ojos.

Mientras yo hablaba con Pons, ella me saludó con la mano. Luego vino a buscarme atravesando los grupos bulliciosos que esperaban en el patio de Letras la hora de clase. Cuando llegó a mi lado, tenía las mejillas encarnadas y parecía de un humor excelente.

-Déjanos solas, Pons, ¿quieres?

-Con Pons, -me dijo cuando vio la delgada figura del muchacho que se alejaba- hay que tener cuidado. Es de esas personas que se ofenden en seguida. Ahora mismo cree que le he hecho un agravio al pedirle que nos deje... pero tengo que hablarte.

Yo estaba pensando que hacía solo unos minutos también me había sentido herida por burlas tuyas de las que hasta entonces no tenía la menor idea. Pero ahora estaba ganada por su profunda simpatía.

Me gustaba pasear con ella por los claustros de piedra de la Universidad y escuchar su charla pensando en que algún día yo habría de contarle aquella vida oscura de mi casa, que en el momento en que pasaba a ser tema de discusión, empezaba a aparecer ante mis ojos cargada de romanticismo. Me parecía que a Ena le interesaría mucho y que entendería aún mejor que yo sus problemas. Hasta entonces, sin embargo, no le había dicho nada de mi vida. Me iba haciendo amiga suya gracias a este deseo de hablar que me había entrado, pero hablar y fantasear eran cosas que siempre me habían resultado difíciles, y prefería escuchar su charla, con una sensación como de espera, que me desalentaba y me parecía interesante al mismo tiempo.

LAFORET, Carmen: *Nada*, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 2006, pp. 111-115.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

1. Resume con tus palabras el contenido del texto en seis o siete líneas.
2. ¿Qué le dice Angustias a la narradora sobre el cuidado de las prendas personales?
3. ¿Cómo reacciona la narradora ante las palabras de su tía Angustias?



4. ¿Qué supone para la muchacha que habla retomar las clases de la Universidad?

5. Explica qué significan en el texto las siguientes expresiones:

“Pasaron como una ventolera”:

“Aquel ambiente opresivo”:

“Zapatos, cuyo cuero arrugado como una cara expresiva”:

“El encanto de desmenuzar el alma”:

6. Analiza morfológicamente las palabras de la siguiente oración:

“El momento de mi lucha contra Angustias se acercaba cada vez más”.

7. Analiza (persona, número, tiempo, modo, aspecto y voz) las siguientes formas verbales:

Interesaría:

Había dicho:

Hablar:

He hecho:

8. Analiza sintácticamente la siguiente oración:

La sorpresa de mis primeras impresiones había dado ventaja a mi tía.

9. Explica qué función desempeñan las palabras subrayadas de la siguiente oración:

“Yo le tenía simpatía a aquella muchacha y estaba segura de ser correspondida”.

## MODELO Nº 25

### 1ª PARTE: DICTADO

Desvariaba el abuelo. Pero hablando, hablando le resucitaron los ojos y se le puso una voz sin temblores. La muerte no le puede coger desprevenido a alguien que está hablando. El abuelo contó aquella noche, enredadas, todas sus historias de América, de la abuela Rosa, de gentes distintas cuyos nombres equivocaba y cuyas anécdotas cambiaban de sujeto, historias desvaídas de juventud. Era todo confuso, quizá más que ninguna vez de las que habían hablado de lo mismo, pero en cambio, nunca le había llegado a Alina tan viva y estremecedora como ahora la desesperación del abuelo por no poder moverse ya más.

MARTÍN GAITE, Carmen; “Las ataduras”, en *Todos los cuentos*, Barcelona, Destino, 1994, p. 265.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### **CÓMO SE FUE MIGUELA**

Miguela era su compañía. Lo mismo le daba que cantase o que contase relatos maravillosos. Estaban tan unidos que todo el mundo esperaba el matrimonio si de mayores no acontecían grandes cambios.

Los tratos quedaron hechos antes de partir para el servicio. Ella tenía por su madre una casita en la playa, de un solo cuarto y cocina; él, un campo para maíz y viñedo. Quedaron en que ella labraría el campo durante la ausencia de él, y con lo que diese y con lo que Chuco pudiese ahorrar en la Armada, comprarían el ajuar.

Chuco vino tres veces, una por año, vestido de azul, limpio y reluciente, y más pulido. Siempre traía consigo el acordeón, y sus historias marineras se acrecentaban cada año con lo escuchado en los barcos de guerra. También aprendió a leer y escribir, y en el último permiso anunció que pensaba examinarse para patrón de pesca. Así lo hizo cuando le dieron “el canuto”.

Se casaron el día de la Virgen; fue la boda sencilla, con Antonia la Galana y el viejo Cabeiro por padrinos, como era natural. Después de casados fueron a la fiesta de la Virgen como a la de sus bodas, y luego, a su casa.

Se cuenta que tardaron mucho en acostarse; hay quien los vio a media noche asomados a la ventana, en silencio, mirando al mar. Y les dijeron que una noche de novios no era para aquellas contemplaciones; pero no respondieron.

El viejo Cabeiro al saberlo hizo comentarios pesimistas.

—Al padre le gustaba demasiado la mar, y allá quedó. Me temo que también se lleve al hijo.

Un día, al atardecer, esperó a Chuco a la vuelta de la pesca, y le habló seriamente:

—Mira, ahora no eres solo. Tienes mujer y vas a tener un hijo. ¿Por qué no dejas los barcos y te acomodas a un oficio de tierra?

Enumeró tres o cuatro posibilidades, y hasta medio le prometió un par de miles de reales para abrir una taberna.

Pero a Chuco no le cabía en la cabeza que pudiera haber otra cosa para él que la pesca y la mar. Aún no le naciera el niño, y ya pensaba en irle enseñando, desde “cativo”, cómo se arreglan los anzuelos y cómo se orienta uno por las nubes y las aves.

El viejo Cabeiro recordó que tira más palabra de mujer que cabestrante de navío, y fue con las proposiciones a Miguela.

—Lo tendrás siempre contigo, y entre los dos atenderéis la tienda. Con eso y con lo que da la tierra bien sacaréis para comer.

Pero Miguela le respondió, extrañada, que Chuco era marinero, no tendero ni pelaire. Y el viejo Cabeiro comprendió que aquello no tenía remedio.

Les nació un niño. Pusiéronle como su padre, y Chuco le construyó con redes y madera de remos una cuna. Una tarde, estando Miguela ausente, Chuco le tatuó al niño en el pecho un ancla diminuta, como la que él tenía: un ancla azul, con un cabo de cuerda enroscándose. Y después, como el crío llorase, lo calmó cantándole con el acordeón todas las coplas que sabía.

Miguela descubrió el tatuaje bañando al crío, y no dijo nada; pero sintió en el corazón una gran alegría.

—Serás del mar, como tu padre.

Chuco ya andaba de patrón. Unas veces al pulpo, otras al congrio, con balandro o con dorna. Ganaba para vivir, y vivía contento.

Lo que el viejo Cabeiro temía sucedió una tarde de calma, en el otoño. Chuco estaba en el mar cuando vino la niebla. Hubo alboroto, pusieron fuego en la punta y, desde la playa, sonaron cuernos y caracolas para orientar a los botes en el regreso. Por el de Chuco esperaron toda la noche. No volvió. A la mañana siguiente, con el claro, salieron en su busca y hallaron los restos de la dorna flotando encima de un bajío. Y esperaron en vano nueve días a que apareciera el cuerpo.

Miguela recibió la noticia sin llorar, con el hijo en los brazos. Después se encerró en su casa y no la vieron en algún tiempo.

Cuando Antonia la Galana consiguió hablarle, Miguela dijo:

—Él vendrá. Vendrá a llevarnos consigo.

—¿Tú estás loca, rapaza?

Lo dijo muchas veces, y siempre hizo lo que dijo. Él vendrá.

Todos los atardeceres, si hacía buen tiempo, se sentaba con el niño en las rocas, esperando. Y si llovía miraba al mar desde la ventana. Hablaba poco, y a los que le preguntaban aseguraba que Chuco volvería. Y todos creyeron que se había trastornado, o, lo que es peor, que su alma era presa del demonio.

—Habría que quitarle al niño, porque un día va a hacer un disparate.

Mas nadie se atrevió. Cuando Miguela se acercaba a la ribera, alguien andaba cerca, dispuesto a acudirle si hiciese lo que se temía.

Pasó algún tiempo y acabaron por sosegarse todos, hasta Antonia la Galana. Todos, menos el viejo Cabeiro, muy entendido en hombres.

Decía que aquella calma de Miguela era como ciertas calmas en la mar.

Cuando Antonia la Galana, ya retirada a Estribela, sin querer mirar las olas, me refirió la historia, lo lamentaba:

—Debiéramos haberle hecho caso y llevar a Miguela a la tierra desde donde no se viese la mar ni se la oliese, ni se oyese el ruido de la rompiente.

Una noche, después de la lluvia, se levantó temporal; una galerna ruidosa y tremenda. Los marineros reforzaron las amarras; pero, a pesar de eso, muchos botes se perdieron. Y no fue lo peor.

La gente se acostó tarde. Silbaba la galerna pavorosamente, y la lluvia ponía en los cristales ruidos de inquietud. Nadie recordaba un viento como aquél. El viejo Cabeiro no durmió, y lo mismo que él, otros muchos. Y todos pueden atestiguar que hacia la medianoche se oyeron gritos: pero no de terror, sino de júbilo. Voces levantadas de alegría y saludo. Y venían del extremo de la playa, hacia el lugar donde tenía su casa Miguela.

El viejo Cabeiro pensó si se habría vuelto loca, loca furiosa, como el viento. Y cuando, con la mañana, vino la calma, se levantó. Halló que otros, asustados como él, se habían levantado ya y miraban, temblorosos, la casa de Miguela.

—¿Habéis oído también?

—Hemos oído.

—Me pareció —dijo otro— que llamaba a su marido.

Y un tercero:

—Yo creo haber oído la voz de Chuco llamando a su mujer. Y el mismo modo de golpear la puerta que cuando volvía tarde de la pesca.

Avisaron a Antonia la Galana para que fuera con ellos. No se dijo palabra hasta llegar al extremo de la playa, allí donde las olas hacen remanso y es limpia la arena, y blanca y dulce.

La puerta estaba abierta y la casa vacía. De la orilla del mar venían pisadas de hombre: anchas, seguras pisadas que la bajamar no había borrado. Y desde la puerta a la orilla se repetían, regresando al misterio, acompañadas de la huella desnuda de unos pies femeninos y de otras diminutas de unos pies de niño, el niño que tenía sobre el pecho, tatuada, una pequeña ancla azul.

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo: “Cómo se fue Miguela”, en *Ifigenia y otros cuentos*, Barcelona, Destino, Colección Áncora y Delfín, 1987, pp. 178-182.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

**Servicio:** actividad militar obligatoria que tenían que realizar los jóvenes.

**Canuto:** licencia con que se ponía fin al servicio militar.

**Cativo:** niño pequeño.

**Cabestrante:** rodillo para arrastrar grandes pesos mediante una cuerda.

**Balandro:** velero pequeño.

**Dorna:** barco de pesca.

**Bajío:** banco de arena.

**Rompiente:** costa donde las olas se rompen y se levanta el agua.

**Galerna:** tormenta, borrasca.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1.- Resumen del texto.

2.- Chuco ha de separarse de Miguela para hacer el servicio militar en la Armada, sin embargo no se lamenta por ello porque piensa que puede obtener beneficios para su vida futura. ¿Cuáles son estos?

3.- El viejo Cabeiro, temiendo que Chuco acabe como su padre, intenta influir en él y en Miguela para que éste cambie de profesión. ¿Qué argumentos utiliza para convencer a ambos?

4.- ¿Se cumplen al final del relato los temores del viejo Cabeiro? Razona tu respuesta.

5.- Explica con tus palabras el significado de las siguientes expresiones del texto marcadas en cursiva:

- Y les dijeron que *una noche de novios no era para aquellas contemplaciones*.
- *Serás del mar, como tu padre*.
- Todos creyeron que se había trastornado, o lo que es peor, *que su alma era presa del demonio*.
- Decía que *aquella calma de Miguela era como ciertas calmas en la mar*.

6.- Analiza morfológicamente las palabras subrayadas:

*Al padre le gustaba demasiado la mar, y allá quedó.*

7.- Señala la persona, el número, el tiempo, el modo, la voz y la conjugación de:  
cantase:  
quedaron:  
comprarían:  
temo:  
serás:

8.- Analiza sintácticamente:

*De la orilla del mar venían pisadas de hombre.*

9.- Convierte en pasiva la siguiente oración:

*Miguela descubrió el tatuaje.*

## MODELO Nº 26

### 1ª PARTE: DICTADO

También esta vez lo persuadió. El coronel se dirigió al puerto antes de que pitaran las lanchas. Botines de charol, pantalón blanco sin correa y la camisa sin el cuello postizo, cerrada arriba con el botón de cobre. Observó la maniobra de las lanchas desde el almacén del sirio Moisés. Los viajeros descendieron estragados después de ocho horas sin cambiar de posición. Los mismos de siempre: vendedores ambulantes y la gente del pueblo que había viajado la semana anterior y regresaba a la rutina.

La última fue la lancha del correo. El coronel la vio atracar con una angustiada desazón. En el techo, amarrado a los tubos del vapor y protegido con tela encerada, descubrió el saco del correo. Quince años de espera habían agudizado su intuición. El gallo había agudizado su ansiedad. Desde el instante en que el administrador de correos subió a la lancha, desató el saco y se lo echó a la espalda, el coronel lo tuvo a la vista.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel: *El coronel no tiene quien le escriba*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996, p. 21.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### MUY DE MAÑANA

El hombre del puesto de melones tiene un perro, un perrillo atropellado, que arrastra una pata lastimosamente. El hombre y el perro duermen juntos, bajo una manta militar, en un nido de paja entre los melones. El hombre no habla con nadie, creo que ni siquiera con los clientes. Muy de mañana se despierta y en la fuente cercana se enjuaga la boca. Luego espera con la manta por los hombros, paseando, a que abran la primera taberna. El perro camina junto a él, olisquea en un sitio, se entretiene en otro.

En la acera de enfrente una taberna abre a las siete y media. El hombre cruza la calle. Entra. Desde la puerta, por encima de los cristales esmerilados, fija los ojos en el puesto. Toma una copa de aguardiente, a veces dos, cuando tiene mucho frío, cuando está destemplado. Hace un cuenco con la mano y vierte un poco de la copa en él. Se lo ofrece al perro, que lame ávidamente. El perro también se desayuna con aguardiente.

De este hombre se sabe solamente en la vecindad el nombre. Se llama Roque, y el perro, *Cartucho*. *Cartucho*, como todos los perros sin raza, desmedrados, hambrientos, mutilados. *Cartucho* es el perro pelón del vagabundo, al que un buey dejó tuerto limpiamente con la punta de un cuerno en un camino, a trasmano de la carretera. *Cartucho* es el perro fantasmal de las estaciones de ferrocarril, derrengado de una pedrada, que disputa su comida, en las cajas de vagones arrumbados, a las ratas. *Cartucho* es el perro de los vertederos, diversión cruel de muchachos, aullador eterno del invierno.

*Cartucho* fue el perro que las aguas del Manzanares ahogaron en un desbordamiento, bajo un puente.

Roque y *Cartucho* no son como amo y perro, son casi como hermanos. Se parecen. Roque es pardo, feo, sin edad, ¿cuarenta, o cincuenta, o más años? Roque tiene una mirada perruna, triste casi siempre, alguna vez, feroz. Pocas barbas, largas y canas. Y un catarro de moquillo. *Cartucho* es de un color de podredumbre frutal. Tiene unos ojos pitañosos, bobos, temerosos. El pelo híspido, en el cuello. Los dientecillos, ratoneros. El miedo y la ira se conjugan en su corazón.

Roque hace tres comidas al día. Una a media mañana: pan y fiambre. Otra a las dos o tres de la tarde: pan y fiambre. La última sobre las nueve de la noche: pan y un tiento de aceite. El perro come lo que Roque. De vez en cuando aprovechan un melón. Lo limpia el amargo Roque, con gran cuidado, a punta de navaja. *Cartucho* siempre se asombra al morderlo de su poca consistencia. El vino es bebido en botella de caña durante todo el día a tragos de pajarito. Para *Cartucho* el vino está vedado.

Ahora, en octubre, el diablo frío ha hecho su aparición. El montón de melones ha bajado; preserva menos. Cuando hay viento los melones silban; parece que silban porque el viento juega entre ellos y se pierde en el laberinto, rabioso, hasta que se liberta.

Están arreglando la calzada. Hay una máquina monstruosa cociendo asfalto y una guardia permanente de fuego. Roque y *Cartucho* van al arrimo para sacudirse las mil pulgas de la helada que pican en los huesos. Roque habla en la noche temprana y en la madrugada con el guarda. Son conversaciones sin tema, balbucientes, infantiles. Roque llama a *Cartucho* y bebe un trago de su botella. El guarda le imita sentado en un tronco, dejando luego la suya entre las piernas.

- ¿Qué tal hoy la venta? - dice el guarda.
- Mal - contesta Roque.

Y abren la sábana del silencio, que doblan con lentitud hasta guardarla en uno de sus bolsillos.

- Frío, ¿eh?
- Se echa noviembre.

*Cartucho* alza la oreja cuando pasa un automóvil a gran velocidad. Las llamas, en la hoguera, se encogen con el desplazamiento del aire para alzarse luego más pujantes, más ternes, más agudas.

Es de día. Las hojas forman un litoral dorado en los canales de la calzada. Bajo ellas circula un reguero de agua que desborda en algunos sitios y cambia las más débiles de posición, de lugar. Se van quedando los árboles tendinosos en la tiritona del otoño, que los descarna, los radiografía.

- Oiga, ¿cuándo levanta el puesto?
- Mañana mismo.
- ¿Y lo que le queda?
- Es poco. Líquido barato.
- ¿Se vuelve a su tierra?
- No, yo soy de aquí. A trabajar.
- ¿En qué?
- En lo que salga. De guarda en una obra tal vez.

*Cartucho* alarga el hocico y huele el barullo de papeles que cubren el sobrante de la cena del hombre y que comerá en esta hora primera de la mañana.

- Quieto, chucho.

- No lo toca, hombre. No come más que lo que le dan. *Cartucho* se mete entre las piernas de su amo y enseña los dientes.

El guarda comenta:

- Es feo el demonio del perro, ¿no le parece?

- ¿Feo? No lo creo así.

- ¿Y de qué tiene la pata rota?

- Un carro.

La calle está blanca; una blancura de espejo empañado. La calle está vacía; un vacío de estanque limpio, claro, con la luz del sol jugueteando en el fondo. La calle está muerta; es el tiempo que media entre la retirada de los serenos y la apertura de los portales.

La taberna bosteza. Se despierta. El mostrador de estaño brilla apagadamente.

- Una copa de aguardiente.

Roque vierte un poco en el cuenco de la mano.

- Toma, *Cartucho*.

El perro lame. Mueve el muñón del rabo, cercenado de cachorro. Le brillan los ojos alegres. Roque sonrío. Muestra al sonreír los dientes escalonados, desconcertados, como las casas del suburbio; los dientes terribles de animal de combate. Ni las manos ni los ojos ponen tan a descubierto la animalidad, la crueldad, el crimen, como los dientes.

- Otra copa.

*Cartucho* araña con las manos la pierna de Roque. Roque sonrío y confiesa al tabernero, indiferente a esta expansión de ternura.

- No podría vivir sin él.

Roque paga y sale a la calle. Es el último día. Hoy liquida. Todavía no ha pasado la acera. *Cartucho* inquiere secretos de un árbol. Ya está en la calzada. Roque tiene alegría en el corazón. Está reconfortado. Hoy termina. El sabor del aguardiente en la boca le da fuerza.

- *Cartucho*.

*Cartucho* salta a la calzada. Se oye un motor que avanza como una tormenta desde la blancura del fondo.

- *Cartucho, Cartucho*.

El perro duda. El automóvil está encima. Roque se lanza a la carretera. El coche hace un viraje para no atropellarle, pasa sobre *Cartucho* y continúa lejano, veloz, hasta perderse.

- *Cartucho, Cartucho...*

Roque lo recoge del suelo, lo abraza. Al perro se le escapa un hilo de sangre por las fauces. Roque se sienta en el bordillo de la acera.

- ¿Qué ha pasado? - le preguntan.

Y Roque no responde. Sus palabras de propio consuelo son tremendas, le silban en el laberinto de los dientes, como una fuerza de la naturaleza, como un viento huracanado.

La llaga de Roque, la llaga de la soledad de Roque necesitaba de *Cartucho*.



ALDECOA, Ignacio: *Cuentos completos (1949-1969)*, Madrid, Alfaguara, 1995, pp. 298-300.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

- **Cristales esmerilados** cristales que no son transparentes, sino mates o traslúcidos.
- **Ávidamente**: acción que se realiza con ansia.
- **Desmedrado**: raquítico.
- **Derrengado**: lastimado.
- **Arrumbado**: arrinconado.
- **Pitañoso**: con legañas.
- **Pelo hispido**: pelo disperso y duro.
- **Terne**: robusto, fuerte.
- **Árboles tendinosos**: árboles que se quedan sólo con las ramas cuando caen las hojas.
- **Cercenado**: mutilado.
- **Hacer un viraje**: girar, cambiar de dirección.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Resume en 5 ó 6 líneas el contenido del texto:
2. ¿Qué tienen en común Roque y *Cartucho*?
3. ¿Qué hace Roque cuando llega el invierno?
4. “La llaga de Roque, la llaga de la soledad de Roque necesitaba de *Cartucho*”. Explica el significado de esta última oración y extrae otras palabras del texto que hagan referencia a la necesidad que tiene Roque de *Cartucho*.
5. Explica con tus palabras el significado de las siguientes expresiones:
  - “Para *Cartucho* el vino está vedado”.
  - “Bajo ellas circula un reguero de agua”.
  - “¿Cuándo levanta el puesto?”
6. Analiza morfológicamente la siguiente oración: “El coche hace un viraje para no atropellarle”.
7. Analiza morfológicamente las formas verbales subrayadas. En el análisis debes incluir:

PERSONA • NÚMERO • TIEMPO • MODO • VOZ • VERBO EN INFINITIVO

“- En lo que salga. De guarda en una obra tal vez.

*Cartucho* alarga el hocico y huele el barullo de papeles que cubren el sobrante de la cena del hombre y que comerá en esta hora primera de la mañana.”

- Salga:
- Cubren:
- Comerá:

8. Indica la función sintáctica de las palabras subrayadas:

- “Cuando tiene mucho frío, cuando está destemplado”.

9. Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“En la acera de enfrente una taberna abre a las siete y media”.

## MODELO Nº 27

### 1ª PARTE: DICTADO:

[...] Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. [...]

CORTÁZAR, Julio: “La noche boca arriba”, en *Final de juego*, Ediciones B, Barcelona, 1987, p. 184.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### EL CAMINO

Pero cuando a Roque, el Moñigo, se le ocurrió la idea de robar las manzanas del Indiano, Gerardo ya tenía los tres barcos de cabotaje y la Mica, su hija, diecisiete años. Por estas fechas, Daniel, el Mochuelo, ya era capaz de discernir que Gerardo, el Indiano, había progresado, y bien, sin necesidad de estudiar catorce años y a pesar de que su madre, la Micaela, decía de él que “era el más tímido de todos” y de que andaba por el pueblo todo el día de Dios con los mocos colgando y la baba en la barbilla. Fuera o no fuera así, lo contaban en el pueblo y no era cosa de recelar que existiera un acuerdo previo entre todos los vecinos para decirle una cosa que no era cierta.

Cuando saltaron la tapia del Indiano, Daniel, el Mochuelo, tenía el corazón en la garganta. En verdad, no sentía apetito de manzanas ni de ninguna otra cosa que no fuera tomar el pulso a una cosa prohibida. Roque, el Moñigo, fue el primero en dejarse caer del otro lado de la tapia. Lo hizo blandamente, con una armonía y una elegancia casi felinas, como si sus rodillas y sus ingles estuvieran montadas sobre muelles. Después les hizo señas con la mano, desde detrás de un árbol, para que se apresurasen. Pero lo único que se apresuraba de Daniel, el Mochuelo, era el corazón, que bailaba como un loco desatado. Notaba los miembros envarados y una oscura aprensión mermaba su natural osadía. Germán, el Tiñoso, saltó el segundo, y Daniel, el Mochuelo, el último.

En cierto modo, la conciencia del Mochuelo estaba tranquila. [...]. Por la mañana había preguntado a don José, el cura, que era un gran santo:

– Señor cura, ¿es pecado robar manzanas a un rico?

Don José había meditado un momento antes de clavar sus ojillos, como puntas de alfileres, en él:

– Según, hijo. Si el robado es muy rico, muy rico y el ladrón está en caso de extremada necesidad y coge una manzanita para no morir de hambre, Dios es comprensivo y misericordioso y sabrá disculparle.

Daniel, El Mochuelo, quedó apaciguado interiormente. Gerardo, el Indiano, era muy rico, muy rico, y, en cuanto a él, ¿no podía sobrevenirle una desgracia como a Pepe, el Cabezón, que se había vuelto raquíptico por falta de vitaminas y don Ricardo, el médico, le dijo que comiera muchas manzanas y muchas naranjas si quería curarse? ¿Quién le aseguraba que si no comía las manzanas del Indiano no le acaecería una desgracia semejante a la que aquejaba a Pepe, el Cabezón?

Al pensar en esto, Daniel, el Mochuelo, se sentía más aliviado. También le tranquilizaba no poco saber que Gerardo, el Indiano, y la yanqui estaban en Méjico, la Mica con los “Ecos del Indiano” en la ciudad, y Pascualón, el del molino, que cuidaba de la finca, en la tasca del Chano disputando una partida de mus. No había, por tanto, nada que temer. Y, sin embargo, ¿por qué su corazón latía de este modo desordenado, y se le abría un vacío acuciante en el estómago, y se le doblaban las piernas por las rodillas? Tampoco había perros. El Indiano detestaba este medio de defensa. Tampoco, seguramente, timbres de alarma, ni resortes sorprendentes, ni trampas disimuladas en el suelo. ¿Por qué temer, pues?

Avanzaban cautelosamente, moviéndose entre las sombras del jardín, bajo un cielo alto, tachonado de estrellas diminutas. Se comunicaban por tenues cuchicheos y la hierba crujía suavemente bajo sus pies y este ambiente de roces imperceptibles y misteriosos susurros crispaba los nervios de Daniel, el Mochuelo.

– ¿Y si nos oyera el boticario? – murmuró éste de pronto.

– ¡Chist!

El contundente siseo de Roque, el Moñigo, le hizo callar. Se internaban en la huerta. Apenas hablaban ya sino por señas y las muecas nerviosas de Roque, el Moñigo, cuando tardaban en comprenderle, adquirían, en las medias tinieblas, unos tonos patéticos impresionantes.

Ya estaban bajo el manzano elegido. Crecía unos pies por detrás del edificio. Roque, el Moñigo, dijo:

– Quedaos aquí; yo sacudiré el árbol.

Y se subió a él sin demora. Las palpitaciones del corazón del Mochuelo se aceleraron cuando el Moñigo comenzó a zarandear las ramas con toda su enorme fuerza y los frutos maduros golpeaban la hierba con un repiqueteo ininterrumpido de granizada. Él y Germán, el Tiñoso, no daban abasto para recoger los frutos desprendidos. Daniel, el Mochuelo, al agacharse, abría la boca, pues a ratos le parecía que le faltaba el aire y se ahogaba. Súbitamente, el Moñigo dejó de zarandear el árbol.

—Mirad; está ahí el coche —murmuró, desde lo alto, con una extraña opacidad en la voz.

Daniel y el Tiñoso miraron hacia la casa en tinieblas. La aleta del coche negro del Indiano, que metía menos ruido aún que el primero que trajo al valle,

rebrillaba tras la esquina de la vivienda. A Germán, el Tiñoso, le temblaron los labios al exigir:

—Baja aprisa; debe de estar ella.

Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, se movían doblados por los riñones, para soportar mejor las ingentes brazadas de manzanas. El Mochuelo sintió un miedo inmenso de que alguien pudiera sorprenderle así. Apoyó con vehemencia al Tiñoso:

—Vamos, baja, Moñigo. Ya tenemos suficientes manzanas.

El temor les hacía perder la serenidad. La voz de Daniel, el Mochuelo, sonaba agitada, en un tono superior al simple murmullo. Roque, el Moñigo, quebró una rama con el peso del cuerpo al tratar de descender precipitadamente. El chasquido restalló como un disparo en aquella atmósfera queda de roces y susurros. Su excitación iba en aumento:

—¡Cuidado, Moñigo!

—Yo voy saliendo.

—¡Narices!

—Gallina el que salte la tapia primero.

No es fácil determinar de dónde surgió la aparición. Daniel, el Mochuelo, después de aquello, se inclinaba a creer en brujas, duendes y fantasmas. Ella, la Mica, estaba ante ellos, alta y esbelta, embutida en un espectral traje blanco. En las densas tinieblas, su figura adquiría una presencia ultraterrena, algo parecido al Pico Rando, sólo que más vago y huidizo.

-Conque sois vosotros los que robáis las manzanas, ¿eh? –dijo.

Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, fueron dejando resbalar los frutos, uno a uno, hasta el suelo. La consternación les agarrotaba. La Mica hablaba con naturalidad, sin destemplanza en el tono de voz:

—¿Os gustan las manzanas?

Tembló, un instante, en el aire, la amedrentada afirmación de Daniel, el Mochuelo:

—Siiiií...

Se oyó la risa amortiguada de la Mica, como si brotase a impulsos de una oculta complacencia. Luego dijo:

—Tomad dos manzanas cada uno y venid conmigo.

La obedecieron. Los cuatro se encaminaron hacia el porche. Una vez allí, la Mica giró un conmutador, oculto tras una columna, y se hizo la luz. Daniel, el Mochuelo, agradeció que una columna piadosa se interpusiera entre la lámpara y su rostro abatido. La Mica, sin ton ni son, volvió a reír espontáneamente. A Daniel, el Mochuelo, le asaltó el temor de que fuera a entregarles a la Guardia Civil.

DELIBES, Miguel: *El Camino*, Barcelona, Destino, 1998, pp. 84-89.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

1. Realiza un resumen del texto.
2. ¿Por qué el Mochuelo tenía la conciencia más o menos tranquila?

3. Realiza una descripción de Daniel, *el Mochuelo*.
4. ¿Quién es la Mica? Justifica tu respuesta con frases del texto.
5. Explica el significado de las siguientes palabras y expresiones en el texto:
  - Tener el corazón en la garganta
  - No dar abasto
  - Consternación

6. Señala y analiza morfológicamente los pronombres y los determinantes del siguiente fragmento:

—“Tomad dos manzanas cada uno y venid conmigo.

La obedecieron. Los cuatro se encaminaron hacia el porche”.

7. Analiza las formas verbales subrayadas, indicando: persona, número, tiempo, modo y voz:

“¿no podía sobrevenirle una desgracia como a Pepe, el Cabezón, que se había vuelto raquítico por falta de vitaminas y Don Ricardo, el médico, le dijo que comiera muchas manzanas y muchas naranjas si quería curarse? ¿Quién le aseguraba que si no comía las manzanas del Indiano no le acaecería una desgracia semejante a la que aquejaba a Pepe, el Cabezón?”

8. Indica cuáles de las siguientes oraciones tienen verbo copulativo y cuáles no, y subraya los atributos:
  - “La conciencia del Mochuelo estaba tranquila”.
  - “Gerardo, el Indiano, era rico”.
  - “Gerardo, el Indiano, y la yanqui estaban en Méjico”.

9. Realiza el análisis sintáctico de la siguiente oración:

“Después les hizo señas con la mano”.

## MODELO Nº 28

### 1ª PARTE: DICTADO

Muchas veces había imaginado el lejano castillo al que se dirigía. Su viejo instructor estuvo allí en sus años de gloria. Se lo había descrito muchas veces, con todo detalle.

A veces le parecía haberlo visto ya. Imaginaba las altas murallas con su perfecta dentadura de almenas, los elevados torreones en que flameaban los estandartes reales, la majestuosa torre del homenaje, que parecía una morada de las nubes...Y, abajo, el lúgubre y profundo foso circundante, lleno de frías y verdosas aguas, y la rampa de piedra que llevaba al puente levadizo que, movido por enormes cadenas, se convertía en una puerta inexpugnable.

GISBERT, Joan Manuel: *La maldición del arquero*. Barcelona, Planetalector, 2010, p. 11.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### LA GABARDINA

Aquel último día de febrero era domingo de carnaval, que así de adelantado era el año. Arturo –el hijo- entró en el salón de baile, con su terno negro, y se puso a mirar a su alrededor con tranquilidad y cuidado. Buscaba a Rafael, a Luis o a Leopoldo. No vio a ninguno de ellos. Se disgustó. Había llegado un cuarto de hora tarde, con toda intención: para que vieran que no le importaba mucho aquello, para hacerse valer, aunque fuese un poco. Y ahora resultaba que era el primero. No supo qué partido tomar: no conocía a las muchachas. [...] Se recostó en la pared y se dispuso a esperar. Naturalmente, en este momento la vio.

Estaba sola, en el quicio de una puerta casi frontera. Los separaba el remolino. Parecía perdida, miraba como recordando, haciendo fuerza con los ojos para acostumbrarse. Su mirada recorrió la estancia, dio con él, pero sus pupilas siguieron adelante, como si arrastrara con todo, red pescadora. Arturo era tímido, lo cual le empujó a decidirse, tras una apuesta consigo mismo. La cuestión era atravesar a nado el centro del salón repleto de parejas. El mozo se proveyó del número suficiente de “ustedes perdonen”, “perdone” y “por favores”, y se lanzó a la travesía; ésta se efectuó sin males, con sólo girar con cuidado y deslizarse –pensó que audazmente- reduciendo el esqueleto del pecho. Además tocaban una polka, lo que siempre ayuda. Ofreció ceremoniosamente sus servicios. La muchacha, que miraba al lado contrario, volviéndose lentamente hacia él, sin pronunciar palabra, le puso la mano en el hombro. Bailaban.

La mirada de la joven tuvo sobre Arturo un efecto extraordinario. Eran ojos transparentes, de un azul absolutamente inverosímil, celestes, sin fondo, agua pura. Es decir: color aire, clarísimo, de cielo pálido, inacabable. Su cuerpo

parecía sin peso. Entonces, ella sonrió. Y Arturo, felicísimo, sintió que él también, queriendo o sin querer, sonreía.

Todo daba vueltas. Vueltas y más vueltas. Y no únicamente porque se tratara de un vals. Él se sentía clavado, fijo, remachado a los ojos claros de su pareja. Lo único que deseaba era seguir así, indefinidamente. Sonreía como un idiota. La muchacha parecía feliz. Bailaba divinamente. Arturo se dejaba llevar. Se daba cuenta, desde muy lejos, que nunca había bailado así, y se felicitaba. Aquello duró una eternidad. No se cansaba. Sus pies se juntaban, se volvían a separar, rodando, rodando, de una manera perfecta. Aquella muchacha era la más ligera, la más liviana bailarina que jamás había existido. Nunca supo cuándo acabó aquello. Pero es evidente que hubo un momento en el cual se encontraron sentados en dos sillas vecinas, hablando. Ya no quedaba casi nadie en la sala. [...]

Como la muchacha no quería dar ni su apellido ni su dirección –su nombre, Susana–, Arturo decidió seguir con ella pasara lo que pasara. Con esta determinación a cuestas se sintió más tranquilo. Se quedaron los últimos. El salón, de pronto, apareció desierto, más grande de lo que era, las sillas abandonadas de cualquier manera, la luz vacilante haciendo huir las paredes en cuya blancura dudosa se proyectaban, desvaídas, toda clase de sombras. El muchacho no pudo resistir el impulso de decir el “¿nos vamos?” que le estaba pujando por la garganta hacía tiempo. Susana le miró sin expresión y se fue lentamente hacia la puerta. Arturo recogió su gabardina y salieron a la calle. Llovía a cántaros, ella no tenía con qué cubrirse. Su trajecillo blanco aparecía en la penumbra como algo muy triste. Se quedaron parados un momento. Susana seguía sin querer decir dónde vivía.

- ¿Y va a volver a pie a su casa?
- Sí.
- Se va a calar.
- Esperaré.

Arturo tomó su aire más decidido, adelantando la mandíbula.

- Yo también.
- No. Usted no.
- Yo, sí.

Arturo se estrujaba la mente deseoso de decir cosas que llegaran adentro, pero no se le ocurría nada; absolutamente nada. Se sentía vacío, vuelto del revés. No le acudía palabra alguna, la garganta seca, la cabeza deshabitada. Hueco. Después de una pausa larga tartamudeó.

- ¿No nos volveremos a ver?

Susana le miró sorprendida como si acabara de proponerle un fantástico disparate. Arturo no insistió. Seguía lloviendo sin trazas de amainar. El agua había formado charcos y las gotas trenzaban el único ruido que los unía.

- ¿Hacia dónde va usted?

Como si no recordara sus negativas anteriores, Susana indicó vagamente la derecha, hacia las colinas.

- ¿Esperamos un rato más?- propuso el muchacho.

Ella denegó con la cabeza.

- No puedo.
- ¿La esperan?



- Siempre.

Fue tal la entonación resignada y dulce, que Arturo se sintió repentinamente investido de valor, como si, de un golpe, estuviese seguro de que Susana necesitaba su ayuda. Su corta imaginación creó, en un instante, un tutor enorme, cruel; una tía gordísima, bigotuda, con manos como tenazas acostumbradas a espantosos pellizcos, promotora de penitencias insospechables. Se hubiera batido en ese momento con cualquiera, valiente a más no poder. Pasó un simón<sup>1</sup>. Arturo lo detuvo con un gesto autoritario. [...]

-Tenga. (Y puso su gabardina sobre los hombros de la muchacha.) Suba usted.

Susana no se hizo rogar.

- ¿Dónde vamos?

Pareció más perdida que nunca, sin embargo musitó una dirección y el auriga hizo arrancar el coche. Arturo no cabía en sí de gozo y miedo. Evidentemente, era persona mayor. ¿Qué diría su madre si le viese? Su madre que, en este momento, le estaba esperando. Se alzó de hombros. Temblaba por los adentros. Con toda clase de preocupaciones y muy lentamente, cogió la mano de la muchacha entre la suya. Estaba fría, terrible, espantosamente fría.

- ¿Tiene frío?

- No.

Arturo no se atrevía a pasar su brazo por los hombros de la muchacha como era su deseo y, creía, su obligación.

- Tiene las manos heladas.

- Siempre.

[...]

- Pare, hágame el favor.

- Todavía no hemos llegado, señorita.

- No importa.

- ¿Vive usted aquí?-preguntó Arturo.

- No. Unas casas más arriba, pero no quiero que me vean llegar. O que me oigan...

Bajó rápida. Seguía lloviendo. Se arropó con la gabardina como si ésta fuese ya prenda suya.

- Mañana la esperaré aquí, a las seis.

- No.

- Sí, mañana.

No contestó y desapareció. Arturo bajó del coche y alcanzó todavía a divisarla entrando en un portal. Se felicitaba por haberse portado como un hombre. De eso no le cabía duda. Estaba satisfecho de la entonación autoritaria de su última frase con la que estaba seguro de haberlo solucionado todo. Ella acudiría a la cita. Además, ¿no se había llevado su gabardina en prenda?

[...]

A las cinco y media del día siguiente paseaba la calle desigualmente adoquinada.

[...]

Tocaron las seis en Santa Águeda. [...] Entonces se le ocurrió una idea: ¿por qué no presentarse en la casa con el pretexto de la gabardina? Al fin y al cabo, era natural.

[...]

- ¿No está la señorita Susana?

La viejecita se quedó sin poder articular palabra, asombrada, lela.

- ¿No está?

La anciana susurró temblorosa:

- ¿Por quién pregunta? [...]

- Por la señorita Susana. ¿No vive aquí?

La vieja le miraba empavorecida. Desasosegado, Arturo sintió crecer monstruosamente su desconcierto por el espinazo. Intentó justificarse.

- Anoche le dejé mi gabardina. Me pareció verla entrar en esta casa...

Es una joven como de dieciocho años. Con los ojos azules, azules claros.

[...]

-¿Qué le sucede, señora? ¿Le puedo ayudar en algo?

Arturo volteó ligeramente la cara hacia la fotografía, la vieja siguió su mirada.

- ¿Ella?

- Sí.

- Es mi sobrina Susana- hizo una pausa, luego, mucho más bajo, añadió:-murió hace cinco años.

A Arturo se le erizaron los pelos. No porque creyese lo que acababa de decirle la anciana, sino porque supuso que estaba loca, y no había vestigio de otra vida en la casa. Sólo el ruido de la lluvia.

- ¿No me cree?

- Sí señora. Pero yo juraría...

Ambos se miraron demudados.

- Estuvimos en un baile.

La frase hirió de lleno la cara de la anciana. Se le sacudieron todas sus finas arrugas.

- Su padre no la dejó ir nunca. Él está en América. ¡Qué Dios le perdone...!¿Usted no me cree? [...]

- Si usted quiere podemos ir al cementerio y verá su nicho.

- Sí, señora.

[...]

Avanzaron sin titubeos hasta llegar ante una larga pared [...]

Arturo tentó su bolsillo, sacó su fosforera, rascó el mixto, y a la luz vacilante, que adquirió en la oscuridad una proporción desmesurada, pudo leer, tras el cristal:

Aquí descansa Susana Cerralbo y Muñoz.

Falleció a los dieciocho años.

El 28 de febrero de 1897.

[...] Arturo dejó caer lentamente el brazo que sostenía el fósforo, el cabo encendido cayó en tierra. Lo siguió mecánicamente con la vista, al llegar al suelo descubrió, seca y plegada con cuidado, su gabardina. La recogió. Miró boquiabierto y desorbitado a la vieja. [...]

AUB, Max: “La gabardina”, en *Antología española de literatura fantástica*, Madrid, Valdemar, 1999, pp. 283-289.

## **GLOSARIO DE TÉRMINOS**

1 **simón**: coche de alquiler.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

- 1- Haz un resumen del texto.
- 2- ¿Qué reacción tiene Arturo en un primer momento cuando la anciana le dice que Susana está muerta?
- 3- ¿Cómo termina el texto? ¿Qué significado le das?
- 4- ¿Qué datos aparecen a lo largo del texto que indican que la muchacha está muerta?
- 5- ¿Qué quiere decir la frase *El mozo se proveyó del número suficiente de “ustedes perdonen”, “perdone” y “por favores”*?
- 6- Divide en lexemas y morfemas las siguientes palabras, y clasifícalas:  

Boquiabierto, desorbitado, indefinidamente, empavorecida.
- 7- Analiza morfológicamente las palabras del siguiente fragmento del texto:  

“La vieja le miraba empavorecida. Desasosegado, Arturo sintió crecer monstruosamente su desconcierto por el espinazo”.
- 8- Analiza sintácticamente la siguiente frase:  

“Descubrió, seca y plegada con cuidado, su gabardina”.
- 9- Transforma la siguiente oración en pasiva:  

Con toda clase de preocupaciones y muy lentamente cogió la mano de la muchacha entre la suya.

## MODELO Nº 29

### 1ª PARTE: DICTADO

Los presos políticos uruguayos no pueden hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros.

Didaskó Pérez, maestro de escuela [...], recibe un domingo la visita de su hija Milay [...] le trae un dibujo de pájaros. Los censores se lo rompen a la entrada de la cárcel.

Al domingo siguiente, Milay le trae un dibujo de árboles [...]. Didaskó le elogia la obra y le pregunta por los circulitos de colores que aparecen en las copas de los árboles [...].

Y en secreto le explica:

*-Bobo. ¿No ves que son ojos? Los ojos de los pájaros que te traje a escondidas.*

GALEANO, Eduardo: “Pájaros prohibidos”, en *Memoria del fuego*, 3. *El Siglo del viento*, Madrid, Siglo XXI de España, 1986, p. 280.

### 2ª PARTE: TEXTO

**LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.**

#### VIDA NUEVA

-¡Qué asco! –dijo Emiliano Ruiz-. ¡Qué asco! Acabo de pasar por la tienda y está todo abarrotado de gente. Las uvas, más caras que nunca, y todos ahí, aborregados, peleándose para comprarlas. [...]

Don Julián le miró vagamente, con sus ojillos lacrimosos. -No se ponga usted así, don Emiliano –le dijo-. No se ponga usted así. -El caso es –dijo Emiliano, limpiando con su pañuelo el banco de piedra- que si usted los oye, desprecian todo. Pero luego hacen las mismas tonterías que los antiguos. Yo no sé a qué conducen estas estupideces a fecha fija. Tonterías de fechas fijas. Alegrarse ahí todos, porque sí. Porque sí. No, señor; yo me alegro o me avinagro cuando me da la gana. [...]

Don Julián sacó miguitas y empezó a esparcirlas por el suelo. Una bandada de pájaros grises llegó, aterida<sup>1</sup>.

- Lo que a usted le pasa, y perdone –dijo-, es que está usted más solo que un hongo. Que es usted y ha sido siempre un solterón egoistón y no quiere reconocerlo. Le duele a usted que yo tenga mis hijos y mis nietos. Le duele a usted que yo tenga una familia que me quiere y que me cuida. Y que se celebre en casa de uno (en lo que uno pueda, claro) la fiesta, como es de Dios. Ahí tiene, esta bufanda. Esta bufanda es el regalo de estas fiestas. ¿A que a usted no le ha regalado nadie una bufanda, ni nada?

Emiliano clavó una pálida mirada despectiva en la bufandita de su amigo, el pobre don Julián. A don Julián le llamaban en el barrio “el abuelo”.

Vivía con su hija, casada, y dos nietecitos. Ambos, don Julián y Emiliano, eran amigos desde hacía años. Todas las tardes se sentaban al sol, en la plazuela de la fuente. Al tibio y pálido sol del invierno, donde los pajarillos buscaban las migas que esparcía don Julián, y escuchaban, entre nubecillas de vapor, las quejas que salían de la boca de Emiliano Ruiz, el viejo profesor jubilado. [...]

Era el día 31 de diciembre, y en la población todos se preparaban para la entrada del año. Las callecitas de la pequeña ciudad olían a pollo asado y a turrone, y los tenderos salían a las puertas de sus comercios con la cara roja, un buen puro y los ojillos chiquitines y brillantes.

-No me haga reír, don Julián –dijo con ácida sonrisa don Emiliano-. No me haga reír. No es intencionado, pero mis duritos<sup>2</sup> los llevo yo aquí dentro –se llevó significativamente la mano al chaleco-. Honestos y míos, solo míos. Yo me administro. No necesito bufanda, claro está, pero si la necesitara me la compraría yo. Yo, ¿entendido?

“El abuelo” se ruborizó.

-No ofende quien quiere. A mí me compran todo, me quieren todos. Mis nietecillos, mi yerno, mi hija. ¿Para qué quiero yo ahora unos durejos miserables en el chaleco? Demasiados he manejado en mi vida, don Emiliano. Demasiados. El dinero no me conmueve a mí como a otros. Prefiero lo que da a cambio el dinero: lo que tengo. Una familia, un hogar, un calor... Eso. Llegar a casa. “Abuelo, que le cambio las zapatillas.” “Abuelo, siéntese en el sillón.” “Abuelo, tome usted esto y lo otro”... Eso es. Lo mejor de la vida. [...]

Don Emiliano hizo un gesto de compasión y palmoteó el hombro de don Julián, que lo sacudió como si le picara una avispa. Sentados uno junto al otro, estiraron sus piernecillas secas al sol, y sus viejas carnes se adormecieron levemente. No cambiaron una sola palabra, apenas. [...]

-Bueno, amigo, ya me voy –dijo “el abuelo”-; en casa me esperan. Esta noche es una noche hermosa, llena de alegría, y ¡si usted supiera qué hermoso pavo me espera! - Los ojillos de ambos se encendieron levemente de gula.- Eso traen las fiestas en familia: buena cena, alegría, compañía, felicidad. ¿Oye usted? “Felicidad.” Eso se dice, estas fechas. Con que ya sabe: ¡“Felicidad”, don Emiliano!

Don Emiliano saludó con la mano, apenas. [...]

Subió lentamente las escaleras. María, la criada, zafia y mal educada, le vio subir:

-¡Que no me manche la escalera, abuelo!

“El abuelo” la miró indignado.

-¡Osada!

En el piso reinaba el silencio. Levemente el anciano llamó:

-Luisa..., hija...

María asomó su cabeza desgreñada:

-¡Que va a despertar a los niños!... la señora no está.

-¿Que no está?

-No –escondió una risa-. Esta noche salen. [...]

“El abuelo” se quitó despacio la bufanda. La miró, pensativo. La dobló cuidadosamente, como todos los años. Como todos los años, hasta el siguiente. La nueva. Se la compró su vieja, dos años antes de morir. Una

lagrimilla fría, casi sin dolor, le subió a los ojos. Lentamente, “el abuelo” subió hacia la buhardilla, donde tenía la cama de matrimonio, alta y solemne. La gran cama que se negó a vender cuando Luisa y su marido compraron muebles nuevos y “refrescaron” el piso, sobre la tienda. “Pues si usted no quiere, tendrá que irse arriba con sus trastos, porque aquí abajo no hay sitio para eso [...]”.

El abuelo se fue a la buhardilla con su gran cama, con su arca, y con la mecedora donde un día se quedó muerta la pobre Catalina. A veces el perro subía allí y olfateaba un poco. Luego bajaba, con los niños. “Los niños”. Apenas se los dejaban un momento en la mano. Apenas podía tocarlos. Era viejo y las manos le temblaban. Claro que los niños se ponían a llorar en cuanto él los cogía. Pero ya se hubieran acostumbrado... [...]

La noche llegaba lentamente. Encendió el brasero y se acurrucó en la mecedora. Rato después le despertó el tufillo de la zapatilla quemada. Escuchó. María se había marchado ya. La llamó en voz baja. Sí, se había ido. Sintió frío y hambre. Lentamente, bajó la escalera, procurando que no crujiera, para que los niños no se despertaran. Entró en la cocina y encendió torpemente el gas, y la corona de llamas azules brotó con fuerza y le quemó un dedo. Destapó una cazuela, y vio un guiso frío, que se puso a calentar. Abrió la alacena y vio los turrónes. Estaban duros. Tendría que cortarlos. ¡Bah, daba igual! No tomaría. El vapor de la cazuela le avisó. Volcó el contenido en un plato y lo cogió, con sus manos temblorosas. Sacó una cuchara. Lentamente, subió de nuevo a la buhardilla. Pensaba. “Año nuevo, vida nueva”, solía decir siempre la vieja, la amada y -¿cuánto tiempo hacía que se fue?- la inolvidable Catalina.

Ya había oscurecido cuando don Emiliano se levantó, aterido, del banquillo. “A ver si ahorrando, ahorrando, puedo comprarme un abrigo el año entrante.” Con sus pasillos nerviosos, prodigiosamente erguido, encaminóse a la pensión. El portalillo estaba iluminado, y un tropel de muchachos bajaban la escalera: “Insensatos, dejad pasar.” Se hicieron a un lado. Eran tres estudiantes que vivían en su misma pensión. “Insensatos, locos.” Le recordaban a los de sus clases, en el Instituto, y se le encogió el corazón. “¿Qué les enseñarán ahora? A mí me querían, aquellos. Aquellos que no volverán, que no sé adónde han ido, que no sé si han muerto.” Pero sí, estaban muertos. Como todo. Como todos, alrededor de don Emiliano. “Como yo.” La soledad se agazapaba, tímida, como una niña miedosa de ser descubierta. Don Emiliano recogió su llave y se dirigió a la habitación. En cuanto cerró su puerta, sus espaldas se curvaron, y sus ojos se volvieron tristes. Como dos pajarillos de aquellos que mendigaban las migas del “abuelo”. Don Emiliano se acercó a la ventana, con paso cansado. Miró afuera, y vio el mismo cielo que “el abuelo”, la misma vida bajo el mismo cielo. Don Emiliano permaneció un instante quieto. Luego, lentamente abrió un cajón. Alguien llamó a la puerta. Don Emiliano compuso el gesto, grave:

-¡Pase!

Una criada le miró sonriendo:

-Tenga, don Emiliano, las uvas, de parte de doña Gimena.

Don Emiliano hizo un gesto condescendiente:

-¡Qué bobada, muchacha! Bueno, déjalo ahí.

La criada dejó el plato y salió, riendo. Don Emiliano sacó un sobre y una postal de Año Nuevo. Se caló las gafas y se sentó, pluma en ristre. Con letras algo temblorosas escribió: “No estás solo, querido amigo, aunque todos han muerto. Felicidades.” Firmó. La metió dentro del sobre. Volvió a la ventana. Estuvo así, tiempo. No sabía cuánto. De pronto oyó gran algarabía. Ruido de zambombas y risas de borracho, allá abajo. Allá abajo, muy abajo. Los ojillos de don Emiliano, tristes y grises pajarillos, aletearon. Con pasos sigilosos, cogió el sobre, y salió al pasillo. Miró, a un lado y otro. No había nadie. Con cuidado, se dirigió al buzoncillo de las cartas. La echó. Subió de nuevo, de puntillas. Entró en la habitación, con una leve sonrisa: “Mañana me la entregarán.” Una a una, despacito, sin campanadas, don Emiliano se comió las uvas. Luego se acostó con el nuevo año.

MATUTE, Ana María: “Vida nueva”, en *El cuento español, 1940–1980*, Madrid, Castalia Didáctica, 1989, pp. 91-99.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS

1. **Aterida**: Verbo “aterir”. Pasmarse de frío.
2. **Duritos**: En España, moneda de cinco pesetas.

## PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO

1. Resume en cinco o seis líneas el contenido del texto.
2. ¿En qué época del año transcurre la historia y cómo la sienten los protagonistas?
3. ¿Quién espera a don Julián en casa y cómo lo recibe? ¿Y a don Emiliano?
4. ¿Con qué adjetivos describirías a los protagonistas de la historia? (señala, al menos, tres)
5. ¿Qué significan las siguientes palabras del texto?

*despectiva, gula, zafia y agazapada*

6. Analiza morfológicamente las palabras subrayadas en el siguiente texto:

“Demasiados he manejado en mi vida, don Emiliano. Demasiados. El dinero no me conmueve a mí como a otros”.

7. Analiza las formas verbales que aparecen subrayadas en el texto siguiente. Recuerda que debes incluir persona, número, tiempo, modo y voz:

“La noche llegaba lentamente. Encendió el braserillo y se acurrucó en la mecedora [...]. Escuchó. María se había marchado ya”.

8. Analiza sintácticamente la siguiente oración:

“Emiliano clavó una pálida mirada despectiva en la bufandita de su amigo”.

9. Analiza los siguientes sintagmas extraídos del cuento.

“Una postal de Año Nuevo”

“Con sus ojillos lacrimosos”

“Una bandada de pájaros grises”



## MODELO Nº 30

### 1ª PARTE: DICTADO

El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente.

Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes *en los que no entra nadie, nunca*.

Llegado el llanto, se tamará con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia dentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.

CORTÁZAR, Julio: *Historias de cronopios y de famas*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 15.

### 2ª PARTE: TEXTO

LEE ATENTAMENTE EL SIGUIENTE TEXTO LITERARIO Y DESPUÉS CONTESTA A LAS PREGUNTAS SOBRE EL MISMO.

#### LA SOMBRA DEL VIENTO

Las farolas de las Ramblas dibujaban una avenida de vapor, parpadeando al tiempo que la ciudad se desperezaba y se desprendía de su disfraz de acuarela. Al llegar a la calle Arco del Teatro nos aventuramos camino del Raval bajo la arcada que prometía una bóveda de bruma azul. Seguí a mi padre a través de aquel camino angosto, más cicatriz que calle, hasta que el reluz de la Rambla se perdió a nuestras espaldas. La claridad del amanecer se filtraba desde balcones y cornisas en soplos de luz sesgada que no llegaban a rozar el suelo. Finalmente, mi padre se detuvo frente a un portón de madera labrada ennegrecido por el tiempo y la humedad. Frente a nosotros se alzaba lo que me pareció el cadáver abandonado de un palacio, o un museo de ecos y sombras.

—Daniel, lo que vas a ver hoy no se lo puedes contar a nadie. Ni a tu amigo Tomás. A nadie.

Un hombrecillo con rasgos de ave rapaz y cabellera plateada nos abrió la puerta. Su mirada aguileña se posó en mí, impenetrable.

—Buenos días, Isaac. Este es mi hijo Daniel —anunció mi padre—. Pronto cumplirá once años, y algún día él se hará cargo de la tienda. Ya tiene edad de conocer este lugar.

El tal Isaac nos invitó a pasar con un leve asentimiento. Una penumbra azulada lo cubría todo, insinuando apenas trazos de una escalinata de mármol y una galería de frescos poblados con figuras de ángeles y criaturas fabulosas.

Seguimos al guardián a través de aquel corredor palaciego y llegamos a una gran sala circular donde una auténtica basílica de tinieblas yacía bajo una cúpula acuchillada por haces de luz que pendían desde lo alto. Un laberinto de corredores y estanterías repletas de libros ascendía desde la base hasta la cúspide, dibujando una colmena tramada de túneles, escalinatas, plataformas y puentes que dejaban adivinar una gigantesca biblioteca de geometría imposible. Miré a mi padre, boquiabierto. Él me sonrió, guiñándome el ojo.

—Daniel, bienvenido al Cementerio de los Libros Olvidados.

Salpicando los pasillos y plataformas de la biblioteca se perfilaban una docena de figuras. Algunas de ellas se volvieron a saludar desde lejos, y reconocí los rostros de diversos colegas de mi padre en el gremio de libreros de viejo. A mis ojos de diez años, aquellos individuos aparecían como una cofradía secreta de alquimistas conspirando a espaldas del mundo. Mi padre se arrodilló junto a mí y, sosteniéndome la mirada, me habló con esa voz leve de las promesas y las confidencias.

—Este lugar es un misterio, Daniel, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte. Hace ya muchos años, cuando mi padre me trajo por primera vez aquí, este lugar ya era viejo. Quizá tan viejo como la misma ciudad. Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon. Te diré lo que mi padre me dijo a mí. Cuando una biblioteca desaparece, cuando una librería cierra sus puertas, cuando un libro se pierde en el olvido, los que conocemos este lugar, los guardianes, nos aseguramos de que llegue aquí. En este lugar, los libros que ya nadie recuerda, los libros que se han perdido en el tiempo, viven para siempre, esperando llegar algún día a las manos de un nuevo lector, de un nuevo espíritu. En la tienda nosotros los vendemos y los compramos, pero en realidad los libros no tienen dueño. Cada libro que ves aquí ha sido el mejor amigo de alguien. Ahora sólo nos tienen a nosotros, Daniel. ¿Crees que vas a poder guardar este secreto?

Mi mirada se perdió en la inmensidad de aquel lugar, en su luz encantada. Asentí y mi padre sonrió.

—¿Y sabes lo mejor? —preguntó.

Negué en silencio.

—La costumbre es que la primera vez que alguien visita este lugar tiene que escoger un libro, el que prefiera, y adoptarlo, asegurándose de que nunca desaparezca, de que siempre permanezca vivo. Es una promesa muy importante. De por vida —explicó mi padre—. Hoy es tu turno.

Por espacio de casi media hora deambulé entre los entresijos de aquel laberinto que olía a papel viejo, a polvo y a magia. Dejé que mi mano rozase las avenidas de lomos expuestos, tentando mi elección. Atisbé, entre los títulos desdibujados por el tiempo, palabras en lenguas que reconocía y decenas de otras que era incapaz de catalogar. [...] Al poco, me asaltó la idea de que tras la cubierta de cada uno de aquellos libros se abría un universo infinito por explorar y de que, más allá de aquellos muros, el mundo dejaba pasar la vida en tardes de fútbol y seriales de radio, satisfecho con ver hasta allí donde alcanza su ombligo y poco más. Quizá fue aquel pensamiento, quizá el azar o

su pariente de gala, el destino, pero en aquel mismo instante supe que ya había elegido el libro que iba a adoptar. O quizá debiera decir el libro que me iba a adoptar a mí. Se asomaba tímidamente en el extremo de una estantería, encuadernado en piel de color vino y susurrando su título en letras doradas que ardían a la luz que destilaba la cúpula desde lo alto. Me acerqué hasta él y acaricié las palabras con la yema de los dedos, leyendo en silencio.

#### La Sombra del Viento

Julián CARAX

Jamás había oído mencionar aquel título o a su autor, pero no me importó. La decisión estaba tomada. Por ambas partes. Tomé el libro con sumo cuidado y lo hojeé, dejando aletear sus páginas. Liberado de su celda en el estante, el libro exhaló una nube de polvo dorado. Satisfecho con mi elección, rehíce mis pasos en el laberinto portando mi libro bajo el brazo con una sonrisa impresa en los labios. Tal vez la atmósfera hechicera de aquel lugar había podido conmigo, pero tuve la seguridad de que aquel libro había estado allí esperándome durante años, probablemente desde antes de que yo naciese.

Aquella tarde, de vuelta en el piso de la calle Santa Ana, me refugié en mi habitación y decidí leer las primeras líneas de mi nuevo amigo. Antes de darme cuenta, me había caído dentro sin remedio. La novela relatava la historia de un hombre en busca de su verdadero padre, al que nunca había llegado a conocer y cuya existencia sólo descubría merced a las últimas palabras que pronunciaba su madre en su lecho de muerte. La historia de aquella búsqueda se transformaba en una odisea fantasmagórica en la que el protagonista luchaba por recuperar una infancia y una juventud perdidas, y en la que, lentamente, descubríamos la sombra de un amor maldito cuya memoria le habría de perseguir hasta el fin de sus días. A medida que avanzaba, la estructura del relato empezó a recordarme a una de esas muñecas rusas que contienen innumerables miniaturas de sí mismas en su interior. Paso a paso, la narración se descomponía en mil historias, como si el relato hubiese penetrado en una galería de espejos y su identidad se escindiera en docenas de reflejos diferentes y al tiempo uno solo. Los minutos y las horas se deslizaron como un espejismo. Horas más tarde, atrapado en el relato, apenas advertí las campanadas de medianoche en la catedral repiqueteando a lo lejos. Enterrado en la luz de cobre que proyectaba el flexo, me sumergí en un mundo de imágenes y sensaciones como jamás las había conocido. Personajes que se me antojaron tan reales como el aire que respiraba me arrastraron en un túnel de aventura y misterio del que no quería escapar. Página a página, me dejé envolver por el sortilegio de la historia y su mundo hasta que el aliento del amanecer acarició mi ventana y mis ojos cansados se deslizaron por la última página. Me tendí en la penumbra azulada del alba con el libro sobre el pecho y escuché el rumor de la ciudad dormida goteando sobre los tejados salpicados de púrpura. El sueño y la fatiga llamaban a mi puerta, pero me resistí a rendirme. No quería perder el hechizo de la historia ni todavía decir adiós a sus personajes.

En una ocasión oí comentar a un cliente habitual en la librería de mi padre que pocas cosas marcan tanto a un lector como el primer libro que realmente se abre camino hasta su corazón. Aquellas primeras imágenes, el eco de esas palabras que creemos haber dejado atrás, nos acompañan toda la

vida y esculpen un palacio en nuestra memoria al que, tarde o temprano —no importa cuántos libros leamos, cuántos mundos descubramos, cuánto aprendamos u olvidemos—, vamos a regresar.

RUÍZ ZAFÓN, Carlos: *La sombra del viento*, Barcelona, Planeta, 2003, pp. 9-14.

## **PREGUNTAS SOBRE EL TEXTO**

1. Resume en seis o siete líneas el contenido del texto.
2. Describe el lugar que visitan Daniel y su padre.
3. ¿Cuál es la costumbre de las personas que visitan por primera vez el Cementerio de los Libros Olvidados?
4. ¿Qué pensamiento hace que Daniel se detenga y seleccione el libro *La sombra del viento*?
5. Explica con tus palabras el significado de los sintagmas subrayados:
  - “Seguí a mi padre a través de aquel camino angosto”.
  - “El tal Isaac nos invitó a pasar con un leve asentimiento”.
  - “Reconocí los rostros de diversos colegas de mi padre en el gremio de librerías de viejo”.
6. Analiza morfológicamente (palabra por palabra) la siguiente oración.  
“Nadie sabe a ciencia cierta desde cuándo existe, o quiénes lo crearon”.
7. Separa los lexemas y morfemas de las siguientes palabras y clasifícalas según sean simples, compuestas o derivadas.  
Cabellera  
Bienvenido  
Guardianes  
Descomponían
8. Analiza los siguientes sintagmas e indica de qué tipo son:
  - “Satisfecho con mi elección”.
  - “Aquellas primeras imágenes”.
9. Analiza sintácticamente la siguiente oración:  
“Un hombrecillo con rasgos de ave rapaz y cabellera plateada nos abrió la puerta”.